

José Alberto Diez de Medina

POTOSÍ a CAPA y ESPADA

1520 - 1620

Novela Histórica

© Rolando Diez de Medina, 2011
La Paz - Bolivia

INDICE

Presentación

Prólogo

Capítulo I

La Corte de Valladolid, los Reyes Católicos, el Cardenal Cisneros, la Reina Juana la Loca, los Comuneros

Capítulo II

Un simpático Noble en la Corte

Capítulo III

Noticias de América

Capítulo IV

Noticias de Potosí, su riqueza, sus alcances, Juan Ortiz de Zarate Adelantado del río de La Plata, Minero de Potosí.

Capítulo V

El viaje a las Indias: América, atravesar el Atlántico, el río de La Plata

Capítulo VI

Camino a Potosí, las historias y aventuras de Juan Ortiz de Zarate

Capítulo VII

Potosí, la Octava Maravilla del Mundo

Capítulo VIII

EL matrimonio de Luis Rodrigo

Capítulo IX

El Río de la Plata, Fundación de Buenos Aires

Capítulo X

Estatus y Burguesía en Potosí, Muerte de Don Juan Ortiz de Zarate

Capítulo XI
Historias de Potosí

Capítulo XII
Noticias de España

Capítulo XIII
Don Diego de Mendieta, Vicuñas y Vascongados, Orígenes

Presentación

Esta es una novela histórica. Los personajes centrales de la novela son ficción pero muy acordes en su vida con la época que los rodeaba, se puede decir que quizá muchos de los habitantes de Potosí en esos años podían confundirse en sus trayectorias y vidas con los personajes mencionados.

Rodrigo Montenegro Vásquez y Sebastián Campuzano Montenegro, ambos salen de la Corte de Valladolid siendo su Rey Carlos V, y concluyen sus vidas en Potosí y La Plata alrededor del año 1625, todo lo que acontece en sus vidas, sucede en Potosí en esa época.

Sin embargo, alrededor de la vida de éstos personajes se desatan hechos -de un importante valor histórico.

La derrota de los Señores Comuneros, en España, sus miembros, sus jefes, son históricos.

La presencia del Cardenal Cisneros, en España y sus hechos, son históricos.

El -Adelantado, Don Juan Ortiz de Zarate, su vida misma y sus tratos con la Corona, son históricos.

Los acontecimientos entre Vicuñas y Vascongados, son históricos incluyendo los relatos y los actores.

La Hermandad de Aranzazu, ha sido real junto a los más de sus miembros y sus actos.

Don Diego de Mendieta, hermano del Adelantado Juan Ortiz de Zarate, conocido potentado es histórico.

Los rebalses de la laguna de Cari Cari son históricos.

La monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, su vida, es una real historia.

La presencia de Fr. Vicente Bernedo, es real.

En realidad, todo el acontecer de Potosí más en sus aires, sus ambientes, sus monumentos, sus Iglesias, sus conventos, sus casas, sus calles respiran historia; no se puede hablar de Potosí, del cerro rico, de sus minas de plata, sin hablar de su historia.

Potosí, en sí, es historia misma.

Quien lea esta Novela Histórica, está absorbiendo la historia de Potosí, la historia de la Octava Maravilla del Mundo y la historia de la Villa Imperial de Carlos V, tan desconocida por propios y extraños:

"Vale un Potosí"

Mucho se ha dicho que los conquistadores fueron truhanes, porquerizos, maleantes, convictos, prófugos; pero no se menciona que hubieron conquistadores nobles y de alcurnia, muchos aventureros, algunos empobrecidos, que vinieron en busca de mejor vida.

Durante los siglos XVII y XVIII, muchos de los conquistadores fueron nobles enviados por la Corona, los más de ellos profesionales, para modernizar la extracción de minerales y expertos en la acuñación de la moneda.

PROLOGO

Cuando el espacio y el tiempo se trasuntan en letras bien escritas y que describen hechos históricos en un género novelesco, es transportarnos en el tiempo a momentos en que la rica "Villa Imperial de Carlos V" muestra su poder ante el mundo en los siglos XVI y XVII y desde esa España al mando de Carlos V hasta Felipe III hasta el viaje inolvidable de llegar al Río de la Plata, pasar por el Chaco y subir a las alturas que se encuentran más cerca del cielo, no solo por su riqueza sino por su belleza natural y arquitectónica de la ciudad más linda; POTOSI.

El conocer antecedentes de los amores de un español, lleno de ilusiones en su juventud y rebeldía como es la de Don Rodrigo Montenegro que, como cualquier joven de éste siglo, emprende locas aventuras y madura en su forma de pensar tentado por ser mejor, pero sobre todo llevado por un amor que luego vuelca su corazón, en otro amor que al otro lado del Atlántico, en su destino, le había estado esperando.

Conocer que el portentoso coloso de plata; el Cerro Rico en su descubrimiento, se convierte en tentación silenciosa y hace que Potosí, sea la ciudad más poblada del orbe, que surjan ricos, que haya pobreza y explotación, que hasta los piratas de alta mar fijen sus ojos en esta ciudad y su milenaria historia y a partir de ahí con el Argentum se funde la ciudad de Buenos Aires al pie del Río de la Plata, llamado así, porque por ahí surcaban las naves con la plata de Potosí hacia el Atlántico y Europa.

Las creencias religiosas y paganas, la simbiosis de indígenas y españoles, los criollos y mestizos las minas con sus leyendas y tradiciones, las calles serpenteadas de una ciudad que acogiendo a propios y extraños, llenaba de historias de amor; de sangre, de venganza cada una de sus piedras y caseríos.

Vicuñas y Vascongados que marcan el inicio de una historia y el fin de la misma girando alrededor de tantas y tantas rencillas que con espadas luminosas al fragor de las chispas de su roce, quitaban vidas y alimentaban orgullos que enaltecían a la Imperial Villa.

Conocer de cerca la casa de la Moneda como centro económico de la ciudad y como principal escenario que demostraba la importancia de vivir en Potosí y la importancia de generar tanta riqueza, situaciones históricas y novelescas que también nos deleitan con el famoso reventón de las lagunas y la tragedia mas grande que sufre la población al perderse tanta vidas en su mayoría de mitayos, hecho atribuido a la ira de Dios, cuando tal vez también fue la ira del demonio, en ese mezclar tradiciones, leyendas y realidades. Pero mas allá de esto, observar que la población de ese entonces, olvidando clases y status, recolecte dinero solidario para auxiliar a las familias damnificadas. La riqueza del Cerro devuelta a sus dueños unidos en tragedia.

Familias que han sentado raíces en esta parte de America, Los Montenegro, los Mendieta, los Ortiz, los Zarate, Los Hernández, los Campuzano, así como la creación de la Villa de la Plata que sin Potosí no hubiese existido y, desde luego la trágica historia de saber que la altura no mata pasiones, no mata ilusiones, pero hace que muchos de los que viven allí migren a lugares mas

bajos, tradición pero tal vez también maldición cuando niegan a la tierra y olvidan con facilidad el lugar que les dió todo.

Potosí, siglos de Oro en la vida de un pueblo, dichas y desdichas, riqueza y pobreza, situaciones que con el transcurrir del tiempo y hasta hoy se repiten inexorablemente al calor del cerro Rico, al sentir de las calles, callejones, conventos, iglesias, caseríos y haciendas, lagunas, ingenios y que si bien no tienen luchas y duelos a fuerza de acero, tienen y deben tener como motivación de sus hijos el salir siempre adelante y agradecer a la tierra de uno defendiéndola “a capa y espada”.

Dr. Juan Justo Roberto Bohórquez Ayala

CAPITULO I

LA CORTE DE VALLADOLID

LOS REYES CATOLICOS

EL CARDENAL CISNEROS

LA REINA JUANA LA LOCA

LOS COMUNEROS

Es el año de 1492, año de oro para España. Es el año del descubrimiento de América. Es el año de la caída del último baluarte moro en España: Granada. Reinan los Reyes Católicos, Isabel y Fernando.

La Reina debe escoger un nuevo confesor. Estando la corte en Valladolid, fue llamado allí un franciscano conocido por su clara inteligencia y más que todo por su humildad, quien cayó agradable a primera vista a los requerimientos de Isabel, Gonzalo de Cisneros.

Al amparo de la Reina, Cisneros, ascendió rápidamente llegando a ocupar el Arzobispado de Toledo; siempre al lado de los Reyes, era una especie de asesor muy respetado en la corte, tomó parte activa en la conversión de los moros y en las luchas contra estos.

Muertos los Reyes Católicos, primero Isabel y luego Fernando, Cisneros continúa asesorando la corte, Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, lo reconoció como tal.

Doña Juana casó con Felipe el Hermoso, de Flandes.

A la muerte de Felipe el Hermoso, Cisneros fue nombrado Gobernador una especie de primer ministro, en una época caótica para España, era el año 1507.

Felipe el Hermoso siendo de Flandes era un extranjero para los españoles. Tuvieron un hijo, Carlos, nacido también en Flandes, y a la muerte de su padre pretendía el trono español, con tal argucia que incluso planteó el delirio y locura de su madre, declarando a ésta no apta para gobernar.

España entera, no deseaba un monarca extranjero y apoyaban en un cien por ciento a Doña Juana. Pero en las cortes surgieron problemas políticos, y muchos nobles apoyaron al hijo Carlos quien más tarde sería, asimismo, Emperador de Alemania y los Países Bajos.

España, bajo la enérgica administración del Cardenal Cisneros, deja de ser pobre, por la transferencia de los fondos de las Órdenes medio militares y medio religiosas de Calatrava, Alcántara y Santiago, al tesoro de España.

España, tiene un grupo de humanistas católicos formados bajo la asistencia de Cisneros, al igual que el apoyo del Cardenal a las universidades; entre ellas la Universidad de Alcalá de Henares.

Incluso ya llegan a llenar el tesoro español, los nuevos descubrimientos en América, mas tarde llegarían los frutos de las conquistas de Cortés y Pizarro.

Pero, no todo es para bien de Cisneros defensor acérrimo de Juana; Carlos nuevo Rey de España, llega con un sinnúmero de flamencos asesores, el joven Rey, ni siquiera habla español.

La nobleza se divide. Sin embargo, están quienes desean un Rey español, apoyados por el poderoso Cardenal Cisneros; es un momento difícil y peligroso para España, nadie quisiera una guerra civil.

Los nobles adictos a Juana, ya llamada la loca, deciden no permitir la intromisión de un Rey flamenco, cuya lengua mater es el flamenco y el alemán. En 1520, estallan las rebeliones en Toledo, secundando toda Castilla, se nombra un Gobierno revolucionario proclamando a Doña Juana, Reina.

Carlos, prestamente encierra a su madre en el castillo de Tordecillas arguyendo locura y trastorno mental, despide al Cardenal Cisneros; a los revolucionarios de la nobleza persigue zañudamente, confisca y destierra; se llaman los Comuneros.

Fallecido el Rey Fernando V, esposo de Isabel La Católica, se extingue la dinastía nacional. Muertos sus descendientes varones, sólo queda la hija, Doña Juana, jurada reina de los Estados españoles; recluida en el Alcázar de Tordesillas ya no atiende los asuntos de estado.

La voz del pueblo, sabía a ciencia cierta que la Reina Juana, no estaba ni loca ni descontrolada, las cortes y los nobles de España deben impedir el advenimiento de Carlos como nuevo Rey.

Los nobles de España opositores, se congregaron en Valladolid, en busca de un acuerdo que permita la gobernación de Juana, y no la de su hijo, considerado un príncipe extranjero.

El acuerdo no se concreta pues el representante de Carlos, Guillermo de Gueldres, personaje flamenco que más ó menos hablaba el castellano, fue el principal obstáculo.

En Toledo se reunieron los nobles adictos a Juana, y siendo su número mayor proceden a iniciar la revolución, visitaron a la Reina Juana contando con su adhesión al movimiento.

Se inicia la rebelión, encabezada por Don Pedro Lazo, Don Alfonso de Castropol y Don Juan de Padilla entre otros.

Pero Guillermo Gueldres el noble flamenco de confianza de Carlos, encabeza las fuerzas combinadas de españoles y flamencos y es quien barre a sangre y fuego la oposición existente en Segovia, incluso en Cuenca. Como un escarmiento a los Comuneros, Gueldres dispuso colgar las

cabezas de quince nobles muertos en la lucha en los balaustres de piedra de los balcones del fuerte.

Frente a toda esa matanza, en forma tan diabólica, los otros jefes Comuneros, se desbandaron y huyeron. Sin embargo, pese a esos sanguinarios hechos, el poder de los Comuneros aumentó. Reuniéndose en Ávila los representantes de toda España bajo la jefatura de Juan de Padilla, notorio jefe Comunero, quien en la ciudad de Medina, sitiada por las fuerzas flamencas, derrotó a estas, cuidando la enorme artillería depositada en sus parques se desató lo inevitable, la guerra civil.

Las luchas y batallas se acrecentaban por Toledo, Segovia, Cuenca, hasta que salió un pregón real en Burgos, donde Carlos I de España y V de Alemania, declaraba: "Se considera traidores y rebeldes a los sublevados, y se condena inapelablemente, sin otra forma de juicio a los cabecillas nobles y caudillos."

Los comuneros habían crecido, en número y en cantidad, pero en la batalla de Villalar fueron totalmente derrotados por las fuerzas realistas del Rey Carlos, era el 23 de Abril del año 1521.

Finalmente, se apaciguaron los ánimos, se olvidaron las luchas y los agravios, y reinó en España Carlos V, Juana la Loca murió más tarde en Tordecillas.

Sin embargo, las ejecuciones de los cabecillas de la rebelión, y las muertes en batalla de muchos nobles adictos a Juana, crearon una especie de separación entre los nobles españoles, heridas no cicatrizadas.

Y es que incluso en la corte de Carlos V, se miraba a menos a aquellos nobles que habían luchado, aceptado ó habían comulgado con las ideas de los Comuneros a favor de la Reina Juana, nobles mal mirados, en extrema pobreza algunos, cuyos bienes habían sido confiscados, y que lamentablemente no podían ejercer cargos públicos.

Tales eran las condiciones de Don Juan Manuel de Montenegro y Villalba, muy bien recibido en la corte de Valladolid más por su fino linaje pero no así por su conducta adicta a Doña Juana; él y su padre habían luchado junto a los Comuneros. Don Juan Manuel en ese entonces era muy joven. La familia empobreció ya que fortuna y tierras fueron confiscadas, sin embargo casó con Doña Esperanza Vázquez, y esperaban un hijo.

Los años fueron pasando, y el tiempo que todo lo borra, cicatrizó las heridas. Su situación iba mejorando y en la corte había logrado ocupar alta posición como hombre de confianza de Carlos V de Alemania y I de España; la época de los Comuneros casi había sido olvidada. La familia Montenegro y Villalba, nobles y de alcurnia, eran prácticamente miembros y parte en la corte de Carlos V, sus tierras habían sido en parte recuperadas, y ya eran gente de muy mediana fortuna.

En ese entonces Carlos V llega ser el monarca más poderoso de Europa y las riquezas de ultramar desde Méjico y Perú no dejaban de llenar las arcas reales.

El primer vástago fue una niña, a quien bautizaron con el nombre de Elisa, muy alejada de nuestra historia. Pasados diez años, vale decir el 18 de Julio de 1546, nace el primer varón de la familia bautizado con el nombre de Luís Rodrigo.

Rodrigo crecía. Desde niño fue algo revoltoso e independiente, muy pegado a su madre Doña Esperanza, quien inculcaba al niño las primeras letras y los primeros pasos hacia la Santa Iglesia, sabido es que en esas épocas, el hijo segundón debía ser militar o clérigo. Todos sus estudios y primeros conocimientos celosamente dirigidos por Doña Esperanza hasta lograr el ingreso de Rodrigo a la Universidad de Alcalá de Henares.

CAPITULO II

UN SIMPATICO NOBLE EN LA CORTE

Y el tiempo va pasando. Rodrigo ya es un joven de noble aspecto, de mirada resuelta y de finas actitudes, es tiempo de presentarlo en la corte. Don Juan Manuel y Doña Esperanza hacen todos los pedidos y trámites necesarios para éste objeto y Luís Rodrigo, es presentado en la corte del Rey Carlos V.

Rodrigo tiene cerca a quince años de edad y su ingreso a la corte de Valladolid, así como la presentación a sus Majestades, lo hace ya un miembro de la nobleza, y desde ya apto para recibir el mayorazgo y los títulos nobiliarios de sus antecesores.

Rodrigo en sus estudios de idiomas hablaba perfectamente el francés y algo de alemán de tal manera que en su presentación pudo hablar con su Rey Carlos en un correcto francés.

- Estoy complacido de entablar conversación con Su Alteza, deseo presentarme como un servidor incondicional y a toda prueba para Su Alteza.

- Mi querido Rodrigo, sé por tu padre lo valioso que eres, y estoy seguro de poder contar contigo.

Tal fue el breve coloquio que sostuvo Rodrigo con el todopoderoso Rey: Carlos I de España, y Carlos V de Alemania, el Sacro Imperio Romano; avejentado y enfermo, su retiro estaba próximo.

Rodrigo estaba orgulloso y agradecido a sus padres, podría decirse que el niño se convertía en adolescente. Muy estudioso, gustaba de los libros referentes a la Grecia antigua, y empezaba a estudiar a los filósofos griegos.

En sus continuas visitas a la corte conoció a dos personas que impactaron en su vida, en primer lugar a un primo, cuyos abuelos eran comunes, él era Don Sebastián Campuzano y Montenegro, él llegó a ser su gran amigo, su consejero y confidente, más adelante serian amigos inseparables.

En segundo lugar, a Doña Ana María Bobadilla y Castedo, hija del primer Almirante de la flota española que luchó y continúa luchando en los mares contra moros, mahometanos y otomanos; ella sumamente hermosa de cabello rubio y ojos azules, cautivó a Rodrigo a primera vista, aparentemente inalcanzable, mimada y cotizada en toda la corte, amen de su belleza era poseedora de una gran fortuna, quizá una de las mayores de España, se miraron y se quisieron siendo tan jóvenes.

- Ana, eres mi primer y único amor, te quiero.

- Gracias, Rodrigo, yo también te quiero.

En cuanto a su primo Sebastián, afloró una amistad imperecedera y leal.

-Mi querido Sebastián, ha sido una fortuna conocerte, y considero un tesoro nuestra amistad.

-Pienso lo mismo Rodrigo, Dios nos ha colocado en esta simpática y hermosa situación.

-Sabes Sebastián, ingresemos juntos a Alcalá, estudiando juntos podremos adelantar aún más nuestra educación y profesión.

-De acuerdo -dijo Sebastián-, iremos a Alcalá está tan cerca de Madrid, que así no podrás dejar de ver a la bella Ana.

-Quizá algún día la conquiste, para siempre.

-Yo creo así será, tampoco eres un pobretón, tienes tu fortuna y eres ligeramente atractivo, digo yo.

-Y además -dijo Rodrigo- aún somos muy jóvenes para pensar en matrimonio.

Y así los dos amigos convinieron en ingresar juntos a la Universidad de Alcalá de Henares. Viajaron a Madrid, donde algunas veces se reunía la corte, y de allí se dirigieron a Alcalá.

El padre de Rodrigo estaba muy complacido, deseaba cuanto antes ver a su hijo formado y en estado de merecer una esposa con una rica dote. Había transcurrido un año de la visita de Rodrigo a la corte.

Alcalá de Henares, la famosa universidad, tan apoyada y ayudada por el Cardenal Cisneros, era en sí una garantía de alta cultura y profesionalismo. Alcalá una pequeña ciudad, se hizo famosa por su Universidad, y más porque allí nace el aún desconocido Miguel de Cervantes Saavedra.

Rodrigo y Sebastián, ingresan a la Universidad, cumpliendo todas las formalidades requeridas, ambos eran gente de mucho estudio y sacrificio, Rodrigo muy recluso en su estudio, no puede olvidar a Ana, en un rincón de ese joven corazón, siempre estaba Ana, van misivas y cartas a Valladolid, declarando su amor, su pasión, en fin su hermoso sentimiento de amor, van en los primeros meses una, dos misivas, más tarde tres, cinco, diez, no hay respuesta, Rodrigo está desesperado.

-Mi querido Sebastián, dime ¿qué ocurre, porqué ese desplante!

-Sabes, Rodrigo, algo debe estar pasando, estas cosas no suceden así porque sí, tenemos que averiguarlo, déjame, yo lo averiguaré.

-Sí, Sebastián, te lo agradeceré, quizá tenga un nuevo amor, todo puede ser.

-No lo creo, ahora que recuerdo, quien no te tiene en gracia es el padre, algo noté, no te quise decir.

Sebastián era un joven muy comunicativo, muy de hacer amistades, y muy estimado en la corte, se puso en movimiento y escribió a Valladolid a muchas de sus amistades, no tardó en recibir respuestas y confidencias.

¿Qué ocurrió?

Ocurrió que de regreso de uno de sus viajes, el Almirante Bobadilla, encontró las cartas de Rodrigo en el secreter de Ana, produciendo en el Almirante una especie de desmayo por la contrariedad que su hija esté en amores con el hijo de un comunero, es decir que el tiempo no había cicatrizado el problema político español en el padre de Ana, y es que él había sido uno de los principales nobles españoles que dirigieron la matanza de todo comunero, obteniendo su derrota.

Es de ahí que nunca agradó al Almirante el joven Rodrigo Montenegro, por ser hijo de Juan Manuel Montenegro, y más aún por no tener aquél una adecuada situación económica para pretender a su hija.

Debido a estas circunstancias el Almirante quitó el saludo a Juan Manuel de Montenegro, y dada su alta situación, tan cercana a su monarca, contribuyó prácticamente a arrinconar a Don Juan Manuel en la corte.

Tal era la situación, que fue contada por Sebastián a Rodrigo con lujo de detalles

-¿Qué puedo hacer? -pregunta Rodrigo-, no puedo perjudicar a mi padre.

-Así es -respondió Sebastián-, debes cortar ese inicio de romance.

-Es lo más lógico, me causará dolor, pesar, yo la quiero, Sebastián, no sé, pero lo haré, qué desgracia, no puedo perjudicar a mi familia.

En las siguientes semanas, ambos recibieron la visita de un amigo común, Diego Olivares, se presentó en la Universidad para entregar una carta a Rodrigo, una carta de Ana, una carta confidencial.

En ella Ana manifestaba su amor a Rodrigo, y le rogaba paciencia hasta que ella apaciguara a su padre, le rogaba que no le escribiera en la forma usual, que aprovechara al común amigo para enviar una comunicación vale decir una misiva.

Sebastián comentó el hecho con Rodrigo:

-¿Mantener un relación romántica en secreto? Muy difícil Rodrigo, pero no imposible.

-Qué va, hombre, todo es posible para los enamorados.

-Tienes razón. Estoy muy contento -manifestó Rodrigo-, yo la quiero, y no soy capaz de romper con ella en estas condiciones, contestaré la carta diciéndole que la adoro y que sigamos adelante. Sin embargo, el temor que tengo, es que Bobadilla, como buen militar, arrogante, irascible, acostumbrado a mandar, quiera hacer de su hija un marinero más, a quien obligue hacer, bajo su férula, lo que le venga en gana.

-En tal caso hablemos con el amigo común Diego, a fin de que en cualquier momento nos comunique qué pasa en la casa de Ana.

Se reunieron con Diego, a fin de transmitirle sus temores, el común amigo dijo:

-Yo colaboraré en lo que pueda, pero, sin caer bajo el enojo del Almirante Bobadilla, eso les anticipo, tener en frente a Bobadilla no le conviene a nadie.

En fin de todas maneras, ambos amigos, rogaron y pidieron al común amigo Diego, su máxima colaboración a fin de mantener en absoluto secreto este hermoso romance.

Diego partió de vuelta a Valladolid, donde estaba instalada la corte, con la carta de Rodrigo y las recomendaciones correspondientes.

Pero lo que no contaba Rodrigo, era la ojeriza que había agarrado el Almirante Bobadilla, contra su padre, debido a su poderosa influencia en la corte, cortó de raíz los negocios de Don Juan Manuel de Montenegro, influyó ante sus socios y amigos, a fin de perderlo.

No alcanzó el total de sus pretensiones, debido a que Don Juan Manuel era bien visto, como hombre honesto e intachable, pero todas estas argucias en los negocios, hicieron mermar el patrimonio del padre de Rodrigo.

Pasó mucho tiempo, para que Rodrigo y Sebastián, recibieran en Alcalá noticias de la corte, naturalmente el padre de Rodrigo no hacía mención al asunto.

Sin embargo, alguien llegó y los buscó, era Diego Olivares, el común amigo, que venía a visitarlos después de un tiempo, traía consigo una carta de Ana.

-Dime Diego, -decía Rodrigo-, ¿cómo están todos?

-Mal, muy mal, mi querido Rodrigo, muy mal. Tenemos que hablar, lee primero la carta de Ana.

Ana le reiteraba nuevamente su cariño y amor, pero le indicaba que era imposible mantenerlo, le decía: "el poder de mi padre, el odio con que persigue a tus padres y a la gente afín a ti, es terrible. El sabe que te quiero, y eso lo pone aún más irascible, alguna vez me lo ha preguntado, y le dije: no quiero mentirte, yo quiero a Rodrigo Montenegro, y eso desató una furia incontenible, jamás vi así a mi padre, de tal manera, que pese a mi cariño, tendremos que cortar nuestro romance, por lo menos por algún tiempo, piensa que somos jóvenes todavía, quiero decirte, que él arguye tu situación económica, y quiere que piense que me amas por mi dinero, yo sé que no es así, y sé que esperarás conmigo, a que todo esto mejore".

-Es muy clara la carta de Ana -dijo Rodrigo-.

-Así es -comentó Diego-, y aún más, tu no sabes, el odio que tiene el Almirante Bobadilla contra ti y tu padre, y al que puede hacer daño es a tu padre, en el momento ha cortado muchos de los negocios de tu padre, y éste ha tenido que vender algunas tierras para no verse comprometido, pienso que la carta de Ana es lo más acertado.

-Llamemos a Sebastián -replicó Rodrigo-, él me aconsejara debidamente.

Y en efecto Sebastián al enterarse de todo este tremendo laberinto, convino en que las palabras de Ana, era las más sabias y sanas.

-Muy bien -dijo Rodrigo-, no escribiré a Ana, te ruego Diego, le manifiestes que la amo, y que esperamos un tiempo.

-Conforme -dijo Diego.

-No sufras -dijo Sebastián-. Yo te ayudaré, harás dinero y volverás con la frente alta, y sobretodo, no causarás más daño a tus padres.-

- Bueno, está bien, mientras tanto -dijo Rodrigo- continuemos con nuestros estudios, las matemáticas y la historia nos lo agradecerán.

-Pierde cuidado -manifestó Sebastián-, ya encontraré la solución, a todo este desbarajuste.

Era el año de 1565, nuestros amigos contaban alrededor de 18 años.

Por ese entonces, Rodrigo recibió una carta extensa de su padre, Don Juan Manuel de Montenegro y Villalba, en ella le decía:

-“Con la muerte de nuestro amado Rey Carlos y con el advenimiento primero de su hermano, y ahora de su hijo Felipe todo ha cambiado, sin embargo, mantengo la preferencia y

deferencia de su Majestad, y estoy en la atención de algunos servicios públicos del Reino, tu madre esta muy bien, pero preocupada por tu alejamiento”. Quedó pensativo y meditando sobre el comentario paterno y la crisis que se había iniciado con su enamoramiento.

Sebastián Campuzano, el amigo, primo, consejero, era un joven de una inteligencia muy clara y superior, amén de ser muy acertado y sensato en sus decisiones. El estudiaba y veía que la situación de su querido amigo no era nada halagüeña, estudiando historia y matemáticas, incluso titulándose, no sacaría a ninguno de los dos de la actual economía mediana en que vivían, jamás en esas condiciones llegarían a ser ricos, habría que buscar una nueva solución. Ser clérigos, allá sí serían obispos y diáconos con futura riqueza, ser militares más o menos, ser conquistadores, quizá esa era la respuesta.

La conquista de Méjico y el Perú llenaban las arcas de España, y prácticamente financiaban las guerras de Carlos V, y ahora Felipe II mantenía casi contra la mayor parte de Europa, en defensa de la Europa Católica, sus triunfos y su riqueza, con la mejor armada y los tercios, famosa infantería española, temida por moros y cristianos, cuya bandera ajedrezada a su sola vista llenaba de terror a los enemigos de España.

Era época de bonanza y riqueza en España. El imperio que dejó el Rey Carlos I de España y V de Alemania, “el Imperio donde no se ponía el sol”.

Sebastián, empezó a estudiar, indagar, preguntar sobre los descubrimientos de estas nuevas tierras que tanta riqueza daban a España.

CAPITULO III

NOTICIAS DE AMERICA

Hasta que Sebastián se informó, total y adecuadamente de la situación de la conquista del Nuevo Mundo, y es que en todo el mundo existía una especie de forma de hacerse rico apresuradamente, nobles, plebeyos, truhanes, maleantes, convictos, hasta clérigos, deseaban y querían ir a la América, a hacerse ricos, se incluían avaros, aventureros, comerciantes, prestamistas, mujeres de todo tipo, muchas de ellas, hechiceras, brujas y rabonas.

Era la fiebre del oro y de la plata, era América.

Los puertos de Cádiz, de Palos y otros estaban llenos de gente que ofrecían cantidades de dinero por un lugar en una carabela o bergantín que se dirigiera al Nuevo Mundo, a América, sea cual fuere su destino incluso se llegaba contratar asesinos a sueldo para obtener un espacio a bordo.

De todo ello se informa Sebastián, y da un informe completo a su amigo Rodrigo, quien inicialmente no estaba muy entusiasmado con la idea pero finalmente accede, cree también que es la única forma de hacerse rico y cambiar la negativa actitud del padre de Ana.

-Bueno mi querido Rodrigo, tomaremos clases de esgrima avanzada y lucha, es importante, enrolémonos en el ejército de Su Majestad, allí aprenderemos, y dada nuestra condición de nobles, con el apoyo de nuestros padres en la corte obtendremos grado y mando para nuestros fines. ¡Qué te parece!

-Me parece muy bien -dijo Rodrigo-, adelante.

Y así fue, con la recomendación de la corte, obtuvieron plaza en la Guardia Real, obteniendo grado y educación militar en unos pocos meses, dada la destreza de ambos en la esgrima y la lucha cuerpo a cuerpo.

Nobles como eran, aparte de despedirse de sus padres, estaban obligados, sobre todo Rodrigo, a pedir una especie de permiso a su Señor el Rey, esta era una obligación inevitable.

Ambos se dirigieron a la corte, allí se vio Rodrigo con sus padres, Don Juan Manuel estaba de acuerdo con la decisión tomada por su hijo, no así su madre Doña Esperanza, no estaba de acuerdo con ese viaje, que traería según ella desastre y desgracia a la familia, ella sabía de mucha gente que nunca más volvió de esas tierras.

Trató de convencer a Rodrigo, le habló de su familia, de su futuro, ya que en la América todo era incierto, le rogó, le suplicó, en fin el amor de madre afloró con llanto, Rodrigo trató de aplacarla explicándole:

-Tú tienes tu hija Elisa, ella te acompañará y velará por Uds. pero ten en cuenta que volveré, así lo he decidido.

-Dios te escuche hijo mío, rezare por ti, y estarás bien, vuelve pronto-

Ambos padres le dieron su bendición, y sus recomendaciones, Don Juan Manuel le obsequio su espada como señal de amor paterno.

-Esta espada estará a tu lado en todo momento, es de una aleación especial mora, cuídate hijo mío.-

Sebastián, muy acucioso, empezó a estudiar la situación en América. Los lugares más importantes eran Méjico y el Perú, a ambos se llegaba vía Panamá, de allí salió el primer conquistador del Perú.

Perú tierra de promisión. Allí existían las minas más famosas del mundo. Allí se encontraba lugar llamado Potosí con una gran mina de plata; del Perú se partía a la jungla americana donde existía, según las tradiciones, una ciudad de oro llamada el Paititi, había que estudiar que camino tomar.

Rodrigo, aceptaba a ojo cerrado los consejos de Sebastián siempre muy acertados. Sebastián continuaba estudiando cuál sería el camino más correcto y sobretodo el lugar escogido para dirigirse a América.

Mientras tanto, Rodrigo, tenía que despedirse de Ana, gracias al amigo Diego Olivares logró una entrevista secreta con ella.

-Ana, mi amor, iré a la América en pos de aventura y de riqueza, no tardaré mucho, te ruego me esperes.

-Rodrigo, mi querido Rodrigo, sé que todo esto lo haces por mí, cómo no esperarte, te quiero tanto.-

-Ana, amor, no te juro, pero te prometo, que siempre estaré contigo, mi pensamiento no se apartará de tí, te quiero tanto.

Como toda despedida romántica, fue un adiós, o un hasta luego, lleno de amor y ternura, más promesas de fidelidad y espera.

Todo está preparado para iniciar el viaje a América. Rodrigo y Sebastián, hacen un inventario de sus posesiones, saben ambos que es necesario contar con dinero efectivo recordando el refrán tan mentado por sus padres: “Poderoso caballero es don dinero”.



CAPITULO IV

NOTICIAS DE POTOSI

SU RIQUEZA SUS ALCANCES

JUAN ORTIZ DE ZARATE

ADELANTADO DEL RIO DE LA PLATA

MINERO DE POTOSI

Mientras tanto, el estudioso y acucioso Sebastián estudiaba qué lugar en América sería el más propicio para dirigirse y establecerse. Estudió toda la América, sobre todo Méjico y el Perú, y coincidió con otros aventureros consultados que el Perú era el lugar más adecuado; sus minas de plata llenaban el Tesoro Real de España.

Habría que dirigirse a un puerto para partir en busca de riqueza para que el padre de Ana no pusiera más reparos al amor de los jóvenes enamorados y dejara de combatir a la familia.

Coincidieron que el puerto de Palos, que ya había sido estudiado por Sebastián, sería el mejor y ambos amigos allí se dirigieron.

Pero no todo era tan sencillo; según las consultas que habían hecho antes era muy difícil y muy peligroso encontrar plaza en una de las naves que salían a las Indias, sin embargo, había gente que ofrecía un lugar por valores de dinero muy altos, a la larga en algunos casos se trataba de simples estafadores.

Ante esa situación lo aconsejable sería encontrar a varios nobles que se encontraban en el mismo caso a fin de encontrar una buena solución.

Durante la búsqueda se informan sobre un noble español de alta jerarquía, un Adelantado, vale decir una especie de segundo título en las Indias, América, después del Virrey. Juan Ortiz de Zárate, minero de Potosí y Adelantado del Río de La Plata, un conquistador español, quien estuvo en la fundación de la ciudad de los Reyes, Lima, en el Perú, junto a Gonzalo Pizarro peleando contra los caudillos incas sobrevivientes e intervino en varias expediciones por Tucumán hacia el Río de La Plata.

En la ciudad de los Reyes, Lima, peleó al lado de Francisco Pizarro, cuando es atacado por Diego de Almagro hijo, en venganza por la muerte de su padre, sin poder impedir la muerte de Pizarro. Ante el insólito hecho, se levanta contra el hermano, Gonzalo Pizarro rebelde a la Corona, junto al pacificador el presbítero Pedro de La Gasca.

También participó en la fundación de La Plata, Charcas, más tarde Chuquisaca, sus luchas contra los indios fueron innumerables, hasta que se estableció en Potosí, el famoso centro minero, siendo uno de los mineros más ricos y con mayor influencia tanto en el Perú como en España.

Tenía una flota de navíos en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del río Guadalquivir allí tenían que dirigirse Rodrigo y Sebastián ya que se informaron que el Adelantado realizaba su segundo viaje a América, patrocinado como siempre por el Rey, bajo el nombramiento de Adelantado y Capitán General del Río de La Plata, con una armada que consistía en cuatro buques artillados, llevando 500 españoles escogidos; para Rodrigo y Sebastián, se trataba esto de un golpe de suerte, no teniendo ya que acudir a supuestos contratantes para el viaje a América.

Tal era la persona que tenían que entrevistar Rodrigo y Sebastián. Habría que buscarlo, cosa muy difícil, en esas circunstancias. Deberían usar las influencias del padre de Rodrigo en la Corte. De inmediato cartas van y cartas vienen exponiendo los hechos a su padre y en algún tiempo, finalmente Rodrigo recibe una carta de recomendación al Adelantado, firmada por el Secretario del Rey, inmediatamente se la hicieron conocer y la recomendación surtió efecto cuando los recibió Juan Ortiz de Zárate:

-Esta nota que traéis directamente de la Corona, me obliga a recibirlos y a daros espacio en mi expedición; sin embargo, debo decirlos que me place hartamente pues veo a Uds., como jóvenes de notoria fortaleza, dispuestos a combatir y usar su espada por España y por el Rey.

-Gracias Señor -dijo Rodrigo-, le prometemos lo mejor de nosotros, y estaremos siempre a su lado, a su disposición y a sus órdenes.

-De acuerdo -continuó el Adelantado-, busquen al primer Capitán de nombre García, el les dará acomodo, zarparemos en unos días.-

Era el mes de Agosto del año 1570.

Juntamente al Capitán García, Rodrigo y Sebastián visitan la nave que sería su hogar por muchos meses, explicándoles García:

-No piensen que es una viaje de placer, la vida en barco es miserable -y añade un poco amargado- todos los que viajan hombres, mujeres, jóvenes y viejos, los pulcros y los sucios, todos , son arrojados al escándalo y al desorden, apretados unos contra otros. Y así apretados, uno eructa, otro vomita, otro deja escapar un flato, y otro más defeca, mientras uno toma desayuno.

La descripción atemorizaba y desconcertaba a Rodrigo y Sebastián, por supuesto que no era la vida que conocían cómodamente en la Corte.

-En muchos momentos, hay hambre, frío, nauseas, no existe la privacidad, se duerme donde se puede, sobre la atestada cubierta, encima de las pilas de lastre, o echados sobre sus pertenencias, mientras que a su alrededor las cucarachas, y las ratas se escabullen.

Ambos lo escuchaban absortos.

-Y si hay tormenta, peor, es muy sacrificado, pero así como Uds. la gente que atesta los barcos, sueña con las riquezas de América.

“Riquezas de América”, la frase les devolvió la confianza, afrontarían los problemas del viaje, su objetivo era más importante

-Pero no se preocupen les daré el mejor acomodo –concluyó el Capitán divertido al haber observado las expresiones de asombro, de pavor y alegría reflejadas en sus caras mientras les relataba cómo sería la travesía.

En efecto García les da un buen acomodo, en uno de los escasos botes salvavidas, existían sólo dos, atiborrados de preciosas mercaderías necesarias para la terrible travesía que significaba un viaje lleno de sacrificios, todo lo manifestado por García era evidente y aún más.

Finalmente zarparon en busca de aventura, gloria, conquista y sueños.

Tanto Rodrigo como Sebastián hicieron muchas amistades, gente que había estado en Potosí que comentaban las riquezas de las minas de plata. Pero más les informó el Adelantado Ortiz de Zárate, quien hizo su fortuna en ese cerro rico.

CAPITULO V

EL VIAJE A LAS INDIAS AMERICA

ATRAVEZAR EL ATLANTICO

EL RIO DE LA PLATA

Después de la conquista por Francisco Pizarro del Imperio Incaico en una tierra llena de riquezas nombrado ya el Perú como Virreinato, se descubrió al Sur del territorio un cerro que sería la mina más grande del mundo cargada de plata, se la nombró Potosí.

El Adelantado explico los pormenores de Potosí:

-Lo que voy a contarles, no es una leyenda, es una realidad que yo mismo la he vivido. Un indio de nombre Guallpa, una noche al salir a buscar una de sus llamas extraviada, una vez que la encontró la amarro a un pajonal, en ese momento él se encontraba en el famoso cerro.

Los jóvenes escuchaban atentamente.

-El indio Guallpa durmió su cansancio, y al despertar, grande fue su sorpresa pues al ir a soltar a la llama en cuestión arranco el pajonal encontrando hilos abundantes de plata. Guallpa pertenecía al servicio de un capitán español llamado Juan de Villarroel, notable minero de Porco, otro yacimiento minero.

El Adelantado continuó con su relato.

-Guallpa, ni tontito, ni perezoso, informó de su descubrimiento, al capitán Villarroel enseñándole los hilos de plata que despertaron el interés y codicia del conquistador. Todo esto ocurrió en el año de Enero de 1545. Hasta Diciembre del mismo año ya empezaron a formarse las primeras casuchas del pueblo, trabajos que iniciaron Villarroel y su gente.

-Después continuaremos el relato, ahora a trabajar, que esta travesía será muy dificultosa.

Y en verdad que la travesía era muy dificultosa. Tanto Sebastián como Rodrigo, tenían que suplir los trabajos de los navegantes, el control del barco, más de los aparejos, y sobretodo la disciplina, por demás necesaria en la travesía., ambos junto a García se convirtieron en el brazo derecho del Adelantado, su presencia en plena travesía los convirtió en capitanes imprescindibles, todo esto hizo que se acreciente la amistad del Adelantado Juan Ortiz, por nuestros dos aventureros.

Todas las averiguaciones de Sebastián Campuzano sobre las riquezas de Potosí en América, eran completas, verídicas y acertadas, la gente del Adelantado, así lo confirmaban.

Pero la primera escala de tan portentoso viaje era el Río de La Plata, allí debía llegar la flota del Adelantado, con sus cuatro buques artillados, llevando 500 hombres de guerra y oficiales, se entiende por oficiales, aquella gente de todo oficio, incluyendo labradores, más dos naves de mercaderías.

Desde allí el Adelantado debía poblar dos pueblos, entre Asunción y Charcas, llevando yeguas, potros, vacas, ovejas, de sus propiedades del sur; el final del viaje, ya por tierra, era Potosí.

No en vano todos estos servicios, daban al Adelantado, el título otorgado por el Rey de Adelantado Capitán General y Gobernador de las provincias del Río de La Plata, de todo lo descubierto y poblado, como de todo por descubrir y poblar, el título del Adelantado, era de por vida y sucesorio.

Después de tantos sufrimientos, sacrificios, y todo lo insólito que puede pasarles a los navegantes, con muchos enfermos abordo de las naves, y bastantes muertos durante la travesía , llegaron al Río de La Plata, habían tardado más de seis meses.

Quienes más sufrieron fueron los pajes, ó grumetes, habían casi niños, muchos habían perecido; junto a los españoles habían otros europeos: holandeses, flamencos, portugueses, genoveses, noruegos, muchos no llegaron a puerto.

Muy pocos llegaron a Potosí, atraídos a esa ciudad por su riqueza y fama, llamada en ese entonces "La octava maravilla del mundo".

Una vez llegados, al desembarcar en el Río de La Plata, tuvieron que luchar con los indios de guerra, con grandes pérdidas. Tanto Rodrigo como Sebastián, ambos muy hábiles con la espada, eran considerados, como los más de los capitanes y tenientes, entrenados en los oficios militares.

Se estableció campamento, bendiciendo la tierra, al amparo de la cruz y la espada.

Allí en continuo peligro de ataque, estaban ambos Rodrigo y Sebastián, en contacto cerrado con el Adelantado, muy juntos y bajo el mismo techo.

El Adelantado, les dijo:

-Conozco muy bien el terreno, tomen algunos hombres, de acá a tres horas hay un poblado, donde hay algunos españoles, allá dispondremos nuestro cuartel central.

Así lo hicieron y llegaron a un poblado pequeño, allí dispusieron un alojamiento para toda la gente, estableciendo una especie de fuerte militar.

Una noche el Adelantado llamó a Rodrigo y Sebastián, anunciándoles que continuaría dándoles referencias sobre Potosí.

-Después del descubrimiento del cerro rico y el registro que hizo sobre la veta descubridora Don Juan de Villaruel en 1545, se descubre una nueva veta, la Veta Rica, una de las más ricas, era el año 1562, yo ya estaba en Potosí, soy minero fanático, me inicié con mis minas de Porco y después con las minas de Potosí, tengo varias vetas registradas.

Juan Ortiz, expresaba:

-La ciudad siguió creciendo, venían europeos, gente de todo el mundo, en pos de la riqueza, y realmente existía y existe mucha plata, todos los mineros potosinos son más o menos gente acaudalada, la ciudad actualmente cuenta con alrededor de 150.000 habitantes, las casas y viviendas, no tienen nada que envidiar a cualquiera de Madrid, o París, poco falta para que se alfombraran las calles con alfombras persas y turcas, tan hermosas y altas, el frío es combatido, con hermosas estufas de hierro fundido encendidas a leña en cada casa, las estufas son alemanas: en Potosí la elegancia y el confort, son señal de cierto abuelengo europeo.

Rodrigo, preguntó:

-O sea quien quiere trabajar, gana dinero.

Juan Ortiz contestó:

-Y mucho, a mayor trabajo, mayor dinero, no es fácil Potosí tiene una altura de 4.059 metros sobre el nivel del mar, el corazón y los pulmones trabajan mucho.

Continuando el relato.

-Una vez instalado, contratas jornaleros y luego indios mitayos, todos se ayudan y a Uds. les colaborarán los españoles y extrêmeños.

-¿Cuándo podremos partir? -preguntó Sebastián.

-Una vez, que visitemos una toldeía india, donde la cacique es mi mujer, y quiero que conozcan a mi hija, mi única hija. En la toldeía, después de un breve descanso, nos dividiremos Uds. irán hacia Potosí con alguna gente que tiene ese destino, y yo continuaré a Asunción y a Charcas, tengo que llevar ganado de mis tierras de Tarija, y veré la forma de fundar una ciudad por estos lugares, más adelante.

Veía desilusión en sus rostros, ellos querían seguir al lado del Adelantado que les enseñaba tantas cosas y habían congeniado estableciendo una franca amistad.

-No os preocupéis, os daré recomendaciones para mis apoderados, quienes les darán algunas minas con buenas vetas para trabajar, naturalmente viviréis en mi casa.

-Gracias mi Señor -dijeron ambos, agradecidos y reconfortados con el ofrecimiento.

Después de varios días, con ciertas vicisitudes, peleas con los indios guerreros, mosquitos, y todo tipo de alimañas, avistaron la famosa toldería.

Primero salieron a recibirlos, la indiada, en pleno hombres y mujeres, luego cantidad muy grande de niños y niñas, y luego con paso pausado, la Cacique Jefa, tras ella una hermosa joven de ojos rasgados, la hija del Adelantado.

Después de las presentaciones de rigor, La Cacique, ofreció a nuestros amigos los mejores compartimientos para su alojamiento, manifestando:

-Los amigos de mi Señor y esposo, son mis amigos, les daré la mejor atención.

Juan Ortiz de Zarate, ofreció esa noche una frugal cena a Rodrigo y Sebastián acompañada con unas infusiones por demás agradables en agua rica.

Aparentemente la prestancia de Rodrigo, causó impacto en Inés, la hija de Juan Ortiz, que no dejaba de prestar las mejores atenciones a Rodrigo, los mejores platos, las mejores frutas, cosa que no pasó desapercibida por ninguno de los comensales y las más de las preguntas.

-Dígame Don Rodrigo -dijo Inés- ¿Dónde nació Ud.? ¿Cómo es España? ¿Cómo es nuestro Rey?

Serie de preguntas que demostraban la inquietud de la joven por Rodrigo.

-¿Por qué vienen a estas tierras? –concluyó inquisidoramente.

-Mi querida Doña Inés -expresó Rodrigo-, estamos en estas tierras tal como lo ha hecho vuestro padre, en pos de gloria y de riqueza.

Añadiendo:

-Y en servicio de nuestro Señor el Rey, conquistando estas tierras para colonizarlas y catequizarlas para España.

Doña Inés, trató de alargar la estadía de Rodrigo, Sebastián y sus acompañantes, a fin de continuar dialogando y conversando con Rodrigo, tanto así que se quedaron alrededor de diez días.

Doña Inés, no pudo más, y expresó su amor a Rodrigo, éste muy sano y noble en sus actitudes, le dijo:

-No puedo prometeros nada, no sé cuanto tiempo estaré en América, tengo un compromiso en España, por favor mi señora déme tiempo, y prometo daros una respuesta.

-Yo, te esperaré Don Rodrigo –le dijo con una mirada expresando su amor.

Rodrigo quedó confundido. Ana, su amor en España y esta declaración de la hermosa Inés, lo dejaron turbado, confundido.

Días después Don Juan Ortiz de Zárate, quien no estaba muy alejado de estas noticias, quizá también por las confidencias de su hija, y en una conversación con Rodrigo le dijo:

-Don Rodrigo, sé en que andanzas está mi hija con Ud. y las intenciones que la animan.

-Mi Señor, no me toméis a mal, -respondió Rodrigo.

-Espera, dijo el Adelantado, dejadme continuar no sabes cuán contento y feliz sería si mi hija desposara con vos.

-Señor -dijo Rodrigo- , me honran sus palabras, por favor denme tiempo.

-Piénsalo bien -dijo el Adelantado.

Y realmente era para pensar, no era para menos dicha sugerencia. El fiel amigo, siempre tan acertado Sebastián, una vez consultado dijo:

-Mira Rodrigo, Doña Inés es el mejor partido de la región, tú y yo, no sabemos cuándo, ni cómo regresaremos a España. Ana, la hermosa Ana, no creo te espere tanto tiempo y aquí se te presenta una hermosa joven, bella y riquísima, la única heredera de nuestro Señor el Adelantado, uno de los potentados del Perú, consultado por Virreyes y por el Rey, quien se case con ella será un Adelantado, yo no pensaría mucho.

Rodrigo contestó:

-Mi querido amigo, tienes toda la razón, siempre la tienes, pero, yo amo a Ana, tengo una palabra que cumplir. Inés es bella, no lo niego, pero aún no la conozco tanto como a Ana y su recuerdo no lo puedo borrar de mi corazón. Pienso constantemente en ella. Claro que la fortuna me sonrío con la idea de heredar al Adelantado. Vamos a Potosí, establezcámonos, empecemos a trabajar, tengamos algo de fortuna, y a esa hora decidiré, Doña Inés me esperará.

Estas últimas palabras Rodrigo dijo a Doña Inés, quien contestó:

-Yo te esperaré Rodrigo, mi padre sabe que serás mi esposo, y está deleitado con la idea, te esperaré mi amor.

Y como toda despedida, Don Juan dio todas las recomendaciones a Rodrigo, más las misivas para sus apoderados:

-Mi casa será tu casa, y todo lo que necesites te será dado, prácticamente serás mi hijo político.

Doña Inés también expresó:

-Si Rodrigo, te esperaré y si me llamas allí iré de inmediato.

Y era como un cerco, Rodrigo se sintió amarrado, pero muy contento, Doña Inés era poco común, muy bella y era en sí una mujer de notables cualidades.

Rodrigo y Sebastián, partieron hacia Potosí, con ellos iban veinte hombres de guerra, diez exploradores conocedores de Potosí, y cuatro pajes llamados así por su corta edad entre doce y catorce años; con los poderes otorgados, Rodrigo y Sebastián eran los primeros capitanes del grupo.

En el grupo iba un personaje, muy recomendado por el adelantado, él había iniciado en Potosí sus primeros trabajos, sin mucho éxito, pero conoció a Juan Ortiz de Zárate, y se puso a su servicio, era un hombre fiel como ninguno, en su recomendación, el Adelantado dijo a Rodrigo:

-Cuenta con Juan Hernández para todo, tenlo a tu lado, es fiel y muy valiente, yo le daré las órdenes necesarias.

Y así fue, Rodrigo y Sebastián, ya no se separaron más de Juan Hernández.

CAPITULO VI

CAMINO A POTOSI LAS HISTORIAS Y AVENTURAS DE JUAN ORTIZ DE ZARATE

Y se inicio el viaje.

La Cacique cedió algunos indios para el transporte, estaban listos para cualquier eventualidad, ya que en el trayecto se sabía que iban a recibir ataques de indios guerreros, en el trayecto existían una especie de tambos, donde pernoctarían recibiendo descanso, era un viaje de ascenso desde el nivel del mar, hasta las alturas escarpadas a 4000 metros de altura.

Juan Hernández, resultó un compañero grato de viaje, en cada tambo, o allí donde se instalaba campamento Juan Hernández contaba sus hazañas y las de Juan Ortiz de Zárate, Su Señor, siendo su inseparable, fiel compañero.

La expedición estaba en constante situación de peligro, casi siempre eran atacados por partidas de indios, muy audaces propios de las llanuras del chaco, no se amedrentaban ni aun ante los fogonazos de los arcabuces, la lucha era continua, sin embargo en las noches de tranquilidad Juan Hernández narra sus historias.

La primera historia fue la suya, cómo llegó a América.

Juan Hernández se embarcó en una de esas carabelas en el puerto de Cádiz, contaba con 14 años, fue enrolado como grumete o paje, su vida y juventud muy sacrificada, siempre mal tratado, y mal tenido, llegó a Panamá, donde anduvo tras algo de futuro, y de allí se embarcó al Perú, llegó a Lima, siempre en busca de un tutor o de un patrón, pero los más no dejaban de explotarlo, castigarlo, y dañarlo, despertando una rebeldía que se hizo innata.

Juan Hernández continúa su relato:

-Ya en Lima -dice Juan Hernández-, escuché las noticias de Potosí, su riqueza, sus minas, todos comentaban eso, y más los más sufridos y sin trabajo, de inmediato me puse en camino hasta llegar a Potosí, a medida que ascendíamos, la altura hacía estragos entre nosotros, muchos nos indisponíamos, y yo en particular me atemoriqué, pero pensé y me dije: ¡Qué más puedo esperar si he sufrido tanto! Adelante. Llegado a Potosí yo, y aquella gente con la que iba, nos acomodamos en cuchitriles, al día siguiente de inmediato obtuve trabajo, llegué por una suerte del destino, a una mina con mucho trabajo y que necesitaba gente, la mina se llamaba la Mendieta, siendo yo bastante joven, era una especie de aprendiz, quise trabajar socavón adentro por la mayor paga.

Los jóvenes aprendían el sacrificio de la gente cuando quiere surgir en la vida.

-Y fue así -decía Juan Hernández-, que un día llegó de visita e inspección el dueño de la mina, seguramente me vió tan joven y sacrificado, que me hizo llamar. Me preguntó por mi nombre y de qué lugar de España provenía, le contesté con mucho respeto, me dijo, trabajarás directamente para mí y te daré cobijo en mi casa, es una pérdida que un muchacho como tú esté de minero de socavón. ¿Sabes leer y escribir? preguntó, le manifesté que sí, mucho mejor dijo. Desde ese momento hasta ahora, trabajo para mi Señor Don Juan Ortiz de Zárate.

Las peripecias de la expedición eran, más de resguardo y defensa, frente a los continuos ataques de los salvajes, algunos de los hombres de la expedición enfermaron con una especie de malaria decían propia de esas tierras, también se tenía que atender a los heridos resultado de los continuos ataques, algunos en grave estado.

Para Rodrigo y Sebastián, Juan Hernández era una bendición del cielo, matrero, conocedor de las sendas, luchador incansable, conocedor de los idiomas nativos por lo menos en parte daba lugar a comunicación, ya había hecho el recorrido ida y vuelta un par de veces o más, con alguna de su gente que los acompañaba.

En una de esas tertulias nocturnas, Juan Hernández manifestó a Rodrigo y Sebastián, que apenas lleguen a Potosí, iniciarían una nueva expedición al Río de Plata, amén de ver a Doña Inés y su madre, la noble Cacique, se trataba de cumplir con una orden del Virrey, a fin de fundar y establecer una ciudad a las orillas del Río de La Plata, a este objeto el Adelantado Juan Ortiz de Zárate había convocado a dos Capitanes de mucho prestigio, con los que ya había atravesado todo el Chaco desde Charcas hasta el Oriente, se trataba de Juan de Garay y Andrés Manso. Capitanes quienes según Juan Hernández, se encontraban en Potosí, a disposición de Juan Ortiz de Zárate, esperando su presencia, para iniciar la nueva expedición destinada a fundar una ciudad en el Río de La Plata, dirigiéndose a Rodrigo le dijo:

-Pienso, que serán integrantes de la nueva expedición, sobre todo Ud. Don Rodrigo, por su compromiso con Doña Inés.

-No esté tan apurado -contestó Rodrigo, un escalofrío recorrió su cuerpo: Inés, Ana?

Nuestros amigos sufrieron un ataque muy fuerte de los salvajes guaraníes, fue a media noche de un día muy aciago, donde se dieron cuenta de la persecución que sufrían, fue una noche negra, tuvieron dos bajas y bastantes heridos, toda la noche se estuvo combatiendo, estuvieron rodeados por unos cien salvajes o más, finalmente rechazaron el ataque, era uno de los últimos fieros combates, pronto llegarían a los valles, donde la indiada si bien guerrera era menos agresiva.

Para Rodrigo y Sebastián eran nuevas experiencias, pese a sus atributos de combatientes en extremo hábiles y cuidadosos, sin embargo sabían que en la América, las contiendas eran continuas, bastaba ver la vida de los colonizadores y conquistadores.

Uno de los tantos ejemplos era la vida dura del Adelantado, siempre estuvo combatiendo desde su llegada al Perú, hasta su ingreso a Charcas y Asunción.

Juan Hernández relató cómo había perdido una mano. Fue en una de esas incursiones al oriente, más allá de Asunción, donde en un combate fue alcanzado por un arcabuzazo, que arrancó de cuajo parte del brazo y la mano completa. Contó que la herida era tan terrible debido a la pérdida de sangre, y sobre todo al calor insoportable de esos lugares llenos de alimañas y mosquitos que impedían la coagulación y cicatrización de la enorme herida.

En esas condiciones narra Juan Hernández:

-Yo no sabía qué hacer, era nada más que llevar a mi Señor hacia el Sur, hacia el Sur lo más rápidamente posible; para mi suerte, o nuestra suerte, una partida de indios guaraníes al ver nuestra situación y la pérdida de sangre que sufría mi Señor, nos ayudaron y construyeron una especie de camastro sobre los hombros de los indios donde trasladamos a mi Señor al primer campamento que estaba cerca de esos indios, allí se trato en primer lugar de cortar la hemorragia, ellos nos dijeron que más al Sur estaba su campamento central donde la Cacique, jefa de todos ellos, tenía todas las condiciones para una buena atención médica.

Rodrigo y Sebastián escuchaban absortos el relato, admirados por la entereza del Adelantado y cómo afrontaba sufrimientos y penurias, admiraban interiormente, sin expresar, los padecimientos que sufrían los conquistadores.

-La disyuntiva, y decisión para mí, que quedé al mando, era ir hacia Charcas, o escuchar a los indios que me aseguraban la buena atención que tendría Don Juan Ortiz en su toldería central; naturalmente, si decidía ir a Charcas ellos nos abandonarían a nuestra suerte, decidí ir lo más rápidamente posible a la toldería central de los indios. Llegados allí la Cacique Jefa se hizo cargo de la atención a mi Señor, nos quedamos varios meses, yo volví a Potosí, para la atención de los asuntos de mi Señor. Don Juan quedó en el campamento por más de cinco meses.

-¿Allí se enamoró? preguntó Rodrigo.

-Así es -contestó Juan Hernández-, hacen quince años, como pasa el tiempo.

Se continuó el viaje, ya eran varias semanas, por suerte se llegó a los valles donde mejoró relativamente la situación de los viajeros siempre en emergencia esperando el acecho de los indios, éstos menos belicosos, y ya, en algunos casos, al servicio de España.

La llegada a los valles mejoró la situación, Rodrigo y Sebastián se solazaron con aquellas plantaciones de los indios donde abundaban frutos de la campiña, algunos desconocidos para ellos, pero exquisitos, la orden del Adelantado era llegar lo más rápidamente a Potosí, y ambos como Capitanes del grupo, junto a Juan Hernández, cumplirían las órdenes de Juan Ortiz de Zárate.

La caminata por los valles era mucho más tranquila, y sencilla, en primer lugar no existía el estar en apronte de lucha en todo momento y después no tenían que luchar contra mosquitos, alimañas y ese calor infernal.

Con esa tranquilidad, una noche Juan Hernández se dispuso a contar la última aventura de Juan Ortiz de Zárate, que precedió a éste viaje.

-Estando en Potosí Juan Ortiz de Zárate, fue llamado primeramente por el Gobernador de Potosí, y después por el Virrey con sede en Lima, para darle a conocer las últimas disposiciones del Rey, con referencia a una nueva tarea, cual era la colonización del Oriente, siendo para tal actividad Juan Ortiz de Zárate el hombre adecuado para dirigir la empresa, de tal manera que debía presentarse ante el Rey allí donde se encontrase la Corte. Sabida era la riqueza con que contaba Juan Ortiz, que en algún momento prestó dinero en lingotes de plata al Virreinato del Perú y más su temeridad y valentía, en todo el recorrido de su vida.

Juan Hernández, continuó:

-Así pues, mi Señor, de inmediato se puso en campaña para partir a España, rumbo a Lima para proseguir a Panamá. En Lima visitaría al Señor Virrey. Ya, estando en Panamá, busco embarcarse con destino a España, y lo hace en el puerto Nombre de Dios cerca de Cartagena, ya en alta mar la nave en que viajaba fue atacada por corsarios franceses, siendo robado todo el contenido de la nave, más reconociendo la autoridad de Juan Ortiz, le robaron 146 barras de plata

marcadas, destinadas al reino de España, y lo más valioso: su vajilla personal labrada y con grandes escudos de oro, con las armas de Ortiz de Zárate.

-Y encima, -decía Juan Hernández-, le robaron toda su ropa, la cual por ser tan fina y costosa, era para los piratas de gran valor, lo dejaron en calzoncillos.

Para finalizar dijo:

-Yo, que me quedé en Panamá, sabedor de estos hechos participé en el rescate de mi Señor, quien al verme me dijo: "Me robaron los franceses, sin dejarme cosa alguna, sino solo mi camisa y mi vida".

Tal fue la última historia del Adelantado Juan Ortiz de Zárate que nos contó.

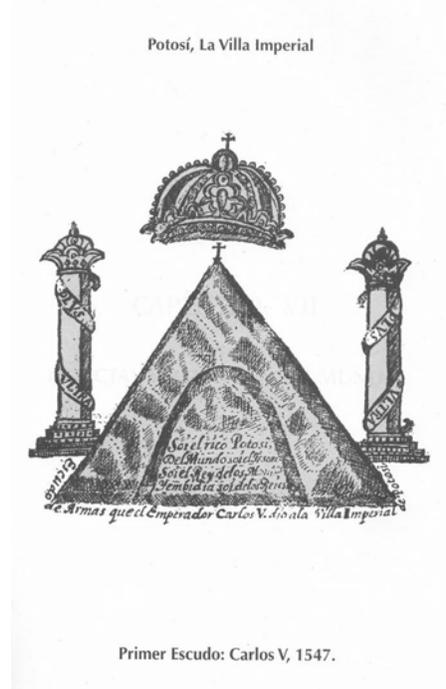
Continuando el viaje a Potosí, eludimos la entrada a Charcas, por razones de tiempo. Después de los valles fértiles, siendo el último de ellos, casi cabecera de valle llamado por los españoles Betannoos, siguió el ascenso hacia las tierras altas, ya no existían peligros de ataques, la indiada se encontraba más o menos tranquila, quizá en plena colonización.

El aire se hacia más pesado, el avance era más lento, para Rodrigo y Sebastián, a medida que subían notaban un decaimiento, un dolor de cabeza, una falta de oxígeno, se indispusieron varias veces, era la altura.

Hubieron días en que había que instalar campamento para la atención a Rodrigo y Sebastián, había que atenderlos, pociones de aguas con hojas medicinales, que sí les hacían mucho bien.

Juan Hernández, festejaba y reía de la debilidad de los dos capitanes, y les decía en varias oportunidades.

-Se aclimatarán y después reirán de estas vicisitudes y de estos malestares pasajeros.



CAPITULO VII

POTOSI

LA OCTAVA MARAVILLA DEL MUNDO

Potosí, hermosa ciudad a 4000 metros de altura sobre el nivel del mar con 150.000 habitantes. Era el año de 1571.

Finalmente nuestros amigos avistaron la ciudad. Primero el enorme cerro rico, que era cónico, pero raramente regular, es decir asemejaba un cono perfecto con una altura de unos 930 metros desde la base de la ciudad.

Rodrigo y Sebastián, quedaron azorados a la vista del cerro rico, el famoso Potosí, la Octava Maravilla del mundo, de un color rojizo con diversos matices de color ceniza, completamente distinto a los cerros vecinos, cerro rico de cuyo seno se extraen riquezas argentíferas de enorme valor y mayor pureza que dan lugar a esa enorme riqueza de Potosí.

Para ambos amigos una verdadera sorpresa, parecía que hasta la tierra que pisaban estaba mezclada con piedras, seguramente también tenían algo del precioso metal.

Eso sí muy agreste, por la altura poca vegetación, casi nada, con un viento helado de cordillera; mucho frío, mucho, que quizá al calor del sol era menor, vale decir, donde llega el calor del sol algo templado, donde no llega, frío intenso.

Al ingresar a la ciudad notaron, como en las más de las ciudades algo de pobreza, rústicos caseríos indígenas, que seguramente eran de los trabajadores mitayos de las minas, Rodrigo, pregunto a Juan Hernández.

-Dime Juan; ¿Qué es un mitayo, explícame que es eso de la mita?

-Te explico, dijo Juan Hernández. Por disposición del Virrey, se ha determinado a modo de ley del Reino de España, el que cada indio tenga como obligación indiscutible servir en las minas en la extracción de mineral durante dos años, a cambio de su sustentación, en algunos casos muy pocos reciben alguna retribución en dinero, generalmente cuando reciben algo se quedan más de los dos años de rigor, esa es la mita un servicio gratuito.

Quedó claro para ellos, la mita el servicio gratuito, mitayo el trabajador minero.

-Ahora, para la extracción del mineral, se hacen unas perforaciones enormes por donde puede un hombre transitar de pié, también existen más pequeñas, en que el trabajador camina casi a rastras esos se llaman socavones, de ahí que existen socavones de primer y segundo, hasta tercer orden, cada socavón o más pertenecen a un propietario, español que hace el registro de una parte del cerro, esperando tener suerte y encontrar una buena veta de mineral, como el cerro es riquísimo toda veta es buena, existe una lista de las más ricas labores, en el momento existen unas mil vetas ricas, que dan mucho dinero a España, por el impuesto llamado el "quinto".

A medida que iban ingresando a la ciudad totalmente española por esas callejuelas estrechas, se notaba la riqueza potosina, hermosos balcones, con barandas en hierro y plata forjados, parecía una ciudad cerca al cielo, con adornos de metal que seguramente eran de plata, igualmente los portones, con picaportes y aldabones de plata, todo era plata, y no sólo era en algunas casas, eran en todas las que a su paso observaban, casi todas en dos plantas, con hermosas rejas forjadas en plata pura.

Pintadas con colores llamativos y alegres las casas daban vida al paisaje potosino. Era medio día cuando llegaron nuestros amigos, con un sol esplendoroso, fuerte, estaban más cerca al cielo que a la tierra., mucha gente, de toda nacionalidad, se notaba por los cambios de idioma, había alemanes, franceses, noruegos, árabes, moriscos, hasta rusos, y muchas otras nacionalidades.

Las casas, viviendas, no eran comunes, la mayoría pasaban como palacios, tal era la riqueza que ostentaba Potosí. Muchas construcciones nuevas, muchas iglesias hermosas con bellos tallados en piedra y con motivos indígenas en sus frontis, de algunos balcones colgaban finos gobelinos, que eran sacados en la mañana y guardados por la noche.

-¡Cómo serán estas mansiones y palacios por dentro si por fuera son un alarde de riqueza? -preguntó Sebastián.

-Esperen -contestó Juan Hernández- ya lo verán, ya llegaremos a la casa de nuestro Señor, el Adelantado.

-¿Y los indios?, son una cantidad enorme –dijo Rodrigo-.

-Así es -manifestó Juan Hernández-, hay mucho indio en la ciudad, son la mano de obra gratuita y barata para el trabajo de las minas, materia indispensables, son mitayos.

-Ya nos explicaste -dijo Sebastián.

Finalmente llegaron a la tal mentada casa, y, realmente era un palacio, no en vano Juan Ortiz de Zárate era un nombre riquísimo.

Rodrigo y Sebastián, quedaron extasiados con el espectáculo, aún estando ambos acostumbrados a los lujos de la corte en España.

La casa tenía dos plantas, en la entrada el zaguán que desembocaba en un patio español empedrado exquisitamente, con una fuente central tallada en piedra, unas gradas en piedra que llevaban al segundo piso, en la parte superior del descanso, tallado igualmente en piedra el escudo de armas de Ortiz de Zárate.

Los pisos de los recintos alfombrados con alfombras persas y turcas bastante altas, necesarias para el frío potosino, todos los aposentos con cortinados, recamados en oro, más estufas a leña, todas con mobiliario europeo y árabe; lo que más llamaba la atención eran las lámparas de pie y colgantes, casi todas de plata y oro, aptas para recibir las velas de cebo.

Los recibió, una especie de mayordomo, moro de muy elegante librea, a quién Juan Hernández presentó a Rodrigo y Sebastián como los nuevos huéspedes del Adelantado, indicándole que debía preparar dos aposentos para cada uno de ellos, más los almuerzos respectivos.

El mayordomo llamó a una serie de indias muy bien vestidas y aseadas, para las labores necesarias.

Rodrigo y Sebastián fueron a asearse y descansar un momento antes de la llamada a almorzar.

Después del suculento almuerzo, en vajilla de plata blanca labrada compuesta ésta de dos fuentes grandes labradas a la romana con grandes escudos de oro con las armas de Ortiz de Zárate, las pequeñas eran grabadas en cincel, fuentes de plata dorada; en Potosí, la plata blanca era simplemente oro, con un color plateado.

Juan Hernández los invitó a descansar, ya que ese mal de altura continuaba molestándolos a ambos, al iniciarse la noche los presentaría a los apoderados de Don Juan Ortiz de Zárate.

Rodrigo estaba percatado del buen vestir de la gente que habitaba en Potosí, de tal manera que se prepararon adecuadamente para ser presentados a los nombrados apoderados.

Uno de los lujos de Rodrigo era la espada que su padre le obsequió, verdaderamente era una obra de arte toledana mezclada con arte mudéjar, había que lucirla adecuadamente. Igualmente, Sebastián, cambió de ropa, que en esos tiempos era algo muy importante en Potosí, muestra de señorío e hidalguía, siempre con su espada toledana colgada al cinto.

A la hora nona, más allá del atardecer, llegaron los dos apoderados de Don Juan Ortiz de Zárate. Ambos se presentaron como Don Felipe de Cáceres y Alfonso de Sotomayor, después de las presentaciones de rigor, Rodrigo hace entrega de la misiva de Don Juan a Don Felipe Cáceres quién procede a la lectura del documento manifestando después:

-Don Luís Rodrigo de Montenegro y Villalba, en esta carta don Juan Ortiz de Zárate me solicita y ordena, que os dé la máxima colaboración para registrar dos minas del cerro rico, que sean las mejores, a nombre vuestro y a nombre de Don Sebastián Campuzano y Montenegro, además que se os provea de mitayos y obreros para el laboreo de las susodichas minas, más dinero para el laboreo de ambas minas; está por demás decir que Don Juan Ortiz de Zárate me recomienda el mejor de los tratos para vuestras mercedes dándoles toda clase de ayuda y colaboración en cualquier actividad que deseen tener, me escribe, en un capítulo aparte: "considera a Don Rodrigo como un hijo mío."-

Rodrigo y Sebastián, conocían que los deseos de Adelantado eran los mejores para su acomodo en Potosí, pero no así en tal alto grado.

Rodrigo, a nombre de ambos dijo:

-No sé cómo expresar mi asombro por la bondad y benevolencia de nuestro Señor Don Juan, tampoco sé cómo expresar mi eterno agradecimiento, pero siempre quedaremos como servidores incondicionales a su persona.

A lo cual Don Felipe de Cáceres, expresó:

-Don Rodrigo, por esta carta, estamos a sus ordenes y a su servicio, mañana mismo iniciaremos los trámites respectivos, y los visitaremos para las consultas correspondientes.

Al retiro de ambos apoderados, Rodrigo manifestó a Sebastián:

-Tengo la ligera impresión que Don Juan Ortiz de Zárate me ha tomado ya, no como pretendiente, sino como futuro esposo oficial de Doña Inés.

Sebastián contestó:

-No ligera impresión, no, de hecho estas ya casado, o mejor matrimoniado.

-No estoy para bromas -dijo Rodrigo.-

-No es broma -manifestó Sebastián , sonriente.-

Rodrigo pensó y dijo a Sebastián:

-Si acepto las atenciones de Don Juan, estoy aceptando, las insinuaciones y de hecho el matrimonio.-

-Así es -dijo Sebastián-, y si no aceptas, perderemos nuestro futuro.

Y naturalmente había que pensarlo. Para Rodrigo era muy agradable Dona Inés, muy linda y muy bien parecida, tendría que aprender a quererla y quizá llegara a enamorarse, en esos tiempos los matrimonios pocas veces eran solo por puro amor, en la primera oportunidad que hubiera, comunicaría esta decisión a la bella Ana, allá en España. Descargó su conciencia, y así en esos términos, se lo comunicó a Sebastián.

Sebastián le dijo:

-Es lo más acertado que he escuchado, como tu fiel consejero y amigo te digo, tendrás una hermosa y bien acomodada esposa, que se nota te ama y será muy difícil para ambos separarnos de la América y menos de estas tierras hasta nuestra muerte.

-Es verdad añadió Rodrigo, nuestra suerte esta echada.

La riqueza potosina, el palacio y atenciones del Adelantado, ¿empezaban a relegar el amor y el recuerdo, la promesa de matrimonio a Ana?

Ambos se retiraron a sus aposentos a tener un merecido descanso, y a soñar con las glorias de Potosí.

Al día siguiente muy temprano en la mañana, los visitó Juan Hernández, con el encargo de los apoderados de encontrarse con ellos en la Gobernación, en la oficina de registros mineros.

Los tres se dirigieron a la Gobernación, admirando a su paso la ciudad, donde todo era plata, hasta el piso mismo que apoyaban sus zapatos o zapatillas.

Rodrigo y Sebastián pudieron admirar las hermosas iglesias que calle a calle, encontraban, hubo una que más gustó a Rodrigo por su campanario, la Iglesia convento matriz de San Lorenzo, belleza del plateresco español con arte indio, llegó a llamarse arte barroco mestizo.

A la llegada a la Gobernación los apoderados Don Felipe y Don Alfonso los recibieron en el pasillo de la misma, manifestándoles que el Gobernador deseaba conocerles máximo si Don Rodrigo era considerado como hijo de Juan Ortiz de Zárate una de las grandes autoridades del Perú, todos sabían de la hija única de Don Juan, heredera de todas las posesiones del riquísimo Adelantado.

El Gobernador Licenciado Lope García de Castro, los recibió con mucha atención, manifestando a Don Rodrigo, que la amistad con Don Juan Ortiz de Zárate, databa de mucho tiempo, ya, en uso de mis atribuciones nombré a Don Juan: Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de La Plata, siendo que es fiel servidor del Rey.

El Gobernador añadió:

-Que siendo Don Rodrigo, considerado hijo de Don Juan, le otorgaba todas las facilidades para los requerimientos que él podría tener, a fin de afincarse en estas tierras del Virreinato.

Don Rodrigo manifestó:

-Señor, mi persona y mi su espada están al servicio del Rey y de su Gobernador Lope García.

Después de las despedidas de rigor, Rodrigo, Sebastián y Juan Hernández, juntamente con los apoderados, se dirigieron a las oficinas de registros mineros, donde Don Felipe y Don Alfonso, habían transferido a nombre de Don Rodrigo y Don Sebastián, dos socavones propiedad de Don Juan Ortiz de nombres La Purísima y Forzados, que se encontraban en plena actividad.

Tales eran las concesiones que Don Juan prestaba a su ya presunto yerno.

El siguiente paso era la visita a los socavones, luego les entregarían las contabilidades existentes y los presentarían como los nuevos propietarios.

Así nuestros amigos se iniciarían en la minería con bases sólidas y ya con riqueza anunciada.

De regreso a la mansión de Don Juan, Rodrigo y Sebastián, que aún continuaban asombrados, se dijeron entre sí:

-Estoy azorado, nuestra suerte esta sellada, y en forma por demás positiva.

-Así es -contestó Sebastián-, tenemos que agradecer a Doña Inés que se enamoró de ti a primera vista.-

-Sirvámonos un buen vino, y brindemos por mi futura esposa.

Ana estaba pasando totalmente al olvido.

Llamaron al mayordomo moro, y pidieron dos copas y un buen vino y al momento brindaron:

-Salud, Salud.

Ya en la tarde, salieron a visitar y conocer la ciudad, una ciudad de tipo español, de estrechas calles, muy abarrotada de gente de toda condición, casi todos los gentiles iban armados con sendas espadas, cubiertos con amplios sombreros de fieltro y capas de lujo a modo de albornoz.

El frío era constante al atardecer bajando la temperatura hacia la noche.

Existían muchos fondillos, a uno entraron por unas copas de tinto, toda gente de avería, se notaba mucha agresividad, era gente que, por quitame esas pajas, sacaban a relucir sus aceros. Miraron con curiosidad a nuestros amigos, donde poco o nada valían la prestancia y el señorío, pero Rodrigo y Sebastián mantuvieron las miradas serenas, tratando de eludir cualquier provocación.

De todas maneras se notaba la abundancia en dinero. En algunos lugares existían mesas de juego, donde corría abundancia de dinero y de licor, en otros lugares existían damas de compañía, pero todo era colorido, porque era el total de las comarcas europeas las que allí estaban, y también habían inglesas, españolas, portuguesas, muchas rusas y árabes, en esos lugares les comentaron que existían garitos de mayor costo y de mejor calidad en todo orden.

Rodrigo y Sebastián de retorno a casa se apresuraron a cenar y descansar, al día siguiente en la mañana visitarían sus minas en el cerro rico, ardua mañana les esperaba.

Ya en la mañana desayunaron con Juan Hernández, quien los llevaría a las minas, que eran contiguas, para enseñarles las mismas y presentar a los capataces, sus servidores diciéndoles:

-No os descuidéis, llevad vuestras espadas, tenemos que cruzar la ciudad y es muy peligroso, siempre es peligroso.

-Siempre estamos alertas, siempre hemos estado alertas, y ahora más que nunca. – respondió Rodrigo

Con esa advertencia cruzaron la ciudad, ellos Rodrigo y Sebastián, aunque muy cautos, se encontraban con la boca abierta, viendo la riqueza de la ciudad, cosa nada común en el mundo conocido, calles muy estrechas, como las de las ciudades de España, al fin Potosí era producto de su plata, y fue trazada como cualquiera de las ciudades españolas, los enrejados, los balcones, todo era en filigrana de hierro forjado con aditamentos de plata, los portones de acceso a las casas, altos como era la costumbre para el ingreso de un hombre a caballo, con aldabones de plata y toda la cerrajería en plata, las fachadas de los edificios públicos más las iglesias todas ellas con arquerías en piedra labrada en un estilo barroco, muy especial trabajado por los artistas nativos, las puertas igualmente eran en madera con tachones de plata.

Al salir de la ciudad, se podía ver, como en toda ciudad, gente pobre albergadas en construcciones por demás rústicas, ni eso, eran los nativos, llamados mitayos que trabajaban en las minas del cerro famoso por rico, aportaban la mano de obra.

Todos ellos sufridos, tan sufridos como su vida misma, en una tierra agreste, de vida dura, que no permitía ningún cultivo, y fría, helada, con vientos de cordillera, y a una altura de 4000 metros sobre el nivel del mar, incluso con falta de oxígeno, tan igual trabajaban los hombres como las mujeres.

En la base del cerro rico esperaban a nuestros amigos los capataces de ambas minas, no eran nativos, pero sí una mezcla racial, eran mestizos, el uno de nombre Donato, para la veta de Rodrigo, y el otro Hilario para la veta de Sebastián.

Después de las presentaciones y los informes de Diego y Hilario, subieron a las vetas, ambas eran muy parecidas; los socavones eran los suficiente altos para el ingreso de una persona agachada, los dos capataces eran los hombres de confianza de Don Juan Ortiz, muy bien remunerados para evitar posibles robos, dado que ambos manejaban las cargas de mineral para su traslado.

Era un trabajo demasiado fuerte, y quienes ganaban en sí dinero eran los propietarios de las minas o quienes tenían los registros a su nombre, pero, siendo tanta la cantidad de plata que se extraía, todo trabajador era muy bien remunerado, si recibía plata como jornal, para que el mismo lo comercialice después.

Tarde y temprano, ese trabajador, pediría un registro para su trabajo como minero independiente, casi nadie que trabajaba en las minas perdía dinero, al contrario su ganancia subiría, de ahí la riqueza potosina.

Quien no era minero, era comerciante, o proveedor de los materiales necesarios para la explotación de las vetas, generalmente recibían en pago plata en bruto, para su posterior venta o cambio por dinero.

Toda la ciudad trabajaba así, comercio, grande y pequeño, cantinas, proveedores de alimentos, hosterías, herrerías, armeros, etc, etc recibían plata en bruto.

Es decir, quien más quien menos recibía mineral, de todas maneras todo estante en Potosí era adinerado.

Tan famoso era Potosí, que para avalar cualquier negocio o arreglo en todo el mundo, quien tenía mayor dinero o empresa acaudalada era confirmada con el denominativo de "Vale un Potosí", dicho también señalado en la obra maestra de Miguel de Cervantes Saavedra.

En la explotación del Cerro Rico, quien mejor quedaba era sin duda el español puro, en primer lugar, tal como el Adelantado, seguido por el español nacido en tierras americanas, criollo, y tercero el mestizo, sin embargo existían algunos indios de casta, que manejaban sus propias vetas.

A esto hay que añadir, que todo europeo estaba en la primera categoría, por eso la existencia de tantos ciudadanos europeos en Potosí.

Pero quien no recibía más que un pequeño peculio, era el nativo, el indio mitayo, que sufría la norma de servir a la corona en la explotación de las minas.

Para Rodrigo y Sebastián, todo era un nuevo conocimiento y un aprendizaje.

Si bien sus minas estaban en pleno trabajo, por ser gente de Don Juan Ortiz de Zárate ellos eran considerados como familia de Don Juan, pero como todo hombre lleno de riquezas, tenía enemigos en todo Potosí, enemigos acérrimos, que tarde o temprano serían enemigos también de Rodrigo y Sebastián, Juan Hernández, ya les había dicho:

-Tened cuidado, todo enemigo de Don Juan será enemigo vuestro. Tened vuestras espadas listas, para cualquier confrontación.

Juan Hernández, mano derecha para todo de Don Juan Ortiz de Zarate, conforme a su recomendación, sería también la mano derecha de Rodrigo, sobre todo para la supervisión del trabajo de las minas, y cualquier otro menester que existiere.

Sin Juan Hernández, nuestros amigos hubieran tenido que empezar de cero, y Juan Hernández representaba a Don Juan Ortiz.

Y no solo se trataba de los enemigos de Ortiz de Zarate, sino que en esa época, Potosí estaba muy desguarnecida, siempre su población se encontraba en armas.

Alguna vez hubieron ataques de los indios salvajes de los llanos del chaco, tribus de indios chiriguano o de cualquier otra tribu; y de muchos forajidos europeos que en mas de una vez asaltaron a autoridades y potentados mineros.

Hacía poco tiempo, que en su paso por Potosí, Gonzalo Pizarro y su segundo Francisco de Carvajal; mal llamado "el demonio de los andes", se llevaron cuantiosas barras de plata; en otra oportunidades, algunos capitanes conquistadores se llevaron a La Plata Charcas, la caja que contenía el quinto de la producción de plata destinada al rey.

Muy comunes eran los duelos y las luchas a estocadas, siempre en las afueras de la ciudad, o en lugares destinados al efecto.

A tanto llegaron estas situaciones, que se hizo muy popular la siguiente regla:

"Todo potosino defenderá sus derechos a Capa y Espada".

Es decir que cada estante de Potosí, tendría a la mano su espada, para salir en defensa de sus tesoros y de su amada.

CAPITULO VIII

EL MATRIMONIO DE LUIS RODRIGO

A la vuelta a casa, los esperaba una sorpresa, quizá agradable, venían una pareja de indios de la ranchería de la Cacique, habían venido a marchas forzadas con una carta de Doña Inés, para Don Rodrigo con compromiso de respuesta.

Juan Hernández los recibió, llamó al Mayordomo y a dos indias, para que se les dé el acomodo correspondiente para su partida al día siguiente al amanecer.

Rodrigo abrió la carta, en ella Doña Inés, le manifestaba:

"Mi querido Rodrigo:

Esta no es una carta de reclamo, sino de desesperación, desesperación por ti, por tu amor, no sé nada de ti, no sé cual es nuestra situación, por mi padre he sabido que ya figuras como su hijo, pero no se nada de tu parte, ¿quieres que vaya allá, a Potosí, quieres venir acá?, contéstame, dime si me quieres, cómo y cuando formalizamos nuestro compromiso. Te quiere mucho Inés."

Rodrigo, no se asombró, al contrario se apresuró a contestar la misiva.

"Mi querida Doña Inés: sí lo he pensado mucho y tu cariño, y lo buena que eres conmigo, me ha trastornado el corazón, es una bendición el que alguien me quiera y sé que tu cariño y amor, significará comprensión, amor, atención, cariño, que un mortal como yo, quizá no lo merezca; ¡Cómo no quererte y adorarte, pienso en ti en todo momento, sé que nuestras almas están juntas a pesar del espacio y la distancia, te quiero! Y te esperaré aquí en Potosí para finiquitar nuestra boda, avísale a Don Juan."

Los indios de la Toldería, partieron al amanecer del día siguiente con la respuesta de Rodrigo.

Sebastián comento:

-Mi querido Rodrigo:

-Te conozco tanto, que creo que realmente estás enamorado de Doña Inés, naturalmente por sus cualidades y su belleza.

-Así es -respondió Rodrigo-, y como persona noble escribiré a la bella Ana, a España comunicándoles mis actuales sentimientos y mi compromiso.

Sebastián dijo:

-Todo esto significa que ya estamos asentados en América definitivamente.

-Así es -manifestó Rodrigo-, en cuanto llegue Doña Inés y su padre, fijaremos la fecha de matrimonio, y me casaré mi querido amigo, tu serás mi padrino en representación de mi Señor padre.

-Hoy escribiremos a España, una a la bella Ana, a través de nuestro amigo Diego Olivares y otra a mis padres comunicándoles mi matrimonio.

-Muy bien -dijo Sebastián-, yo también escribiré a mis padres, y les diré cómo la buena suerte nos ha perseguido, y como tú, mi buen primo y amigo, estás compartiendo conmigo toda la racha de felicidad.

Naturalmente, ambos sabían que sus cartas llegarían a España, y a sus destinatarios en más de seis meses o quizá un año, si todo resultaba sin ningún contratiempo.

Al día siguiente, ya como cosa normal, se dirigieron al cerro rico a ver sus trabajos en las minas, como siempre, acompañados de Juan Hernández.

También era necesario supervisar el trabajo de los capataces Donato e Hilario en su labor de recojo y traslado de los minerales a los ingenios, no era nada sencillo, el trabajo de las minas era arduo y muy duro.

Atravesaron la ciudad siempre admirando la riqueza de Potosí.

Juan Hernández, que no era nada discreto transmitió en primer lugar a los sirvientes de la casa, el próximo matrimonio de Rodrigo, lo mismo a todo conocido y amigo, y más a los empleados de las minas.

Así es que desde la salida de la casa, Rodrigo recibía festejos y felicitaciones, por su próximo matrimonio, no en vano sería el heredero universal del Adelantado Juan Ortiz de Zarate.

Y así fueron transcurriendo los días hasta la llegada de Doña Inés.

Sabían que el retorno de Doña Inés a Potosí sería entre treinta a sesenta días, o más, de tal manera que ambos decidieron dar una despedida de soltería, vale decir, visitar todos esos locales lujosos de Potosí, donde la gente rica se expansionaba con europeos y europeas.

Sin embargo, pese a que se trataba de gente enriquecida, llamémosla así, no siempre existía la educación y el señorío, las más de las veces tenían ambos, Rodrigo y Sebastián, que encontrarse en medio de trances y lidias de honor, que los obligaban a sacar a relucir las espadas, y donde los contrarios siempre quedaban con profundas heridas, si no muertos.

Siendo ambos habilísimos espadachines, en los diversos locales que visitaban ya se habían hecho la fama de mucho cuidado con ellos.

En esas salidas nocturnas, algunas veces en compañía de Juan Hernández, iban conociendo gente, como siempre mineros de toda nacionalidad, que en muchos casos llegaron a ser amigos, algunos sinceros.

Y era en verdad que en algunos casos sacaban a relucir sus espadas en defensa del honor del Adelantado casi suegro de Rodrigo, tal como lo anunció Juan Hernández.

En una oportunidad, tuvieron un altercado por juego de tal magnitud, que casi son acribillados a estocadas, para luego ser apuñalados si no es por la intervención de un jovencuelo, hábil espadachín, cuyo refuerzo anuló a los contrarios, dándolos a la fuga.

Agradecieron al joven y ambos ponderaron la espada, de Don Eugenio de Montilla, tal el nombre del que los auxilió, lo invitaron, lo agasajaron, prometiéndose volver a encontrarse.

Don Eugenio, no salía de día, sólo lo veían en sus salidas nocturnas, nunca de día, eludía las invitaciones que Rodrigo le hacía para merendar, almorzar, o tomar una copa de vino en su casa.

Sin embargo Don Eugenio, siendo tan joven era habitué de las casa de juego, cantinas y lupanares finos, hábil con la espada siempre con un puñal en el cinto, llegando a ser muy amigo de Rodrigo y Sebastián, pero cosa curiosa no se presentaba de día, esto los tenía muy intrigados a nuestros amigos.

-Sabes Rodrigo, yo soy muy perspicaz, y tengo el pálpito que algo raro ocurre con nuestro amigo Eugenio, y he pensado, que en alguna de las noches en que estemos juntos, al momento de recogernos a casa, lo seguiré al menos para saber donde vive y qué ocurre.

-De completo acuerdo, -dijo Rodrigo.

-Lo haremos la siguiente noche.

Y en efecto una noche después de libar varios manjares y dedicarse al juego en compañía de Don Eugenio, al retirarse para su recojo, Sebastián se las arregló para seguirlo por esas callejuelas oscuras, tenebrosas y peligrosas de Potosí.

Pero, qué extraño, Don Eugenio llegó al convento de Santa Teresa y muy cuidadosa y sigilosamente, entró al convento por una puerta chica y disimulada.

Ya en casa Sebastián comentó lo acontecido con Rodrigo, que lo esperaba, ansioso de conocer algún resultado sobre Don Eugenio.

-Esto es muy irregular, -dijo Sebastián- un espadachín tan joven no puede vivir en un convento monjas.

Rodrigo comentó:

-Tendremos que preguntárselo-

-¿Preguntar? -dijo Sebastián-, imposible, no tenemos la confianza suficiente, es amigo nuestro, pero es muy azaroso preguntar algo privado y raro.

-Yo, lo haré -dijo Rodrigo.-

Añadiendo:

-No podemos quedar con algo tan raro, y quizá siniestro, con relación a un supuesto amigo nuestro, que quizá en un futuro pueda ocasionarnos problemas, por demás extraños.

-Bueno -dijo Sebastián-, lo discutiremos mañana.

-No deja de ser extraño, raro y peligroso -concluyó Rodrigo.

Nuestros amigos, continuaron con sus labores en las minas y a la espera de noticias de Don Juan Ortiz de Zarate, y de Doña Inés ya prometida de Rodrigo Montenegro.

Uno de esos días, llegando a la casona, Juan Hernández, le dijo a Rodrigo, ha llegado una carta para ti de mi señor el Adelantado.

Ansioso, por noticias Rodrigo abrió la misiva y leyó lo siguiente:

“Mi querido Rodrigo, -decía la carta-, no sabes con cuanto beneplácito, he recibido la noticia del anuncio de tu compromiso con mi hija Inés, y la próxima reunión en Potosí para fijar la fecha del matrimonio, estoy sumamente contento, será un matrimonio feliz, y un buen hogar cristiano, parto mañana mismo para Potosí. Tu padre. Juan Ortiz de Zárate.”

Rodrigo, comento a Sebastián:

-Estoy muy contento, mi matrimonio se aproxima, felicítame mi querido amigo.

Vinieron los abrazos y unas copas de vino entre ambos amigos con Juan Hernández, Rodrigo estaba muy contento, y agradecido con Dios.

Una vez fijada la fecha del matrimonio, dijo Juan Hernández, mi Señor Don Juan, invitará a todos aquellos conquistadores, con quienes descubrió y ayudo a fundar Asunción y otros pueblos del área, próximos a Chiquitos, y más, a los señores mineros riquísimos, muy amigos de Don Juan.

-Será un gran matrimonio -añadió Juan Hernández-, seguramente vendrá el Señor Virrey desde Lima, habrá grandes bailes, y corridas de toros tan comunes en Potosí.

-No exageres, dijo Rodrigo, -y dirigiéndose a Sebastián expresó:

-Siempre me han gustado los festejos, entre gente amiga y familia, en consulta con Doña Inés, trataré de que se haga un matrimonio privado.

-Me parece muy bien, -dijo Sebastián.

-Sin embargo -dijo Juan Hernández-, yo les digo conociendo a mi Señor el Adelantado, y siendo su única hija y heredera universal, tendremos la fiesta de fiestas.

-Bueno, ya veremos, -contestó Rodrigo.

Esa misma noche Rodrigo y Sebastián se encaminaron a uno de los más lujosos lugares de juego, jugaron discretamente, lo cual era muy agradable para ellos.

Alrededor de la media noche, se presentó en el mismo lugar el joven amigo Eugenio de Montilla.

Después de los saludos de rigor, Rodrigo manifestó:

-Escojamos una mesa, bebamos un vino, mi querido amigo Eugenio, tenemos que conversar contigo.

-Por la cara que ambos traen, debe ser algo importante, ojalá no sea lo que me imagino, -dijo Eugenio, con algún pesar.

Se acomodaron en una mesa, pidieron el vino preferido, y Rodrigo sin ningún empacho inició la conversación.

-Demás esta decirlo, tu sabes mi querido Eugenio la estimación y cariño que te tenemos, esto no quiere decir que estamos abusando de tu amistad, al contrario tanto Sebastián como yo, consideramos que nuestra amistad no debe, no tiene que mantener secretos, más del calibre que tu mantienes.

-Si no me aclaran el problema, ¿Cómo, puedo explicar? -Eugenio contestó,

-Bueno -dijo Rodrigo-, al pan, pan, y al vino, vino. ¿Qué haces y porqué estas alojado en un convento de monjas?

-Qué lástima -dijo Eugenio-, es una historia muy larga y difícil, pero por la amistad que ustedes me han brindado, os la referiré. En primer lugar, no se vayan a escandalizar, yo, no soy varón, soy mujer.

-¿Cómo? ¿Qué dices? -dijeron ambos asombrados y azorados.

-Déjenme explicar, yo soy hija de un tercio español, quien deseaba un hijo, y le nació una hija, pese a la oposición de mi madre, él, mi padre desde pequeña me enseñó el arte de la lucha y sobre todo la esgrima, mi madre, ferviente católica, arregló mi ingreso al convento de las Concepcionistas a mis trece años, no como monja, sino como servidora lega. Después de un tiempo, la superiora del convento, a pedido del Señor Obispo, decidió enviar un grupo de monjas a la América, a crear un Convento, allí me incluí. Llegando a Lima, después de muchos avatares, nos establecimos en un convento, yo como servidora.

Rodrigo y Sebastián escuchaban extasiados el relato increíble de “su amigo”.

-Un día domingo, llegó a la acera del convento, un gentil hombre, muy bien parecido, muy hermoso, bien vestido, con una bella espada al cinto, era moreno, y de regular estatura, me observó, y se acercó, me piropeó y me enamoró. Yo caí en brazos de él como una inocente gacela, nos citamos, y nos veíamos, y estábamos con mucha frecuencia, en un cuarto que el tenía cerca de la plaza.

El relato los dejaba fascinados.

-Un día de esos días, la madre superiora, me hizo llamar, para indicarme, que dado el tiempo que estaba con ellas, sería considerada, y instruida como novicia, puesto que notaba mi vocación para ser monja. Desesperada y llorosa, salí rumbo al cuartito, para hablar con él, suponía que por su amor nos desposaríamos, y dejaría el convento, allí llegue y para sorpresa mía, él estaba con otra mujer, me llené de ira, le dije improperios, su falta a sus promesas, vi una espada colgando en la pared, la tomé y lo atacué, él desenvainó, y en pocos minutos de lucha, lo atravesé, lo maté. Después, lo único que me quedaba era volver al convento, lo hice rápidamente, estaba asustada y con mucho temor, había matado a un hombre, a un ser humano, estaba desconsolada, tenía que hablar con la madre superiora.

El relato era increíble, una mujer “el amigo” de tantas salidas nocturnas en lupanares, juegos y francachelas.

-Las monjas me comprendieron, me ayudaron y me enviaron acá de huída, he estado mucho tiempo escondida, pero no lo aguantaba, decidí salir vestida de hombre, de noche, y como buena espadachín no le tengo miedo a nadie, sé que me están buscando, para ajusticiarme, ellos, la justicia, buscan a una mujer.

Rodrigo y Sebastián quedaron extrañados, y más aún sorprendidos con el relato de Eugenio, no sabían qué decir, su amigo Eugenio, era una mujer y prófuga de la justicia.

-Como te puedes imaginar hemos quedado perplejos, pero como buenos amigos que somos, tu secreto quedara, en nosotros –dijo Sebastián.

-Así es, -corroboró Rodrigo.

-Y si alguna vez necesitas nuestra ayuda, acude a nosotros –concluyó Sebastián.

Nunca más, volvieron a ver a Eugenio de Montilla, pero supieron por comentarios en los garitos que el joven Eugenio había sido descubierto como monja, dando muerte a quienes la descubrieron y todavía anduvo en algunas riñas dando muerte a quienes se atrevían a desafiarlo, dada su extraordinaria habilidad con la espada.

Lo último que supieron de ella, es que se fue de huida a España.

Finalmente llegó el Adelantado Juan Ortiz de Zárate, lo supieron cuando estaban en sus socavones. Bajaron lo más rápidamente posible, para llegar a la casa a saludar y ver a su Señor el Adelantado, se encontraron, y la recepción de Don Juan no pudo ser mejor, abrazó a los dos, pero con más cariño a Rodrigo, a quien llamó "Mi hijo querido".

El movimiento en la casa era completamente distinto, recién salieron a luz, las caras de los sirvientes y sirvientas, que eran en cantidad, completamente desconocidos para Rodrigo y Sebastián, subían y bajaban, siempre había visitas en la casa, la atención a éstas era continua.

Esa noche durante la cena, Don Juan les informa que su hija, Doña Inés llegaría en dos o tres días más. Discutieron la celebración del matrimonio, Don Juan, muy contento, habló incluso de invitar al Virrey a la boda, invitar a la gente de Lima muy amigos suyos y celebrar una corrida de toros como era costumbre.

Rodrigo, no sabía cómo decir a su futuro suegro que el preferiría un matrimonio, menos ostentoso, pero se le ocurrió manifestar lo siguiente:

-Mi querido Don Juan, pienso que no es muy acertado discutir, posiciones sobre la boda, si no está presente vuestra hija Doña Inés, centro de todos nuestros desvelos y amor.

-Mi querido hijo, cuán acertado eres en nuestras opiniones, tienes toda la razón lo discutiremos con nuestra amada Inés.

Y en efecto Doña Inés llegó al día siguiente, en pos de su amor y de su novio. Apenas vio a Rodrigo, lo abrazó, lo besó y le dijo: "Mi amor no te imaginas cuanto te amo y te quiero, te haré el más feliz de los mortales".

-Y yo seré el mejor de los esposos a los pies de su amada.

Don Juan abrazó a ambos y pasaron al salón a brindar por el encuentro.

En un aparte Sebastián, levanto su copa diciendo:

-Brindo por mis amigos Inés y Rodrigo -dirigiéndose a Rodrigo-, brindo por mi amigo y primo, a quien deseo la mejor de las felicidades junto a Inés a Doña Inés. Y brindo por Don Juan, sin cuya compresión y ayuda no estaríamos en esta tierra de riqueza y abundancia que es Potosí, la bien llamada "La Octava Maravilla del Mundo".

Don Juan, levantó su copa, y pleno de contento dijo:

-Yo brindo por la felicidad y el contento que tengo de tener una familia y mi descendencia asegurada.

Y así estuvieron hasta altas horas de la noche discutiendo los pormenores de la celebración del matrimonio, en principio convinieron en celebrarlo la primera semana de Abril.

-Hay que avisar a mamá -dijo Doña Inés-, para que así pueda venir calmadamente y no sufra el mal de altura tan común en Potosí.

-Así es -dijo Don Juan-, retirémonos porque mañana será un día difícil, discutiremos cómo será la boda.

-En toda esta charla familiar estaba presente como de costumbre Juan Hernández, pero en esta oportunidad algo callado hasta que su Señor, le otorgue la palabra. Era evidente la autoridad de Don Juan con toda su gente.

Al día siguiente, en la mañana durante el desayuno, en un aparte, Rodrigo, se dirigió a Doña Inés:

-Doña Inés, mi querida Inés, tengo que hablar contigo, antes que discutamos los pormenores de la boda.-

-Por supuesto mi amor ¿Qué te inquieta?

-No sé porqué, pero siempre he sido reacio a lo pomposo y grande, quisiera, mi querida Inés tener un matrimonio, familiar y reducido.

-Por supuesto mi amor, se lo diremos a mi padre y no tendrás ningún problema.

No tardó mucho Inés en decir a su padre, la inquietud de Rodrigo, con alguna explicación.

Don Juan, dijo a ambos, que dado el pedido de Rodrigo, se realizaría un matrimonio reducido, desde ya no se contaría con la presencia del Señor Virrey, menos se efectuaría una corrida de toros. Se invitaría a la familia exclusivamente, pero se debería contar con algunos amigos íntimos como capitanes conquistadores y colonizadores, con quienes luché y conquisté mano a mano, bastante territorio.

-Asimismo -continuó Don Juan-, vendrán los Caciques primos de la madre de Doña Inés, más sus hermanos, sin quienes no hubiera podido conquistar y colonizar los territorios bárbaros del chaco.

Y, así se quedó, solo faltaba formalizar la fecha de la boda ya concretada para Abril.

Ya en reunión familiar, Don Juan les manifestó:

-Quiero detallaros, cómo es que surgió Potosí, ya les hablé del descubrimiento de la rica veta, de la que fue informado Juan de Villaruel, gracias al indio Guallpa, la veta la registró Villaruel, el 22 de Abril de 1545, con el nombre de la Descubridora, más tarde llamada Centeno, en honor al socio de Villaruel, Diego de Centeno. La boca de la mina la Descubridora, que es la Centeno, también se la nombra como la Cueva, porque cuando se la descubrió era una inmensa caverna, capaz de albergar 500 hombres de pie, caverna hermosa de variados colores y singulares matices, parecía esmaltada. Don Juan de Villaruel, ya explotando la famosa veta, envió dineros en cantidad a España, pidiendo se lo certificase como descubridor y fundador de la Villa Potosí, pidiendo un escudo de armas para ella; según cédula Real el 28 de Enero de 1547, el Rey Carlos V, le otorgo el título de Villa Imperial de Potosí.

La cantidad de gente que fue llegando por el famoso descubrimiento, impidió, que se hiciera un plano formal de la futura ciudad, siendo por esto muy desordenada en sus trazos, o sea que esta creciendo muy poco ordenadamente, pero, de todas maneras, Potosí es hermosa, y adinerada, benditos sus hijos y aquellos que vivimos aquí, para quienes nos está permitido con nuestro trabajo y la bendición de Dios, contribuir al engrandecimiento de España y sus conquistas gracias a la riqueza de nuestro cerro rico.

Sebastián, se sintió un poco abandonado, al fin y al cabo, los dos amigos eran inseparables, la llegada de Doña Inés suponía en el actual momento y para el futuro, el deslinde no permanente de Sebastián, pero sí notorio para este último.

Y Potosí iba creciendo en forma no interrumpida, cada día llegaban más y más futuros mineros, en pos de la plata que el cerro rico, cual montaña de plata, daba y daba, fue llamada el “Fenómeno Geológico de Plata Pura”.

Pero el movimiento económico que significaba ese movimiento de plata, alrededor de Potosí, para servicio del número de habitantes superiores a las capitales de Europa, era incontrolable y portentoso, aparte que de lugares cercanos, venían especies, alimentos, licores, vinos, carnes de res, cueros, para cintos y trabajos de las minas, lo mismo madera para las nuevas construcciones, las más riquísimas tachonadas en plata; de Europa llegaban vestidos, sedas, alfombras de países lejanos como Persia y Turquía, todo tipo de licores, perfumes franceses, en fin se trataba de un movimiento económico muy importantes, que significaban riqueza para sus cultores.

La misma España, un poco dejada y mirada a menos, llamémoslo así frente a las cortes Europeas, por sus luchas internas contra los moros, llegó a ser una de las principales potencias europeas en sus guerras por el predominio religioso católico cristiano, sus puertos, y los de Portugal llegaron a ser los más enriquecidos y concurridos, por aquellos que querían ir a las fuentes de riqueza tanto de Potosí, como de Méjico en mejor escala.

O sea que Potosí significó un emporio de riqueza en escala mundial, para quienes tenían relación y comercio, tanto con las minas de plata como con las necesidades de Potosí mismo.

Alguien dijo: “La Grandeza de España consiste en sus tesoros, y sus tesoros son las Indias, a lo que se añadió, y Potosí es el corazón de las Indias”.

Quien tenía plata, o dinero en Potosí, era un adinerado de verdad en escala superior.

A tanto llegó la cantidad de plata enviada a España, que corsarios franceses y ingleses como Francis Drake, Walter Raleigh, Morgan contratados por Francia y Inglaterra, en sus ataques a naves españolas, lograron llenar las arcas de estos países europeos, convirtiéndose muchos piratas, en nobles, duques y sires.

Don Juan Ortiz de Zarate, estaba a la espera de la llegada de su esposa, junto a los parientes y hermanos Caciques. Rodrigo y Doña Inés conjuntamente con Don Juan, cambian idea sobre los invitados, se hizo una nómina, en primer lugar las autoridades potosinas, gobernadores y otros, capitanes conquistadores españoles, en realidad no había mucha gente, dado el pedido de Rodrigo.

Entre las autoridades potosinas estaba el Señor Gobernador Licenciado Lope García de Castro, más sus dos asistentes, entre los connotados conquistadores, estaba Juan de Garay que fuera Teniente General de Ortiz de Zárate, Ñuflo de Chávez, Andrés Manso, Juan Matienzo famoso conquistador de los llanos. Entre los famosos mineros estaba Don Diego de Mendieta, hermano del Adelantado radicado en La Plata, Luís Quirós famoso por su riqueza, el pueblo le añadió la siguiente sentencia a su escudo: “Lo que no es de Dios, es de Quirós”.

Se fijó la fecha para el 6 de Abril, el día 2 llegó la esposa de Don Juan con su séquito, sus Caciques hermanos y sus parientes. Ella muy condescendiente y cariñosa con Rodrigo. Se enviaron parte de matrimonio a Lima, Panamá y Madrid a toda la gente que no se pudo invitar.

Para la fecha del matrimonio estaría presente el Obispo de Charcas, en el templo de San Lorenzo, adornado adecuadamente, con un sinfín de luces y flores. El vestido de la novia fue confeccionado por las madres concepcionistas, en seda con hilos de oro.

Los caballeros, Señores Capitanes conquistadores, con sus trajes de espumilla, medias largas de encaje de seda calzando las espadas sus finos cinturones y vainas de plata, jubones también de seda, todos calados por hermosos sombreros aladísimos, franceses e italianos.

Finalmente se celebró el matrimonio, el 6 de Abril de 1572. La bendición por el Señor Obispo de Charcas, en la Iglesia de San Lorenzo, muy arreglada para el efecto. Los novios muy contentos, con una elegancia nada rara en Potosí. Don Juan, no cabía en sí de gozo, lo mismo que la madre de Doña Inés. Sebastián, muy feliz, como único pariente del novio, representando al señor Padre de Rodrigo.

De allí pasaron a la mansión de Don Juan, donde se realizó el festejo de la boda, con un opíparo almuerzo, más brindis continuos por la felicidad de los novios.

En Potosí fue la boda del año, pese a ser bastante íntima.

Don Juan, como Adelantado, con la enorme responsabilidad que eso conllevaba, dijo a Rodrigo

-Mi estimado yerno, en unos días, cuando ya hayan pasado las alegrías de la boda, debemos reunirnos, tengo que enseñarles, tanto a Doña Inés como a ti, todo lo que poseo, que es mucho más de lo que se supone aquí en Potosí, no me digas que esto es muy apresurado, mis continuas expediciones son muy peligrosas y, en cualquier momento, que Dios no lo quiera, puedo perder la vida. Para mí, es una tranquilidad, que te hayas desposado con Doña Inés, y con un hijo de tu calidad y linaje, y más sabiendo lo hombre de bien que eres, puedo vivir tranquilo sabiendo que siendo mi sucesor en mis títulos otorgados por la Corona, los llevarás con dignidad y responsabilidad.

-Puede usted, Don Juan, tener la tranquilidad en su espíritu, sabiendo que yo, como hijo suyo, llevaré tal como usted lo hace, la responsabilidad del manejo público de un Adelantado, más todo lo concerniente a su actividad en pos del beneficio de España y de nuestra santa Iglesia.

Y así fue, pasados los días de rigor después de la boda, Don Juan se reunió con sus hijos, para darles a conocer, el total definitivo de sus posesiones, y títulos, conocido era que Don Rodrigo será el heredero Universal de títulos y posesiones.

A continuación daremos una relación real de las posesiones del Adelantado y Capitán General del Río de La Plata, Don Juan Ortiz de Zárate.

En La Plata.

1.- Casas principales, más de una casa de primera categoría, posee en la capital de Charcas la casa más importante y principal, donde gracias a su liberalidad comían los españoles pobres.

2.-Otras casas, casas habitaciones de inferior calidad las anteriores.

3.-Chácara del hato de vacas llamado Tocsopaya, Alto Tucsupaya.

4.-Las chácaras de tierras de Cucuri con molino y batán, batán significa un obraje, o sea una fábrica primitiva de tejidos de lana y algodón, allí trabajaban cuatro esclavos negros africanos.

5.-Unas cuadras, más de dos terrenos de cuatro hectáreas cada uno.

6.-Una huerta al otro lado del matadero.

7.-Una cuadra para sembrar cebada.

8.-Otras chácaras.

9.-Una chacara llamada Sequincha.

10.-Una chacara Cachimayo donde están poblados los indios chichas, se trata de buenas tierras ribereñas al río Cachi, a unos 25 kilómetros de La Plata, los indios chichas era una las encomiendas que posee el Adelantado.

En Potosí.

11.-Casas al frente de la Merced, se encuentran en el asiento minero y son vivienda.

12.-Dos casas y dos tiendas, casas de calidad inferior a las anteriores.

Encomiendas de indios.

13.-Por sus servicios a la Corona, y su lealtad, el licenciado Gasca le encomendó indios en Totorá, Carangas, con dos mil pesos de renta anual.

14.-También tiene encomendados e indios en Yamparas, Charcas y otros asentados en las proximidades de La Plata.

Minas.

16. Una mina llamada La Mendieta.

17. Quince o dieciséis varas de minas en la veta "Viva".

18.-Varias minas registradas en Potosí-

19.-Dos mil quintales de mineral ya extraídos, en depósitos.

20.-Minas en Porco en pleno trabajo, por concepto del quinto de regalía Ortiz de Zárate sólo en esta mina dió más de 300.000 pesos a la Corona.

21.-Intereses y bienes en Sevilla.

22.-Tierras en el valle de Tarija, que incluye ganado vacuno, ovino, porcino y caballar.

23.-Herederero universal de los bienes de su hermano Diego de Mendieta, encomendero y vecino de La Plata, personaje de bastante dinero.

Tales son las posesiones del padre político de Luís Rodrigo Montenegro y Villalba. En realidad el Adelantado era un hombre de mucho dinero, y mucha influencia en el Perú y en España.

Ya pasados los efluvios de la boda, se apresuró en Adelantado en preparar la expedición al Río de La Plata, y otras regiones a fin de cumplir con las estipulaciones señaladas por la Corona.

CAPITULO IX

EL RIO DE LA PLATA

FUNDACION DE BUENOS AIRES

Y así se iniciaron los arreglos necesarios para iniciar la expedición; todo esto debía de un contrato o acuerdo de Don Juan Ortiz de Zárate con la Corona de España.

A su llegada al puerto del Río de La Plata después de visitar las tolderías de la Cacique y su hija Doña Inés, Don Juan cumplió la primera parte del acuerdo que era poblar dos pueblos entre Asunción del Paraguay y la capital Charcas, e introducir a las provincias del Río de La Plata 4.000 vacas, en igual número de ovejas, yeguas y potros, todo este ganado fue traído por Don Juan de sus propiedades de Tarija.

La segunda parte del acuerdo:
Como obligaciones de la Corona:

“El Rey otorga el título de Adelantado, Capital General y Gobernador de las Provincias del Río de La Plata, de todo lo descubierto y poblado como de lo por descubrir y poblar” “El título es de por vida, y para dos de sus sucesores”.

Puede repartir y encomendar en la dicha Gobernación todos los indios y encomiendas que estuvieren vacantes. En los pueblos ya fundados puede encomendar por dos vidas y en los pueblos o ciudades a fundarse, por tres vidas.

“Se le autoriza a repartir o dar tierras o solares, caballerías y estancias y otros sitios, a todos vuestros hijos legítimos y naturales, por vos, y por vuestros capitanes y tenientes”.

“Los indios que Ortiz de Zárate tiene encomendados en Charcas, y los que a la fecha de su capitulación, se le pudiera encomendar, siguen y seguirán favoreciendo con sus rentas, conjuntamente con los indios que tuviere después en la dicha gobernación del Río de La Plata así como vuestro sucesor en ellas con tanto que seáis y sean obligados a tener escudero en la ciudad de La Plata para que sirva y sustente la vecindad en nombre de vos.”

“Se le permite sacar de España, Portugal, Cabo Verde o Guinea, cien esclavos libres del pago de derecho”.

Tales eran las riquezas que poseía el Adelantado Ortiz de Zárate y su sucesor.

Se preparó la expedición rumbo al Río de La Plata, la encabezaba el Adelantado y su hijo político Rodrigo Montenegro y Villalba, integrándola los Capitanes Juan de Garay, Andrés Manso, Nuño de Chávez, el Oidor Juan Matienzo cada uno de ellos con su respectiva gente, bien armada, con lanzas y arcabuces, audaces conquistadores, famosos espadachines.

Quedó al cuidado de las minas en Potosí, más los negocios del adelantado Don Sebastián Campuzano y Montenegro.

El Capitán más temerario y admirado era Juan de Garay, había llegado al Perú a la edad de diez años, estando a cargo de la familia de Ortiz de Zárate, un primo, un Oidor el licenciado Zárate, se hizo cargo de él.

Juan de Garay uno de los conquistadores más famosos de su época, como la mayoría de ellos, era sumamente corajudo y audaz, había intervenido en varias expediciones algunas hasta

Chiquitos, pobló Santa Cruz la antigua, donde dejó a su lugarteniente Ñuflo de Chávez quién la fundaría, participó en las conquistas de Andrés Manso, en las márgenes de los ríos Parapetí y Pilcomayo.

El destino de la expedición actual, era la fundación de un puerto indispensable en el Río de La Plata, más por las exportaciones que se hacían a través de dicho Río de La Plata, llamado así por toda la plata de Potosí, que tenía que ser enviada a través del océano Atlántico.

La expedición cumplió la mayor parte de sus objetivos, cuales eran poblar Charcas y Asunción con el ganado de las tierras de Tarija, que poseía el Adelantado, y más la fundación del puerto de Buenos Aires, oficializado mucho más adelante.

La fundación la realizó Juan de Garay.

Todos los fondos necesarios para la fundación de Buenos Aires, fueron gracias a los encomenderos de Charcas, y sobre todo a lo proporcionado, luchado y conquistado por Juan Ortiz de Zárate, junto a Juan de Garay, Andrés Manso y Ñuflo de Chávez.

Demás esta decir, que el puerto de Buenos Aires, fue fundado, por la influencia de las autoridades de Charcas y el dinero de Potosí, a través de sus ricos mineros conquistadores tales como el Adelantado Juan Ortiz de Zárate, entre otros.

Juan de Garay fundó Buenos Aires posteriormente el 11 de junio de 1580, muriendo poco después.

En la expedición Juan Ortiz de Zárate y sus capitanes y tenientes, fundaron las ciudades de San Salvador, Santa Fe, Espíritu Santo. La expedición duró cerca de un año, hasta la vuelta del Adelantado y su hijo político a Potosí mucho antes de la definitiva fundación de Buenos Aires.

Potosí, la Villa Imperial



Segundo Escudo: Felipe II, 1565.

CAPITULO X

ESTATUS Y BURGUESIA EN POTOSI

MUERTE DE DON JUAN ORTIZ DE ZARATE

Carlos V creó los “repartimientos” y “encomiendas” motivo que dió ingresos magistrales a la Corona, creándose en Potosí un descontento por las diferencias existentes entre españoles puros y criollos, más la pobreza del mitayo. El Adelantado y Rodrigo, llegaron a Potosí en pleno problema discriminatorio manifestándole al yerno:

-Mi querido hijo, volveré cuanto antes al Río de La Plata, primero pasaré por Tarija, a ver mis fundos, y quiero estar un tiempo en casa de mi esposa.

-De acuerdo -dijo Rodrigo-. Yo me quedaré acá a velar por los intereses mineros, tengo la ayuda de Don Sebastián Villalba y de Juan Hernández, más la compañía de mi mujercita.

-Trata de no inmiscuirte en las diferencias que existen entre los pobladores de esta hermosa ciudad -recomendó Don Juan.

-Así lo haré, no os preocupéis por mí, en ese sentido, seré prudente.

Y así se inició una vida doméstica muy hermosa para Rodrigo y Doña Inés, alternando vida social y la concurrencia a las Iglesias, siempre ambos juntos, como buen matrimonio cristiano.

Siendo una de las parejas más ricas de Potosí recibían a diario invitaciones a reuniones, almuerzos, cenas; hicieron importantes amistades, siempre incluyendo a Sebastián, el buen amigo, confidente y primo.

Sin embargo existían en la ciudad algo de inseguridad debido a las divisiones existentes entre españoles y criollos. En las continuas reuniones llegaron a conocer algunas historias reales de la vida en la Villa Imperial, tales como Don Rodrigo de Peláez y el Capitán Zapata, ambos residentes de Potosí, y fructíferos mineros. Esta última cultivó la atención de Doña Inés quien quería escucharla a toda costa, comprometiendo a quienes los invitaron a cenar a tener una próxima oportunidad en diez días más a fin de conocer la interesante historia.

Mientras tanto los trabajos de las minas continuaban en su labor gracias a los capataces, y Juan Hernández

Todos éstos trajines sociales, no eran del agrado de nuestros amigos, tanto Rodrigo como Sebastián, preferían estar en las minas, pero, había que tener contenta a Doña Inés, a quien deleitaban todas las reuniones y saraos que hubieran en Potosí, no en vano era una de las mujeres más ricas de Potosí.

Hasta que finalmente Doña Inés pudo escuchar la aventura de Don Rodrigo de Peláez y el Capitán Zapata.

Según el interlocutor de la aventura en cuestión, todo esto ocurrió alrededor del año 1561, cuando se presentó ante el IV Virrey del Perú, Diego de Aurido y Zúñiga, Conde de Nieva, el Capitán Georgio Zapata, cuyos títulos pese a estar en Italiano, demostraban su servicio con valor y lealtad al Rey de España.

Dado el mal estado de sus caudales, Don Georgio no tardó mucho en sentar real, en la famosa ciudad de Potosí, confiado con su trabajo en encontrar veta y con el trabajo mano a mano, iniciar su riqueza en Potosí.

Pero como para todo se necesitaba un padrino, nadie quiso prestarle ayuda ni colocación en sus minas al Capitán Georgio Zapata, hasta que más por conmiseración, Don Rodrigo de Peláez lo aceptó en su casa y en la mina.

El Capitán Zapata, como ya se lo llamaba, se inició en su trabajo con ahínco y perseverancia, incluso quería continuar trabajando de noche, pero a tal perseverancia llegó que encontró la famosa veta que más tarde se llamó la Zapatera.

Naturalmente, de inmediato se formó una sociedad minera con Don Rodrigo de Peláez, Georgio Zapata y Gaspar Botti. Iniciaron la explotación y la mina producía mucha plata lo que rindió mucho dinero a la nueva sociedad llegando entre ellos a ser muy amigos.

Pasaron 5 años de fuerte trabajo y de abundante riqueza que les daba el cerro rico, hasta que un buen día fatalmente murió el amigo y socio Botti.

Botti, dejó su parte obtenida en la explotación del cerro, a todos los pobres de Potosí, fue tan fuerte la fortuna dejada que no hubo un pobre en Potosí que no hubiera recibido algo de su enorme fortuna.

Después de muchos años, nuestro Capitán Zapata, era uno de los mayores potentados de Potosí. Convertido en rescatador de oro, resolvió un día de esos, retornar a su tierra, así lo comentó a su amigo y socio Don Rodrigo Peláez. Vinieron las despedidas de los dos amigos, prometiéndose ver alguna vez.

Pero Don Rodrigo Peláez, nunca supo de dónde vino Zapata, ni adonde se dirigía, fue ese un misterio.

Después, se supo que el Capitán Zapata era un árabe de nombre Emir Sícala, quien luchaba bajo las órdenes del famoso corsario turco Dragut. Derrotado Dragut por Andrea Doria, famoso almirante italiano al servicio de Carlos V, contando con la efectiva ayuda de las galeras de Nápoles mandadas por Don García de Toledo, cerca a Túnez. Emir Sícala fue prisionero.

A su paso por las costas de Túnez, se fijó en el prisionero Don Juan de la Vega, quien le otorgó el grado de capitán enviándole a América con ese grado español. Ya llegado a las Américas, pasó a Potosí, haciéndose muy rico, ya sabemos cómo.

Riquísimo, partió a Constantinopla, a presentar sus servicios al sultán Amurates III, quien lo recompensó por volver a su tierra lleno de oro y plata, más tarde por sus servicios en la batalla en la batalla de Agria, Mahomet III, lo nombró Gran Visir, coronado más tarde como Rey de Argel. Llegó a ser un buen Rey de mucha bondad y condescendencia con sus súbditos, siendo muy caritativo.

Don Rodrigo de Peláez también regresó a su país, ya en Oviedo su lugar natal disfrutó de su abundante dinero; no podía quedar derrochando su dinero, así que ideó ser comerciante, comprando y rescatando todo tipo de mercadería apta para América, sobre todo para Potosí donde los precios de cualquier mercadería se triplicaban o cuadruplicaban.

Pero ahí vienen los avatares de la vida, Don Rodrigo de Peláez, en un mal momento, abarrojó su importante mercadería en el Puerto de Cádiz en mal momento, porque Cádiz, fue tomada por los ingleses, al mando del famoso sanguinario conde de Essex; Cádiz fue arrasada por los ingleses, saqueada, ocupada por la soldadesca inglesa, cuyo exceso y furor sembraron la

destrucción y muerte de todo estante del puerto, Don Rodrigo de Peláez, perdió su fortuna y su libertad, fue tomado como cautivo amén de malos tratos y castigos .

Siendo cautivo de un cabo de nombre Fuxino de Praet, fue llevado a Inglaterra, donde conoció a otro cautivo. Ambos fueron regalados como esclavos a los representantes Otomanos, tocándoles pertenecer al árabe Maineto.

Y la historia continúa.

Una calurosa tarde, propia de las regiones africanas, el Rey Emir Sígala, salió a pasear por sus jardines y de paso conocer el regalo de dos cautivos que le había hecho su hermano Kara Sígala. Cuán grande sorpresa para el Rey reconocer a uno de los cautivos al entrañable amigo y socio Don Rodrigo Peláez. Se acercó al cautivo y le dijo:

-Rodrigo, ¿no reconoces a tu fiel amigo y socio de nuestras minas de Potosí?

Azorado Don Rodrigo, larga la barba y con lágrimas en los ojos le contestó:

-Mi Señor soy vuestro servidor, a tus pies.

-Levántate Rodrigo -díjole el Rey-, soy vuestro amigo a quien ayudaste en tu mina de Potosí, soy el Capitán Zapata.

Tardó unos minutos Don Rodrigo en reconocer a Zapata, ahora su Rey y Señor. Hasta que un abrazo selló nuevamente la amistad de ambos.

Demás esta decir que los cautivos fueron liberados, y enviado de retorno Don Rodrigo Peláez a América con una fuerte suma de dinero que respaldó su llegada a Potosí.

Doña Inés se deleitaba con las historias tan reales de la Villa Imperial, especialmente esta curiosa e inverosímil historia.

Muy devota Doña Inés, como buena cristiana, siempre estaba en las oraciones del Santo Rosario al anochecer, más rogando por que su marido no se inmiscuya entre las luchas de Vascongados y Vicuñas, algunas veces acompañada de su esposo, sobre todo en las Santas Misas y fiestas de guardar.

Devota al fin, deseaba conocer las actividades de la Iglesia en Potosí, cosa casi desconocida por Rodrigo, y Sebastián., así fue que acudió a su confesor Fr. Esteban de la orden de los dominicos quién muy solícito con Doña Inés, le refirió los orígenes de la Iglesia en Potosí.

Los primeros en llegar como orden a fueron Los Jerónimos, guardianes de la Virgen de Guadalupe en La Plata, fueron enviados para recoger limosnas, con destino a esa ciudad. Dos de ellos se quedaron en Potosí, iniciando, la actividad de los Jerónimos.

Siguieron los Jesuitas, que instalaron un colegio educativo, como lo hicieron en La Paz, y pensaban hacerlo en La Plata, llegando después, los Mercenarios, los Dominicos y los Franciscanos. Las primeras iglesias fueron la de Santa Bárbara y San Lorenzo, como parroquias para los indios, incluso hay un santo en Potosí cuya historia relataré más tarde a su Señoría.

Doña Inés estaba muy contenta con los relatos de su confesor.

Rodrigo y Sebastián, más Juan Hernández, continuaban con las labores de las minas que daban pingües beneficios de plata, no en vano era el cerro rico.

Naturalmente había que enviar las solicitudes de dinero que hacía el Adelantado en sus incursiones por Asunción, toda la colonización de esas tierras importaba mucha plata, el fundar pueblos e iniciar su vida, vale decir mantenerlos en principio, costaba mucho dinero, de ahí que la colonización fue propiciada desde Charcas con el dinero de Potosí.

Doña Inés siempre temía por la vida de su padre en esas sus incursiones, siempre en luchas con los nativos, famosos por su valentía. Y es que en un momento dado, recibieron la noticia de la muerte del Adelantado Don Juan Ortiz de Zárate.

En un lugar cerca de Asunción, la expedición de Juan Ortiz de Zárate, fue sorprendida, acorralada y cercada por un numeroso contingente de indios bárbaros logrando luchar heroicamente Juan Ortiz poniendo en huida a la indiada, pero en la lucha Juan Ortiz de Zárate, fue lanceado a la altura del corazón, muriendo instantáneamente.

El segundo de la expedición envió avisos a la Toldería y a Potosí anunciando el deceso del Adelantado, volviendo a Potosí, con el cuerpo.

Doña Inés quedó profundamente compungida y acongojada ante la noticia de la muerte de su padre enfermado de la pena a tal grado que Rodrigo prometió no alejarse de ella, esperaban la llegada de la madre de Juana y el cuerpo de Ortiz de Zárate, para proceder a la exequias correspondientes.

Una vez llegados ambos, casi en el mismo día, se veló a Ortiz de Zárate en la Iglesia Mayor de San Lorenzo, acudieron autoridades, amigos personales de la familia y pueblo en general, se recibieron condolencias de Lima, de La Plata o Charcas, La Paz y el Cuzco.

Su Excelencia Francisco de Toledo, Virrey del Perú, envió una nota de condolencia a Don Rodrigo Montenegro y Vázquez.

Los restos del Adelantado Don Juan Ortiz de Zárate, fueron enterrados en uno de los altares de la Iglesia Mayor previa misa de cuerpo presente.

La misma noche del entierro, se presentaron en la casa del Adelantado, todos los responsables y apoderados de las empresas, a fin de dar sus respetos a Don Rodrigo Montenegro, nuevo y actual Adelantado responsable de las propiedades de su difunto padre político. Don Rodrigo manifestó:

-Les prometo, continuar con la política ejercida por el Adelantado Don Juan Ortiz de Zárate, no efectuaré ningún cambio y, al contrario, mantendré la misma confianza y trato que se tenía con todos ustedes, a quienes visitaré oportunamente.

Rodrigo hizo llamar a una reunión al día siguiente a los apoderados Don Felipe de Cáceres, y Don Alonso de Sotomayor, donde estarían presentes Don Sebastián Campuzano y Montenegro, y como observador Juan Hernández. La responsabilidad de Rodrigo era enorme, y así lo dijo a Doña Inés.

-Mi querida esposa, es muy grande la responsabilidad que tengo en el manejo de todas las pertenencias de tu Señor padre, pero gracias al Altísimo, te tengo a tí como mi leal consejera, y a Sebastián que tú lo conoces por sus acertadas opiniones y decisiones

-Así es -manifestó Doña Inés-, pero dadas las múltiples ocupaciones que tienes, pienso que Sebastián debería ser desde ahora una especie de Administrador General.

-Por favor, mi querida Inés, tienes que estar presente en la reunión de mañana para confirmar su designación.

-Así lo haré, siendo esa tu disposición.

Al día siguiente se efectuó la reunión citada en la mañana, estando también presente, como observador, Juan Hernández.

Al momento de ingresar a la reunión, el Mayordomo, le entregó una carta; la misiva era de Don Diego de Mendieta, hermano de Ortiz de Zárate, lamentaba la muerte de su hermano a quien quería en sobremanera, añadiendo, que no había podido concurrir a las exequias por la altura, “debido a mi problema cardíaco”, decía, “siendo ese el principal motivo para mi estancia en La Plata, no olvides que mi hermano o sus descendientes directos son oficialmente mis herederos universales, de tal manera, que siendo tú mi querido Rodrigo y Doña Inés, mi única familia, no olvidéis visitarme”.

Allí se comunicó a todos el nombramiento de Sebastián como Administrador General, y se encomendó a Don Felipe y Don Alonso, el arreglo de los documentos, todos necesarios para establecer la propiedad de los bienes en general, sean agrícolas, mineros, fundos, encomiendas, casas, viviendas, cuadras, chacras, tierras, intereses, y otros bienes, así como los minerales, absolutamente todo a nombre de Don Luís Rodrigo de Montenegro y Vásquez, así como su nombramiento de Adelantado.

Mientras tanto, Doña Inés despidió a su afligida madre, que retornaba a la Toldería, recomendándole a su hija Inés ser obediente consejera de su esposo.

-Inés, sabes dónde me encuentro si necesitas algo, cualquiera que sea tu necesidad.

-Así, lo haré madre –respondió agradecida Doña Inés.

-Llámame, mi querida hija, y me tendrás a tu lado.

-Te visitaremos con Rodrigo -díjole Inés.

Triste despedida, habían perdido el esposo y el padre solícito que tanto veló e hizo por ellas. Recuerdo imperecedero que nunca se borraría de sus mentes venerando al Adelantado con profundo amor.

Al momento Doña Inés, se vio con dijo: Rodrigo, quien le dijo:

-He recibido una carta de Don Diego de Mendieta, no pudo venir al entierro de tu padre por la altura, su enfermedad del corazón dice él, nos pide que vayamos, algo dice del asunto de la herencia.

-Debemos ir, en cuanto podamos, somos lo único que tiene -manifestó Doña Inés.

El consuelo para doña Inés era la religión, siempre rogando y rezando por su señor padre. Su confesor, un buen hombre, la consideraba una de las mejores feligresas, a quien le debía mucho respeto y cariño. En una de esas charlas, fray. Esteban, le dijo:

-Doña Inés, es necesario, que conozcáis la historia y la presencia de fray Vicente Bernedo futuro santo de Potosí, el está acá en Potosí, y su sola vista os servirá de consuelo a vuestra aflicción por la pérdida de vuestro señor padre.

Fray Esteban, añadía:

-Fray Bernedo es ascético, vive en pobreza, sacerdote de mucho sacrificio, se dice que obra milagros, “anda pobremente por los caminos montado en un jamelgo, con una vieja frazada

como único abrigo". A él, quiero introducirlos, bastará una sola palabra, para reconfortarlos completamente.

-Gracias fray Esteban -dijo Dona Inés-, lo visitaremos Ud. sabe qué es lo mejor para mí en estos tristes momentos.

Fray Vicente Bernedo, había nacido en el Puente de la Reina, Navarra, más o menos por 1560 estudió en Pamplona y Alcalá de Henares, en 1580 ingresó a un convento de la orden de Santo Domingo, estudió Filosofía y Teología, ordenándose como sacerdote dominico en Salamanca, llegado a las Indias es transferido al convento de Potosí.

"Elegió como morada y teatro de la más religiosa penitencia, la torre de las campanas, en el convento dominico, en los primeros dos años que vivió, en ese convento, no tuvo otra celda de vivienda, allí pasaba los días y las noches, con sus apuntes de filosofía, teología, y penitencia, expuesto a los rigores del clima potosino, granizo, nieve y fríos intensos, no bajaba de la torre sino para algunas funciones de la comunidad, como asistir al coro, decir sus misas, y atender labores de caridad".

"Su alimentación era muy escasa, a base de pan y agua, hacia prolongados ayunos, acompañados de crueles silicios y sangrientas disciplinas".

Obligado a dejar la torre y ocupar una celda, eligió la más fría, durmiendo en el suelo. Otro de sus biógrafos refiere que escribió un tratado sobre el Santísimo Sacramento, así como tratados de teología y sagrada escritura, algo se ha conservado en el Archivo General de Indias, de Sevilla.

Alrededor de 1600 hizo trabajos misioneros en las minas cercanas a Potosí, tales como Chorolque, Oplaca, Tupiza, Vitichi, Mataka y Porco.

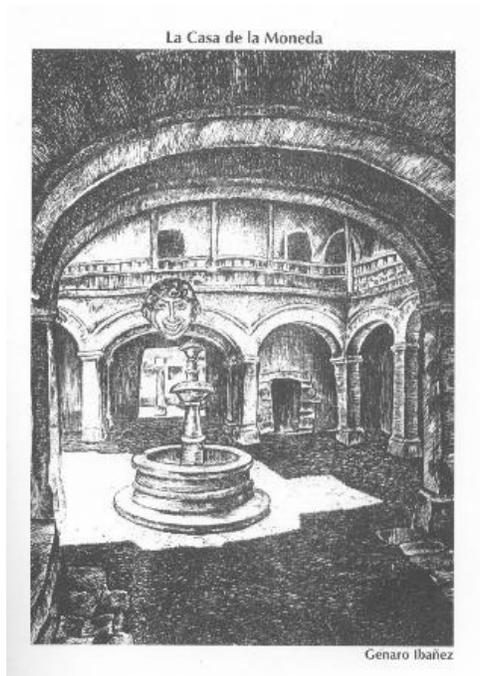
En la ciudad de La Plata, estuvo un tiempo dictando clases de teología.

Hombre fervoroso y santo, murió muy joven, después de una dolorosa enfermedad; toda la gente en Potosí clamaba por sus calles a gritos ¡El santo murió! ¡El santo murió!

Se afirma, que aún después de su muerte los milagros continuaron, muchos testigos señalan que mujeres españolas, mestizas, indias, europeas, negras, acudieron al convento de la villa donde estaba el cuerpo del Santo, afligidas por las enfermedades que aquejaban a algunos de sus hijos o hijas y pudieran morir de enfermedades extrañas, para que sólo tocando el cuerpo del Santo, saldrían en breve tiempo sanadas y curadas.

Sabido era en Potosí que acudir al Santo, el pedido y rezo surtían efectivamente los problemas de sanidad y de trabajo.

El sacerdote dominico, alcanzó fama de Santo, más aún con las declaraciones de testigos que le atribuían, proféticamente, cura de enfermos y sanidad a casos desahuciados.



CAPITULO XI

HISTORIAS DE POTOSI

Tal era el movimiento de plata y dinero en Potosí, la expansión del comercio y el auge financiero alcanzado por la extracción de plata del cerro rico, que se vió como una necesidad construir una Casa de la Moneda, antes del deceso de Ortiz Zárate.

El Señor Virrey Don Francisco de Toledo quién tuvo la visión y empeño, más los esfuerzos necesarios llamó y citó a Lima, en ese tiempo a los mineros más adinerados de Potosí, contando por supuesto con el Adelantado Juan Ortiz de Zárate, como primer invitado, para su concurso monetario en la construcción de una Casa de la Moneda donde se acuñarían monedas para su distribución en todas las posesiones de España en América y la misma España.

Don Juan Ortiz de Zárate contribuyó con el mayor desprendimiento a esta importante construcción en beneficio de Potosí.

Se puso la piedra fundamental en 1572, iniciándose la construcción en 1574 a cargo del alarife potosino Jerónimo de Leto, concluyeron la obra tres años mas tarde. La acuñación de las monedas se inició de inmediato, produciéndose las famosas "Macuquinas", monedas deformes por el procedimiento rudimentario.

Para el inicio de la construcción de la imponente obra fue llamado el Adelantado Don Rodrigo Montenegro y Vásquez así como su Señora esposa Doña Inés como hijos de quien había sido el mayor benefactor para la construcción: Don Juan Ortiz de Zárate, ya fallecido.

Transcurría el año de 1580, Don Luís Rodrigo Montenegro y Vásquez, consolidado todo su feudo, gracias a la actividad de su primo, consejero y amigo Don Sebastián Campuzano y Montenegro, continuaba con la misma actividad que tuvo su señor suegro, siguiendo sus anteriores

consejos y su ejemplo. Ya había nacido su primogénito a quien pusieron el nombre del abuelo: Juan Esteban.

El cerro rico continuaba emanando riqueza, y es que existía cada vez más plata que el día anterior, la población de Potosí crecía, más y más.

Eran los tiempos del Virrey Francisco de Toledo, trabajaban en Potosí en las minas y los ingenios 13.000 mitayos, era imposible obtener más, todos los pueblos que proveían mitayos estaban desiertos, la necesidad minera iba creciendo.

Naturalmente como en toda sociedad, la cantidad de plata y dinero de los potosinos, que cualquiera poseía fortuna de mayor o menor grado, daba lugar a luchas desde el origen de la creación de la ciudad entre quienes más tenían dinero con sus privilegios como españoles, y quienes también con dinero no ostentaban privilegios por no ser españoles, pronto se iniciarían guerras intestinas.

Rodrigo y Doña Inés, tuvieron que sufrir una nueva pérdida que significó gran dolor familiar. Después de prolongada enfermedad murió la madre de Doña Inés en Noviembre de 1583, ambos y su pequeño hijo Juan Esteban, que a la sazón contaba casi cinco años, se trasladaron a la tolдерía allá en el chaco, los sobrinos de Doña Inés dispusieron que se entierre allá en su tierra rodeada de sus familiares y población indígena, que a manera de súbditos rindieron el homenaje respectivo a la Cacique de esas tierras y de esa gente.

Los sobrinos de Doña Inés, renovaron sus votos de obediencia y humildad a la hija de su cacique y consecuentemente al Adelantado Don Rodrigo Montenegro, quien les manifestó que continuaría con el mismo cariño y deferencia que les tenía el señor padre de Doña Inés, pudiendo todos ellos contar con la colaboración, cualquiera que sea, que pudiera dárseles, al igual que lo que ellos pudieran prestarles.

Los sobrinos nuevos caciques de la tolдерía, le manifestaron a Rodrigo y Doña Inés que el pacto de sangre, entre ellos y la familia de Don Rodrigo, siendo familia nunca se extinguiría.

Doña Inés con lágrimas en los ojos, les dijo:

-Son ustedes y siempre serán mi familia más querida, no dejen de venir a verme a Potosí.

Estuvieron presentes en la ceremonia Don Rodrigo y Doña Inés el hijo Juan Esteban, Don Sebastián Campuzano y Juan Hernández.

Al arribo a Potosí, Don Rodrigo, recibió un informe de la situación potosina en cuanto a población se refiere para su análisis económico, informe solicitado por Sebastián.

Grupos pobladores de la Villa de Potosí:

Gremio de los dueños de minas e Ingenios: 80 familias.

Mercaderes en el lucrativo comercio de piñas de plata: 12 familias.

Comerciantes con capitales mayores de medio millón de pesos: 160 familias.

Casa de la moneda: 38 familias

Funcionarios de las Cajas Reales: 10 familias.

Estas familias controlaban el movimiento económico de la Villa, el total eran vascos, cada familia contaba entre 80 y 120 personas, entre colaboradores, administradores y personal de trabajo.

Sebastián manifestó:

-Los españoles y vascos, controlan las principales actividades de la Villa.

Rodrigo, pensativo comentó:

-Eso es muy evidente, pero no deseo nos inmiscuyamos en las divisiones que pudieran existir, entre españoles y criollos. Sobre todo estando nosotros emparentados directamente con nativos americanos, en especial yo: mi suegro el Adelantado era Vasco, nació en Orduña, Vizcaya, mi suegra nativa del Chaco, mi esposa mestiza con sangre vasca y mi hijo criollo.

Sebastián, continuó;

-Comprendo nuestra situación, en el momento no existe peligro alguno, ni creo existirá, pero es necesario que para cualquier contingencia a futuro, nos encontremos preparados, y más que nada definidos.

-Definidos? ¿Cómo? -dijo Rodrigo.

-Estaremos obligados a tomar partido, no podemos quedar al margen aunque lo quisiéramos -dijo Sebastián.

-Lo veremos en su tiempo, no deseo ni ser vascongado ni viciña.

Sebastián añadió:

-¿Tú sabes que entre los viciñas hay andaluces, extremeños, castellanos, gallegos, portugueses, y de otros lugares de Iberia?

-Sí lo sé -dijo Rodrigo-, démosle tiempo al tiempo.

-De acuerdo -dijo Sebastián-, llama a Doña Inés, tomemos una copa de vino.

-Qué bien -dijo Rodrigo- merecemos un descanso.

Llegado que hubo Doña Inés al salón, pedida la copa de vino, les dijo:

-Ahora que estáis más tranquilos, os relataré, otra historia, de esta Villa de Carlos V. -
Estamos atentos -dijo Sebastián.

-Así es, mi amada esposa, te escuchamos, ¿y qué es de nuestro hijo? Dónde esta Juanito? Llámalo -dijo Rodrigo.

-Dónde está Juan Esteban? -preguntó Inés.

-No está -dijo Sebastián-, salió con el mayordomo.

-Bueno aquí va la historia.

Hacia aproximadamente diez años que la opulenta Villa Imperial, daba y da enormes cantidades de dinero gracias a sus hermosos filones de plata, que aparentemente parecen interminables.

La fama del cerro rico, era desde hace mucho tiempo, universal, dando lugar a un crecimiento totalmente desordenado, con una población irregular, multitud de indios, españoles, y europeos, todo el mundo deseaba llegar a Potosí a hacerse rico, sin tener en cuenta “el comerás con el sudor de tu frente”, nada evidente en Potosí.

Disfrutando de mucha riqueza vivía en Potosí, Don Agustín Solórzano, potosino muy estimado, de excelentes cualidades, amante padre, muy solícito con sus hijas, siendo la mayor, Esperanza muy bella y apetecida.

Un gallardo potosino, Don Juan de Mendoza, criollo, a quien no aventajaba Don Agustín, en dinero, empezó a rondar la casa, calle arriba, calle abajo, noche y día, en pos del amor de la preciosa Esperanza. Don Juan enamorado acudió en pos de ayuda tocando la puerta de conventos sacerdotales, hasta llegando a pedir a brujas nativas y europeas, ser correspondido, hasta que “la gota labra la piedra”, se encontraron, se vieron, se enamoraron y después de un tiempo con Doña Esperanza se casaron luego de un hermoso romance.

En esas épocas el Virrey Luís de Velasco, envió desde Lima con muchas recomendaciones, al Gobernador Don Bartolomé Astete de Ulloa, a un ex secretario suyo de fina estampa, agraciado, y poeta de nombre Martín Salazar.

La sociedad potosina, con tantas recomendaciones, acogió como de costumbre al mencionado Don Martín Salazar, que llegó a ser su mimado, llamémoslo así.

En esas condiciones, Salazar se hizo amigo de Don Agustín de Solórzano, y más de Don Juan de Mendoza, el feliz matrimonio; Don Martín Salazar era invitado a esa inmaculada casa frecuentemente, y siendo tan linda y, repetimos, apetitosa Doña Esperanza, Don Martín empezó el asedio romántico, jurándose seducir a la hermosa dueña de casa, cueste lo que cueste, ocurriendo lo peor de todo: que Doña Esperanza de Mendoza, cae en los brazos de Martín Salazar.

Pero existe la conciencia y el arrepentimiento. Doña Esperanza en cada encuentro con su marido, sufre, se arrepiente, no puede mirarle a los ojos, se agacha, se acongoja, a tal extremo que llega a enfermar de angustia, añadiéndose a todo esto, que llega una espera, un hijo, hijo de Martín Salazar. Doña Esperanza está deshecha, no tiene ninguna esperanza y menos perdón alguno, y su enfermedad se agrava, médicos y curanderos, no dan con la causa de esa enfermedad, que se agrava y la lleva a la muerte.

Antes de su muerte, Doña Esperanza le confiesa a su marido, entre llantos y ayes, su adulterio y cuyo era el hijo.

Desde ese momento Don Juan, ya enlutado, jura vengarse, porque se halla desventurado, todos le dan la espalda, ya que la noticia ha llegado al pueblo. Viéndose solo, porque ni el hijo es de él, decide abandonar Potosí, distribuye sus riquezas, se aleja diciendo adiós a sus padres.

Tiempo después, una tenebrosa noche fría, como sólo en Potosí las hay, se encuentra un hombre apuñalado en las callejuelas potosinas, es Don Martín Salazar, se lo entierra, en el cortejo fúnebre está su amigo el padre de Doña Esperanza.

Horror de horrores, a los dos días se descubre que han desenterrado el cuerpo de Martín Salazar, alguien le ha sacado el corazón y se ha llevado la cabeza. Ese alguien fue Juan de Toledo, que logra penetrar en el panteón, con el puñal al cinto, y los ojos centellantes por el deseo de venganza, toma el cadáver de Martín Salazar, le abre el pecho, y le extrae el corazón, derramando gotas de sangre manchando sus labios, separa la cabeza del cuerpo, y descarnándola se la lleva consigo.

Al poco tiempo, se sorprendió Potosí, con la llegada de un penitente un hombre santo, que deambulaba por las callejuelas, vestido pobremente con un sayal, llevando una calavera en la mano izquierda, el pueblo pensó que era un santo, uno de esos varones que hacen penitencia.

El penitente era Don Juan de Toledo, que rugía su venganza contra su mujer adúltera, y el hijo que no era suyo. Cuando sacó el cadáver de su ataúd, le extrajo el corazón, se lo comió, y después separó la cabeza, despellejándola, jurando no separarse nunca de ella.

Qué aberración y odio puede encerrar el corazón de un hombre.

-Que terrible -dijo Sebastián.

-Cuánto odio -dijo Rodrigo.

-Les contaré otra -dijo Doña Inés.

-No, no, no, no... -dijo la concurrencia.

-Mejor vamos a dormir -manifestó Rodrigo-, es muy tarde. Qué bien que Juancito no estaba presente.

-Juan Esteban -corrigió doña Inés

CAPITULO XII

NOTICIAS DE ESPAÑA

Y es que días más tarde arribó un recién llegado de España, quien buscaba a Don Luís Montenegro y Vásquez, fue llevado a su casa, al enterarse Rodrigo lo recibió con mucha amabilidad en el saloncito de Doña Inés.

Al ver al visitante Rodrigo entendió que se trataba de una persona de prestancia e hidalguía.

-Don Rodrigo -dijo el recién llegado-, permítame presentarme soy Pedro Armendáriz y León, vengo directamente desde España vía Panamá y Lima, vengo con una comisión real encomendada por nuestro señor y Rey Felipe II, la comisión ya está resuelta en Lima en manos del Señor Virrey, mi presencia ante usted es ha pedido de su señor padre quien al saber en la corte de Valladolid que yo sería enviado a Lima, y siendo tan corto el trayecto a Potosí, pues me llenó de encargos, lo mismo vuestra señora madre Doña Esperanza, lamentablemente, he tardado casi un año, en llegar hasta esta ciudad.

Rodrigo al escucharlo, no cabía en sí de gozo, llegando incluso a verter algunas lágrimas de alegría.

-Don Pedro, le dijo, no sabéis cuánto alegra mi corazón el escucharos, mi persona, mi familia, mi casa esta a vuestra disposición. Dejadme alojaros en primer lugar, conocerá usted mi familia.

Don Pedro traía misivas para Rodrigo, de su padre y de su madre, más una misiva para Sebastián

Se reunieron en la noche, en el saloncito, Sebastián no cabía en sí de gozo, recibir noticias de su padre, en su misiva él, le reprochaba el no casarse aún, pero agradecían a Dios, la situación conocida ya, de Sebastián en las Indias, igualmente Rodrigo supo que su padre estaba muy sano y su madre relativamente bien, ambos más sus hermanos, los padres de Sebastián, convenían en que en algún momento los visitarían en España, les decían los esperamos con los brazos abiertos, quiero conocer a mis nietos escribía Don Juan Manuel de Montenegro y Villalba, ya estamos viejos y deseamos verte por una última vez.

Para Don Pedro fue una agradable sorpresa conocer a Doña Inés la esposa de Rodrigo, tan fina y agradable a más de hermosa, una especial belleza.

El encanto de Doña Inés, les dijo Don Pedro, sería en España a más de su belleza, y simpatía personal, un preciado don americano.

Dialogaron sobre las familias de España hasta altas horas, conviniendo en que era necesario realizar una visita a España.

-¡Y cómo estamos en Europa? -preguntó Rodrigo.

Don Pedro contestó:

-Bien, muy bien mi estimado Don Rodrigo, es prácticamente el advenimiento de nuestro Señor y Rey Felipe II, y las cosas van igual que con su padre. España es hoy, como ustedes saben, una potencia europea de primer orden, gracias a la riqueza de las colonias en especial a la de Potosí. El peligro Otomano ha sido conjurado, digamos anulado con el triunfo del hermano de nuestro Rey, Juan de Austria, en la batalla naval de Lepanto, los otomanos quedaron destrozados, todo el Mediterráneo más parte de Italia está consolidada en favor de España.

-¿Y, cómo murió nuestro Rey Carlos? -preguntó Sebastián.

-Me estáis hablando de algo más de quince años, -dijo Don Pedro- muy tranquilo se retiró a la abadía de Yustes, allí murió, sus últimas palabras fueron Jesús en perfecto español, la gota lo hizo sufrir mucho, esto hace bastante tiempo.

-Yo lo conocí, me despedí de su Majestad para venir a las Indias, se lo veía muy enfermo muy mal, no conozco al actual Rey.

-Pero, sí, él os conoce, sabe que sois el actual Adelantado del Río de La Plata, y que vuestra hacienda llega hasta Asunción, lugar donde murió vuestro suegro, él tiene mucho interés en Potosí máxime si de allí le llegan los dineros que llenan las arcas reales.

-Dinero gastado en tanta guerra que sostenemos -dijo Sebastián.

-Así es, -dijo Don Pedro-, la guerra es continua no tenemos paz. Los Países Bajos, las provincias holandesas, tratan de formar un estado independiente, la República de las Provincias Unidas. Contra eso -continuaba Don Pedro-, lucha España y nuestro Rey Felipe II.-

-Pero, dejemos de lado esas luchas, hablemos de nuestras familias dijo Rodrigo.

-Sí -dijo Don Pedro-, para eso estoy aquí, viajaréis a España?

-Quisiera hacerlo -manifestó Rodrigo-, quizá más adelante, en el momento no puedo.

-Vayamos dijo Doña Inés, quiero conocer España, conocer a mis suegros y que conozcan a Juancito, digo a Juan Esteban.

-Seré franco con su Señoría, y con todos ustedes -expresó Rodrigo- acá en Potosí estamos en un momento nada conveniente. Alejarse de Potosí, es imposible y más, diría irresponsable, no es el momento, estamos a punto de tener una guerra civil, de la que no deseamos participar, pero están en juego nuestras pertenencias, y más aún teniendo fama de cuantiosas, debemos protegerlas, y no dejar que estas medidas prosperen, debemos mantener la autoridad del Gobernador y del Virrey, seguramente Don Francisco de Toledo, os adelantó algo de este embrollo.

-Así es -dijo Don Pedro-, y es una preocupación para el Señor Virrey, lo que ocurre en esta Villa Imperial, tal como Carlos V la llamó, sé de lo que se trata y comprendo vuestra posición. Sin embargo, quizá Doña Inés pueda viajar a España, con Juan Esteban que ya, es una compañía, ya es un adolescente.

-No -respondió presurosa Doña Inés-, yo no me separo de Rodrigo, quizá vayamos todos juntos cuando pasen estos sinsabores.

-Así es -dijo Sebastián-, en el momento no es prudente ni aconsejable dejar la América, y menos Potosí.

-Bueno. Yo he cumplido con mi objetivo -dijo Don Pedro-, visitaré las minas mañana, y con los encargos que podáis darme, más las cartas de rigor, para vuestros padres, me vuelvo.

-Muy bien -manifestó Rodrigo-, yo y Sebastián, haremos de cicerones, y os llevaremos a los lugares más interesantes de esta Villa Imperial, abrigaos mucho.

Al día siguiente, visitaron la Villa, minas, ingenios y todo lo referente a la extracción de plata del cerro rico.

Don Pedro Armendáriz, quedó muy satisfecho con su visita a Potosí y preparó su retorno a Lima, para después embarcarse a España, llevaba consigo cartas notas y obsequios, y amén de buen dinero en plata para los padres de Rodrigo y Sebastián.

Vinieron las despedidas y las promesas de más adelante visitar España.

CAPITULO XIII

DON DIEGO DE MENDIETA

VICUÑAS Y VASCONGADOS

ORIGENES

Las luchas entre vicuñas y vascongados venían desde hace mucho tiempo. Las diferencias que mantenían muchos españoles, en manos de quien estaba la mayoría de la riqueza potosina, con los criollos donde se encontraban extremeños, andaluces y otros.

Todo este desbarajuste nace alrededor de 1582, afianzándose cada momento más. En 1582, se producen las primeras sangrientas refriegas entre extremeños y vascongados, y siguen prologándose años tras año.

Lo peor que podía pasar a nuestros amigos, que por nada del mundo querían involucrarse en estas contiendas, era que éstas iban creciendo conjuntamente con el desarrollo y crecimiento de Juancito, Juan Esteban.

Juancito nació en 1573 y a medida que éstas luchas e ideas, que tenían un carisma lógico para los criollos americanos, iban en crecimiento, Juan Esteban, ya adolescente, ya muchacho, ya joven, iba en acuerdo con ellas, nada de esto comentaba en la casa paterna, menos a su padre, ni al cariñoso tío Sebastián.

Rodrigo e Inés, más estaban dedicados a la educación y estudios de Juan y su ingreso posterior a la Universidad, pensaban, eso sí, para ese objeto enviarlo a España ó trasladarse allí para el acomodo de Juan Esteban, esa era la principal preocupación de Rodrigo, Inés y del tío Sebastián, antes que pensar en el movimiento político que se veía venir en Potosí.

Con el transcurso de los años, al que poca importancia se le daba al tema, llegó un momento en que Juan Esteban ya era un joven de gran prestigio en Potosí, heredero de una gran fortuna, mimado y ensimismado por las familias de mayor abolengo tanto en Potosí como en La Plata.

Llegó un momento, en que Sebastián se vio convertido en un solteron empedernido, amigo de antros de juego, jugador lleno de cálculos y cábalas, siempre al lado de Rodrigo e Inés vivía en la misma casa por más de 15 años, allí en la parte de atrás de la mansión de Rodrigo, era la familia.

Mientras tanto, Juan Hernández se casó, se independizó, sin embargo seguía siendo el hombre de confianza de la familia; en todos, ya asomaban las canas propias de la entrada de los años, siendo Juan Esteban el joven heredero, mimado por propios y extraños, más aún siendo el hijo único de Don Rodrigo Montenegro el Adelantado del Río de La Plata.

Juan Esteban, muy querido por el abuelo Don Diego de Mendieta, era quien más viajaba a La Plata y frecuentaba con el tío abuelo llegando a ser muy unidos.

Don Diego de Mendieta Ortiz, hermano de Juan Ortiz de Zárate, llegó a la Indias, a Potosí, antes que su hermano, igualmente vasco de Orduña, a principios de la década de 1560, apenas arribó a Potosí se hizo propietario de una de las principales vetas de plata del cerro rico que sería conocida como la mina "Mendieta", más otras minas, hizo mucho dinero, llegando a ser un potentado.

Cuando se empezó a traer azogue de Huancavelica, poblado al norte de Lima, se asoció con un minero local para trabajar y beneficiar con azogue sus minerales potosinos. Por las incomodidades en un asiento minero y más por la altura, se estableció en La Plata dirigiendo desde allí sus fructíferos e importantes negocios mineros.

Cinco años después de la implantación de la mita llegó el hermano del opulento minero: Juan Ortiz de Zárate.

Don Diego de Mendieta inmediatamente puso una mina a disposición del hermano, la mina llamada "Mendieta", la mejor y de cuyas entrañas se extraía la mejor plata potosina. Con tal mina inició sus actividades mineras Don Juan Ortiz, significando ésta el inicio y origen de su portentosa riqueza.

Don Diego vive en La Plata y su única familia son Rodrigo, su sobrina Doña Inés y Juan Esteban, a quienes quiere entrañablemente, sobre todo al sobrino nieto.

En 1588, cuando Juan Esteban Montenegro y Ortiz cumplía cerca de los diecisiete años, se producen las primeras reuniones de criollos, hijos de españoles nacidos en Potosí, a discutir sus derechos frente a la prepotencia de españoles, a esas primeras reuniones acudía Juan Esteban Montenegro con algunos amigos de confianza .

Año más tarde, en una corrida de toros en plena plaza, por problemas amorosos, un vasco, lanza de la tribuna a la calle a un joven potosino criollo, quien fallece, el padre no tarda en enviar al vasco a la muerte atravesando su cuerpo con su espada, y se arma una cruel batalla entre extremeños y andaluces contra los vascongados, hubo heridos y muertes, gente atravesada por espadas y puñales.

Allí se encontraba Juan Esteban, hábil espadachín por las clases que tomaba de Sebastián; nadie conocía las andanzas del hijo de Don Rodrigo Montenegro, con excepción de Juan Hernández, que debía cumplir las funciones de aparcerero de Juan Esteban, pero que debido al cariño que tenía a éste, se convirtió en cómplice, cubriéndolo y sacándolo de los alborotos, espada en mano.

Y es que en esos años de 1590, la ciudad de Potosí crecía enormemente, sus caudales de plata atraían a mayor cantidad de gente día a día.

El Virrey García Hurtado de Mendoza, mandó, a través de la gobernación, efectuar un censo, que dió como resultado una población de 150.000 habitantes, constituyéndose Potosí en una de las ciudades con mayor población frente a ciudades de España y Europa.

El censo dio una clasificación de 60.000 indios y mestizos, 40.000 españoles y europeos, 38.000 criollos y 5.000 negros y mulatos.

Y es que en Potosí si bien existía una riqueza excepcional, la clase española pura tenía mayores derechos en la explotación de las minas, que es lo que rendía, como consecuencia, mayores riquezas a ellos, pese a que muchas familias criollas eran aún más ricas que las españolas, por ello existía un descontento total frente a los abusos españoles.

A mayor número de estantes en Potosí se notaba la diferencia aunque los vascongados eran minoritarios, por su dinero contrataban mercenarios para las luchas internas que principalmente se trataba de sus trabajadores.

Rodrigo e Inés, más Sebastián, como siempre fue su costumbre desde hacía muchos años, trataban de mantenerse al margen de semejantes luchas, continuaban los trabajos en las

minas y las visitas de Rodrigo, a veces encomendadas a Sebastián, hacia Asunción y al Chaco donde se encontraban las encomiendas.

Recibieron noticias de España, sus padres ya muy viejitos, se encontraban muy enfermos, y les llegaban noticias de sus fallecimientos, en menos de un año sufrieron la muerte de los padres de Rodrigo y de Sebastián, nunca pudieron viajar a España por los problemas sociales en Potosí que año, tras año subían de tono.

Pese a ello era necesario para enviar a España a Juan Esteban quien no deseaba realizar el viaje, decía dejadme estudiar acá puedo ir a La Plata, no quiero apartarme de ustedes, ni apartarme de la América, se contrató a maestros en cada signatura para preparar su ingreso a una Universidad.

Si bien Juan Esteban era completamente partidario de los criollos y algunas veces participaba en las correrías, Juan Hernández que lo conocía tanto, sabía que eran correrías de entusiasmo pasajero, en suma no era un político, menos un revolucionaria, mantenía sus ideas pero, sin fanatizarlas, y en suma no participaría seriamente en los problemas, más sabiendo que dañaría a sus padres, y sobre todo a Don Rodrigo Montenegro el Adelantado.

Juan Esteban era muy amigo, desde su infancia de Felipe Cáceres hijo de un minero potosino muy conocido y respetado en el ambiente, pero ocurrió que el amigo Felipe estaba demasiado comprometido con el levantamiento criollo.

Todas las noticias, novedades, planes subversivos, les era comunicado por el amigo Felipe, de tal manera que Juan Esteban y Juan Hernández estaban al tanto de toda la situación en Potosí, y por ende algo les llegaba a Rodrigo y Sebastián.

Dadas las muchas amistades en el orden económico que mantenía Don Rodrigo Montenegro, le era muy difícil, diferenciar a vascos, españoles puros, y a criollos, debido a su alta situación su relación con los vascos era mayor.

Conocido era, y parte del problema era ese, que los vascos eran quienes mayor fortuna poseían, pues ellos mantenían para sí, todos los privilegios, que eran muy amplios para españoles llamémoslos puros.

Pero el amigo de la infancia de Juan Esteban, Felipe Cáceres, era miembro de una familia criolla, bastante adinerada, como la mayoría de Potosí.

Es de ahí que la familia del padre de Juan Esteban no quería, ni deseaba inmiscuirse en los problemas y luchas entre españoles y criollos más andaluces.

Pero cuál era el mayor apego de Juan Esteban hacia su amigo Felipe, eso estaba muy bien guardado, sólo era conocido por Juan Hernández, el fiel servidor del padre de Juan Esteban Don Rodrigo el Adelantado, ese apego era la hermana de Felipe

Juan Hernández conocía el amor que sentía Juan Esteban por la hermana menor de Felipe, Rosita, se conocían desde niños, y sus almas gemelas en bondad y mutuo entendimiento, en el transcurso de los años, se convirtió en un amor puro y ejemplar, era tal la amistad que afloró entre ambos, que ninguno, aún sabiendo ambos que se amaban, declaró al otro sus sentimientos, que en algún momento próximo se darían a conocer.

Tal era el amor de Juan Esteban por Rosita, escondido, ignorado, que nadie conocía, ni siquiera Doña Inés su madre, pero sí el fiel Juan Hernández.

Ese era pues el motivo, por el que Juan Esteban condescendía con las actitudes revolucionarias de su amigo Felipe, las apañaba y las seguía.

Dada la amistad que existía entre las familias de Juan Esteban y Felipe, tanto Rodrigo como doña Inés conocían y querían a Rosita, la bella Rosita de ojos azules. Tal era la amistad de Felipe con Juan Esteban, y el cariño y amor que éste tenía por Rosita.

Ambas familias eran muy amigas y alguna vez habían pensado, o soñado quizá, en verse unidas, tal era la complacencia de Inés por Rosita, la bella.

Pero el problema entre vicuñas y vascongados se acrecentaba y más aún con la muerte del vasco Juan de Urbietta, quien en un cambio de palabras con el corregidor de Tatasi, le rompió su vara de justicia, frente a ésta afrenta lo acometieron tres criollos en una de esas calles angostas de Potosí, Urbietta, sacó a relucir su espada, defendiéndose heroicamente, perdiendo la vida en la contienda, su cadáver fue abandonado frente a la puerta de la casa de uno de los vascos más prominentes Don Francisco de Oyume, como consecuencia, se incrementaron las peleas día a día.

Dichos acontecimientos repercutieron en todo el Virreinato y en Lima, siendo mayor la preocupación del Virrey García Hurtado de Mendoza disponiendo, a través de la Gobernación de Potosí, un arreglo, una tregua de paz, en beneficio de los estantes y habitantes de Potosí. Todos los contendientes aceptaron la tregua, repetimos, que sea en beneficio de Potosí.

Tregua que daría tranquilidad a los envíos de plata a la Corona, que ciertamente se sentía perjudicada por estas luchas internas. Tanto así era el perjuicio en España, que el Rey Felipe II, instruyó al Virrey García Hurtado de Mendoza, no permitir este tipo de luchas entre hermanos, que perjudicaban los ingresos de dinero al Tesoro Real, que avalaban el principal requisito para las guerras que España mantenía en Europa. A tal punto llegó el perjuicio, que España tuvo que acudir a prestamistas y usureros alemanes, la casa Fugger, para mantener sus guerras y conquistas.

El Señor Virrey, en Lima, estaba conminado bajo la sentencia del Rey, en caso de que subsistan estas luchas en Potosí, que tanto daño hacían a la Corona.

Si existían aún algunas luchas callejeras donde brillaban las espadas y los aceros, los vecinos eran los encargados de apaciguarlas y suspenderlas, la tregua debía dar garantía y seguridad a los habitantes de Potosí, continuando con mayor fuerza las labores en las minas de Potosí.

No por ello tanto vascongados como vicuñas, dejaron de mantener en sus casas arsenales de espadas, arcabuces y puñales.

Estas circunstancias las comentó Felipe a su amigo Juan Esteban, advirtiéndole que en cualquier momento estallarían algo muy sangriento.

Conocedor de los hechos, Juan Hernández, juzgó conveniente dar aviso a Don Rodrigo de las acciones de su hijo, a favor de los Vicuñas.

Rodrigo, ni corto ni perezoso, citó a su hijo en el saloncito de la casa, sin dar ningún aviso de esto a Doña Inés, efectuándose el siguiente coloquio:

-Hijo mío, querido Juan Esteban, sé en lo que andas comprometido con esta guerra fratricida, entre Vicuñas y Vascongados. ¿Sabes lo que estas haciendo? Estás poniendo en peligro la estabilidad de tu familia, y la vida misma, y tú, mi hijo único, piensas en tu madre?, en mí? La congoja y el sufrimiento en lo que nos puedes llevar? Si tu madre supiera estos sinsabores, seguramente se enfermaría al sólo oírlos.

Juan Esteban, sólo atino a contestar:

-Perdóname padre, pero creo que si alguien tiene una ilusión de mejor vida, no para sí, sino para otros, tiene la obligación de llevarla adelante. Las preferencias a españoles no son lógicas, los sufrimientos de indios y mestizos no tienen por qué existir, la famosa mita debe ser cancelada, anulada, acaso no son seres humanos?

-Mi querido hijo, tu sabes, que yo estoy de acuerdo con todo eso, y tú eres testigo del trato que yo hago con la gente que trabaja para mí, pero no te dejes engañar, sé que esto es un asunto político que va más adelante.

-Padre no se trata de ti, ni de nosotros, son los vascos que ejercen presiones contra el resto de la población potosina. Puedo añadir que mi actitud no es radical, al contrario yo soslayo estas actividades y más rechazo las acciones de hecho, no soy partidario de éstas. Nunca he participado ni participaré en las luchas callejeras, si alguna vez lo he hecho, es por mi espíritu de aventura, nada más, y para tu tranquilidad no lo haré, ni por mi espíritu aventurero. Quien sí es luchador es mi querido amigo Felipe, pero por los ruegos de su hermana Rosita, trataré de convencer a Felipe de no inmiscuirse tanto como lo está, cosa muy difícil. Mis ideas, son otra cosa, pero no apruebo la violencia, y menos en la forma que se realiza.

-Me tranquilizas y te agradezco, hijo mío. Yo igualmente pienso como tú, y vez que trato de ser lo más equitativo con mi gente en lo que respecta a mi trabajo y a mi trato con unos y con otros.

-Con lo que no estoy de acuerdo es con el trato que realiza cierta gente con indios y mestizos, y más con la mita famosa, tú sabes, Padre, que muchos de nuestros mitayos, han creado sus propios ingresos, con sus vetas encontradas y registradas. Es por eso, que gracias a ti, tus consejos y ejemplo, pienso como pienso, pero ten la seguridad que me apartaré para que en ningún momento sufran ustedes por mi culpa.

La conversación fue cerrada con un fuerte abrazo entre padre e hijo, la paz de la familia continuaba.

Pero la labor con el amigo Felipe era muy difícil, casi imposible. La actitud del amigo la sopesaba la hermana junto a los padres de Felipe.

Al día siguiente, en un aparte, la bella Rosita fue en busca de Juan Esteban, precisamente para tocar el mismo punto con relación a su hermano, ella sabía la influencia que ejercía sobre su hermano.

-Juan Esteban tienes que ayudarme te lo suplico.

-No tienes que pedirme en esa forma, no me supliques, tu sabes que yo por ti, por tu tranquilidad haría lo que sea, hasta lo imposible, tú sabes que mi amor y cariño hacia ti, es tan fuerte y decidido, que aprovecharé esta oportunidad de manifestar mi amor que no puedo callarlo por más tiempo, te amo Rosita y sé que tú también me quieres.

Rosita, quedó sorprendida, más que eso quedó anonadada, nunca pensó que esta declaración de amor salga a flote tan de golpe y más aún perdiendo el romanticismo necesario para estas lides amorosas, si bien ella sabía que Juan Esteban era demasiado maduro para su edad en sus acciones y pensamientos, nunca pensó que él hiciera una declaración de amor tan intempestivamente.

Pensó rápidamente y contestó:

-Es una declaración de amor?, me parece poco romántica. Yo la acepto, luego lo haremos en forma más conveniente, mientras tanto dediquémonos a mi pedido de ayuda.

Juan Esteban, se dió cuenta de su error, que al fin y al cabo podría llamarse un "lapsus", y dijo a Rosita.

-Tienes razón, mi amor, ahora nos dedicaremos exclusivamente al objeto de nuestro encuentro, llamaremos a Juan Hernández para dar la mayor efectividad al pedido a solicitar a Felipe, al buen Felipe.

Llego Juan Hernández y la reunión se llevó a cabo en el escritorio de Rodrigo quién les dijo:

-Sé por qué se me ha llamado, y estoy dispuesto a prestar mi más sincera colaboración para que Felipe abandone estas luchas entre hermanos que tanto daño hacen a nuestras familias, más con la actitud que ha tomado Juan Esteban con su padre, la cual felicito. Pienso que la mejor situación es no contar con los padres de Felipe y Rosita a quienes haríamos daño, pues ignoran en sobremana las correrías de Felipe como Vicuña.

-Estoy de completo acuerdo con las palabras de Juan Hernández -corroboró Rosita-él por su edad y a quien queremos y respetamos como a un padre más siendo un amigo y confidente nuestro, tiene toda la autoridad para dirigir este problema tan serio.

-Yo también estoy de acuerdo Juan Esteban.

-En ese caso -dijo Juan Hernández-, dejadme a mí iniciar la charla de convencimiento, pero a solas, yo y Felipe; dependiendo de esa conversación, el citar o no a Juan Esteban, que ojalá no haga falta.

-Me parece lo mejor -dijo Juan Esteban.

-Concuerdo con él -dijo Rosita.

-Es mejor -dijo Juan Hernández-, que Felipe ignore que Rosita está participando en esto.

-Muy acertado -replicaron Rosita y Juan Esteban.

-Bien, entonces buscaré a Felipe, y casi en encuentro casual plantearé el problema, Dios nos ayude a que tengamos suerte.

Así Juan Hernández se dedicó a la tarea de tener un encuentro nada preparado con Felipe y a los pocos días, casualmente, éste le espetó:

-Me estás buscando por algo que me quieres manifestar, te conozco mucho, algo traes bajo la manga, dime qué es, tú sabes que nos queremos y estimamos tanto que no necesitas andar merodeando por acá, para decirme, qué se yo, pero que me imagino.

Juan Hernández, dijo:

-Qué mejor que te imagines de que se trata y me alivias la situación, y así es, te estoy buscando por que tengo la necesidad urgente de conversar contigo sobre este asunto tan trillado de vicuñas y vascongados.

-No sigas -dijo Felipe-, no quiero ninguna charla sobre el tema.

-Escúchame -dijo Juan Hernández-, no se trata de mí, ni de tí, se trata de las personas que más te quieren, se trata de tus padres, tus hermanas, y en fin de mí, y por supuesto de Juan Esteban.

-¿Qué quieren?

-Es necesario que abandones estas luchas fratricidas, en las que tarde o temprano encontrarás la muerte, no es que estemos contra tus ideales, que son los mismo que todos nosotros tenemos contra la arrogancia y enriquecimiento de los vascos, españoles puros y más el mal trato a nuestros mestizos e indios, estamos igual que tú contra la mita. Pero escúchame, tu familia y quienes te queremos sufrimos a la idea de perderte, más aún pones en peligro a tu familia, tus padres, que nada tienes que ver con tus problemas, por culpa tuya pueden ser atacados, avasallados y hasta perder sus patrimonios.

-Sí, sé que tienes razón, sé que daño a quienes me quieren, pero sé también que mis ideales son el porqué de mi vida y mi existencia y merecen todo mi sacrificio.

-¡Escúchame! -dijo Juan Hernández ya enardecido- te estoy haciendo ver las cosas tal como son, y no puedes sacrificar a toda tu gente, si tú quieres morir, muérete, pero piensa por Dios en los seres que te queremos, por favor piensa un poco, nada más te pido.

-Todo eso lo he pensado mucho y no creas que no me ha preocupado, al contrario, siempre he querido ponerle remedio; para tu tranquilidad, te voy a explicar la actual situación que ocupo con los vicuñas.

-Escucho -dijo Juan Hernández calmándose.

-No dejaré mi lucha, porque mis ideales, son lo primero en mi vida, pero sí, dejaré las luchas de las calles, mi espada ya no saldrá de mi cinto para combatir, pero sí dirigiré desde lejos las acciones a tomarse y las resoluciones a efectuarse, y sobre todo quienes manejen esto serán mantenidos en reserva y en secreto, de cuatro paredes del recinto el resto de la gente no sabrán quienes son sus reales dirigentes, y así no podré en riesgo a quienes me quieren tanto, como tú lo dices, ojalá esto te tranquilice, a tí, a Juan Esteban y a Rosita, mis padres están al margen.

-Me dejas sorprendido, no es lo queríamos, pero te digo, me tranquilizas en sobremanera y pienso que dejarás tranquilos a los demás, no es lo mejor pero algo es algo.

-Qué bien que así lo entiendas, transmite esta decisión, que ojalá no sea necesaria si se logra mantener la tregua señalada, cosa muy dudosa, pero transmite de todas maneras, mis sinceros agradecimientos a Juan Esteban y Rosita por sus desvelos y preocupaciones y tú mi fiel amigo, siempre estarás a mi lado.

Días después Juan Esteban comentaba:

-No fue lo mejor, pero sí algo muy bueno, Rosita estará más tranquila, lo mismo los padres de Felipe y, sabes Juan Hernández, nos conviene bastante esta posición, porque nosotros, únicamente nosotros sabremos las posiciones que tomen los vicuñas.

Todos absolutamente, todos, querían mantener esta tregua que signifique el fin de tantas hostilidades, luchas, peleas y muertes por un mala mirada, o un gesto desdeñoso entre vascongados y vicuñas, ya salían a relucir los aceros, y de ambas partes algunos llegaban a morir.

La tregua se cumplía contra todos los pronósticos, las actividades mineras se incrementaron y lo mismo la actividad comercial en la Villa de Carlos V.

Juan Esteban comunicó las nuevas sobre Felipe a sus padres, Rodrigo e Inés, lo mismo que al tío Sebastián; Inés manifestó que es una tranquilidad, y hay que agradecer a Juan Hernández, su participación; sin embargo Felipe hacía días que estaba en esos nuevos trajines.

A la sazón, tanto el Adelantado como Sebastián se encontraban sobre los cuarenta años de vida, y sus labores administrando todas las posesiones heredadas del Adelantado Juan Ortiz de Zárate, continuaban en la misma forma y con el mismo vigor de años ha. Doña Inés, siempre se preocupaba por visitar y ayudar a sus coterráneos en el chaco, visitaba la toltería con alguna frecuencia; el jefe mayor, era primo carnal de Doña Inés, y en algún momento, ofreció sus servicios para auxiliar en cualquier momento a la familia entera de Don Rodrigo, rescatarlos y acogerlos en la toltería, durante los terribles conflictos potosinos.

Sebastián, tenía que visitar frecuentemente Tarija, La Plata, y Asunción, ciudad ésta última que en un momento fue cuartel general o centro de operaciones de las posesiones del Adelantado.

Naturalmente les era necesario a ambos contar con ayudantes responsables, para los continuos viajes y visitas, Juan Hernández seguía como una especie de Capataz mayor, teniendo la experiencia y el conocimiento sobre todos los movimientos del Adelantado, que era tan extenso, Juan Esteban futuro dueño, tenía también como obligación, hacerse cargo del movimiento del Adelantado, muy de vez en cuando, para no dejar de lado sus estudios.

El Virrey García Hurtado de Mendoza, invitaba con cierta frecuencia a Don Rodrigo, a Lima, motivando por sus frecuentes visitas la adquisición de una mansión en Lima, donde algunas veces quedaba allí por algunos meses Doña Inés, que mantenía un número de sirvientes permanentes en la casaca de Lima .

Cosa curiosa, Lima no era del agrado del joven Juan Esteban, prefería quedar en La Plata, futuro lugar de sus estudios, allí vivía su muy querido tío abuelo, hermano de su abuelo Don Juan Ortiz de Zárate: Don Diego de Mendoza Ortiz, el famoso acaudalado minero de Potosí, sin descendencia, su único heredero era Juan Esteban Montenegro Ortiz.

Las conflagraciones entre Vascongados y Vicuñas no se encontraban alejadas de un probable nuevo levantamiento, Felipe así lo comentó con Juan Esteban y con Don Rodrigo, sabían que los Señores Vascongados, estaban contratando gente de avería, espadachines profesionales y aventureros, para iniciar las primeras luchas con cualquier motivo.

En tal número eran los Vicuñas, que aglutinaban Andaluces, Extrêmeños, y otros tantos, que decidieron llevar como instintivo el sombrero alón propio de la época con piel de vicuña pura, hermoso animalito auquénido que habitaba las planicies altiplánicas de Potosí.

Potosí, La Villa Imperial



Tercer Escudo: Francisco de Toledo, 1575.

CAPITULO XIV

POTOSI SANGRIENTO

VICUÑAS Y VASCONGADOS

En Potosí se entremezclaban lo mayor de la riqueza con lo menor de la pobreza. Los vascongados siendo minoritarios dentro del total de la población potosina, representaban la mayor influencia política y la mayor economía.

Dominaban por su mayoría el poderoso gremio de los dueños de minas, el comercio de piñas de plata, los comerciantes en su mayor número eran vascos, con un movimiento mayor al medio millón de pesos cada uno de ellos, eran los más de los regidores vitalicios del cabildo y funcionarios de las cajas reales, prácticamente los vascos controlaban todas las actividades de la Villa Imperial.

La tregua subsistía y existía una fría tranquilidad en Potosí, aparte de su clima agreste, siempre frío, y los pronósticos del amigo Felipe, se hicieron realidad.

Cómo y porqué, se rompió la tregua y es que existió una denuncia por parte de los vicuñas, en sentido de que en la casa de un vascongado existía un depósito de armas, espadas, arcabuces, puñales, sólo faltaban cañones. Se autorizó la requisa de la nombrada casa, los vascos, no permitieron la misma, ni la entrega de las armas, que en cantidad equivalían a un arsenal, los vicuñas salieron a tomar la casa y se armó la primera batalla seria hasta altas horas de la noche, con muertos y heridos por ambos lados.

Los vicuñas se organizaron en una especie de batallones de choque con doscientos hombres cada grupo, todos llevaban el distintivo del vicuña, el famoso sombrero de ala ancha de piel de vicuña.

En número los vicuñas eran una mayoría absoluta, los había criollos en primer lugar, andaluces, extremeños, castellanos, gallegos, portugueses y de otros lugares de España.

Los vicuñas criollos sacaron una especie de comunicado, en que prohibían a sus niñas y mujeres contraer matrimonio con cualquier vascongado, asimismo amenazaron de muerte a cualquier servidor, mesero, mayordomo y otros, que trabaje para cualquier vasco.

De inmediato respondieron los señores vascongados con un pregón, que a la letra decía: "Sabed señores, que los criollos han mandado que ninguna mujer nos acuda en cosa alguna, so pena de vida, de aquí en adelante sus mismas mujeres nos servirán en la mesa, y en la cama".

En plena lucha muchas familias vascas emigraron a Chuquisaca, se refugiaron en el templo de San Agustín y en algunas casas privadas de la villa de La Plata, cundió el pánico entre los vascongados, quedaron en Potosí aquellos que se defendieron a rompe y fuego.

Después de unos días de sólo peleas callejeras a plan de espadas y adargas, la casa de uno de los cabecillas vascongados fue atacada por los vicuñas, fueron recibidos con fuegos de arcabuces, disparados desde las terrazas, ventanas y balcones, la matanza fue horrible.

Frente a todo esto, la persecución a todo vasco, fue terrible, algunos espada en mano se defendían, otros caían atravesados, Felipe Cáceres, ingresó a la casa del Adelantado Rodrigo Montenegro, en busca de Juan Esteban y en realidad en busca de la familia, sumamente preocupado, se entrevistó con ellos, estaba presente Sebastián, y llamaron a Doña Inés.

-¡Qué ocurre! -dijo Juan Esteban-, a parte de toda esta guerra.

-¡Qué ocurre! Ocurre -dijo Felipe-, que todo se está saliendo de control, no podemos mantener un poco de disciplina y un poco de caridad entre mis correligionarios, a parte de esto, se están produciendo por estos hechos, una división muy profunda en nuestras filas, algunos pensamos, que se nos fue la mano, que debe concluir esta matanza, incluso hemos conseguido secretamente copia del informe del Gobernador al Señor Virrey a Lima, he traído para vuestro conocimiento copia del informe que dice, empezó Felipe a leer el informe:

“La persecución a los vascongados ha vuelto a ser sangrienta, los corren a cuchilladas donde quieran que los topan, o los atraviesan con sus espadas, los más están ocultos en La Casa Real y en algunos conventos”.

-Esto pasó la magnitud de los hechos -expresó Felipe-, estoy desesperado he perdido el control de la gente, no sé que remedio poner, acudo a ustedes en pos de ayuda, no para mí sino para Potosí. Con decirles que un Castellano fue muerto porque tenía olor a vizcaíno, esto es el colmo.

Don Rodrigo tomó la palabra.

-Estoy de completo acuerdo con Felipe, debemos ayudar y colaborar a fin de ver la forma de eliminar estas luchas, o por lo menos disminuirlas.

-Así es -dijo Doña Inés-, tiene que existir alguna forma para cortar estas matanzas, dirigiéndose a Rodrigo le dijo, usa tus influencias, escribe al Señor Virrey a Lima.

-La sugerencia de mamá, me parece lo más lógico, -dijo Juan Esteban.

-Muy bien -dijo Rodrigo-, hoy mismo escribiré al Virrey, tomará algo de tiempo pero algo lograremos y también escribiré a mi conocido Don Diego de Portugal, Presidente de la Audiencia de Charcas.

Felipe, salió de la casa algo esperanzado de obtener un resultado favorable.

Mientras tanto cundía la división en filas vicuñas, uno de los más altos Jefes, el extremeño Juan Fernández de Tovar, para escarmentar a su gente decide colgar su espada e ingresar a un convento con el hábito de franciscano. Surgieron peleas entre vicuñas por esta actitud.

Don Rodrigo Montenegro y Villalba, recibió correspondencia del Señor Virrey García Hurtado de Mendoza, en una carta le manifestaba que enviaría un nuevo Corregidor decidido y enérgico a poner fin a las peleas en Potosí.

Pero Don Rodrigo dudaba de la imparcialidad del Corregidor de nombre Manrique, Rodrigo supo que a su paso por Charcas Manrique se enamoró de la viuda de un acaudalado vascongado de nombre Domingo Verástegui, y que significaba un peligro para los vicuñas, trasmitió todo esto a Felipe, en previsión.

Manrique a su llegada a Potosí actuó drásticamente contra los vicuñas, ordenó ahorcamientos contra estos, los vicuñas atacaron su casa y lo hirieron gravemente.

Posteriormente, en esos días llegó Don Diego de Portugal, a instancias de Don Rodrigo, dispuesto a establecer la paz.

Felipe Cáceres, realizó algunos encuentros con el nuevo lego franciscano Fray Fernández de Tovar, exhortándole a que la Iglesia conjuntamente con el Presidente de la Audiencia de Charcas Don Diego Portugal, convoque a una misa para ambos bandos, descubriendo el

Santísima Sacramento pidiendo olvido de ofensas y el reemplazo de los odios por la amistad, hubo promesas y abrazos entre vicuñas y vascos.

En la noche, repicaron las campanas del convento de San Francisco y se quemaron juegos artificiales, celebrando la paz.

En casa de Don Rodrigo, estando todos reunidos, incluyendo Felipe y Rosita Cáceres, Sebastián y Juan Hernández, tomaron una copa de vino y se felicitaron mutuamente, pienso yo, dijo Rodrigo que esta vez no fallaremos en establecer la paz, pero estemos atentos, a cualquier provocación, el Corregidor Manrique, no es de mi agrado, ni de mi confianza.

Continuaron algunas peticiones dispersas, sobre todo contra Manrique, que en una ocasión, volviendo de una representación teatral estuvo a punto de recibir una estocada mortal. Poco después Manrique se trasladó a Charcas, se casó con la viuda de Verastegui, y pidió su retiro de Potosí.

A esto se añadió el perdón general concedido por el Señor Virrey para todos los culpables de peticiones, muertes, y otros delitos.

Sin embargo, seguía subsistiendo el resentimiento, el rencor y el odio.

CAPITULO XV

HISTORIAS SOBRE VICUÑAS Y

VASCONGADOS

Una vez llegada la paz, la familia de Don Rodrigo siempre reunida, y en tertulia, recordaba los trágicos momentos de la lucha entre Vicuñas y Vascongados, parte de la familia eran Rosita, ya novia oficial de Juan Esteban, Felipe, el tío Sebastián, y si estaba en casa, Juan Hernández.

Como de costumbre en sus famosas reuniones de señoras, Doña Inés conocía varias de las historias reales, que provenían de las luchas entre vascongados y vicuñas.

Doña Inés reunió la familia, y se dispuso a contar la primera historia real, donde se refería la muerte de Don Alonso de Ibáñez, principal cabecilla vicuña.

Un individuo de nombre Andrés Paz, fue nombrado corregidor, en pleno levantamiento del pueblo potosino, contra los desmanes ya pronunciados de los españoles vascos, Paz vascongado reconocido, aplastó los levantamientos a sangre y fuego, hubieron muchos heridos y muertos atribuidos a la energía y mala férula de Paz.

Un vicuña, Don Eugenio Narváez, juró poner fin a estos desmanes, espada en mano encontró a Andrés Paz, y con una buena estocada, acabó con su vida.

Don Eugenio Narváez, enamoraba con Anarda Trujillo hija de Don Felipe Trujillo importante azoguero y comerciante de plata, aparentemente sin seguridad vasco; Doña Anarda, prometió ayudar y comunicarse frecuentemente, con su amado Eugenio, su futuro esposo, quien en su huida después de victimar a Andrés Paz, siendo aclamado por criollos y mitayos, pasó a la Villa de La Plata.

La Real Audiencia de Charcas envió a un corregidor interino, Pedro Ibarra Oidor de la Audiencia, furibundo vascongado, quien con los antecedentes ocurridos al anterior corregidor, pensó mejor en retirarse dignamente del cargo depusiendo el interinato.

En esas condiciones se nombra corregidor a Don Rafael Ortiz de Sotomayor, quien condecorado de lo ocurrido en Potosí, puso mano dura sobre los criollos, jurándose a sí mismo reprimir los alcances de las rebeliones, rodeado de vascongado y andaluces; la ley por cualquier motivo era aplicada a los vicuñas, una mala mirada, por un “viva los vicuñas”, los apresaba, los deportaba, los torturaba y los asesinaba.

Los vicuñas reunidos en casa de su principal, Don Alonso de Ibáñez, decidieron poner punto final a estas barbaridades, recordando la valentía de Don Eugenio Narváez, a quien en cualquier momento harían llamar.

Frente a las persecuciones del Corregidor, los vicuñas presentaban batalla allí donde se los ofendiera, corrió mucha sangre, muchos presos, muchos heridos y muertos, pero en una de esas luchas intempestivas, fueron derrotados, hechos prisioneros para luego ser juzgados y condenados.

En esta última lucha, fue preso Don Alonso de Ibáñez junto al capitán Moreno, el alférez Flores, Don Pedro Jiménez, y muchos otros criollos.

El corregidor Don Rafael Ortiz de Sotomayor, lanzó un pregón:

“Júzganlos enemigos de Dios y del Rey, porque habían cometido un delito de lesa Majestad, al querer quitar a la corona las regalías de que era dueña, en hombres, vidas y haciendas: porque levantarse a mano armada en defensa de un suelo adquirido por la conquista y la sucesión de S. M. Carlos V, merecía la pena mayor, porque ningún vasallo tenía que oponerse a las reales determinaciones emanadas de Dios.”

Dicho y hecho, en unos días sacan de las cárceles a Don José Alonso de Ibáñez, al Capitán Moreno, al alférez Flores y a otros y una vez leída la sentencia, con la horca ya alistada en la Plaza del Regocijo. Los condenados, con paso fuerte y firme, manteniendo su postura van rumbo al cadalso, Alonso de Ibáñez antes de morir, dijo; “Dios, Justicia, Velad por este pueblo”.

Los cuerpos permanecieron colgados en la horca por unos días, para después poner sus cabezas en picas como escarmiento, con un letrero que decía “Los enemigos de Dios y del Rey”.

Frente a todo este sufrimiento el pueblo se levantó armado, pidiendo a gritos “Cabildo Abierto, muerte a los vascos, no queremos amos”. Don Rafael Ortiz de Sotomayor, el corregidor huyó, refugiándose en el convento de San Agustín, para después partir hacia Lima.

Se hizo cargo del gobierno un grupo de personas afines a los vascongados, cuyo principal objetivo era ajusticiar a Don Eugenio Narváez, a este objeto se lo hizo llamar arguyendo una supuesta amnistía.

Entre los nuevos gobernantes se encontraba Don Felipe Trujillo, padre de Anarda, quien comunicó estos hechos a su hija añadiendo a esto la llamada engañosa que le hicieron a Don Eugenio.

Anarda, joven enamorada, ardiente potosina, envió un emisario secreto a Chuquisaza, Charcas, comunicándole a su amado Eugenio, todos los alcances del nuevo gobierno.

Eugenio, desesperado, conociendo su condena, siguió los consejos de su amor, Anarda le decía en su misiva “Ven, no caerá la infamia, sobre el que pertenece a mi corazón, si mueres, moriremos juntos”.

Con suma precaución llega Eugenio Narváez a Potosí, en momentos en que la trampa preparada por los vascos estaba lista.

Anarda que todo conocía, lo hace llevar a su casa antes de caer en la trampa, abraza y besa a su amado, diciéndole “Todo esta perdido, todo lo saben, hasta mi padre ha urdido todo esta iniquidad, valor que quien defiende la justicia, no puede ser ajusticiado, no me separaré de ti”; diciendo esto toma dos copas de vino y ambos toman el contenido, estrechándose, abrazándose fuertemente.

No tardó mucho tiempo en que ambos estrechamente abrazados caen al suelo, unidos para siempre.

-Nacieron para vivir juntos, y se unieron con la muerte -concluyo Doña Inés.

-Lo cierto es -dijo Rodrigo- la condena y la muerte de la cabeza del grupo vicuña.

-Así es -dijo Felipe-, Don José Andrés Ibáñez, fue el director y uno de los más altos jefes de las rebeliones y más aún lo realmente cierto es la valentía y la audacia de Don Eugenio Narváez, hábil en el manejo de la espada que acabó con varias autoridades vascas.

-Ojalá no sea la última historia -dijo Juan Esteban.

-No te preocupas hijo, esto continúa -dijo Doña Inés:

Toda vez que huyó a Lima Don Rafael Ortiz de Sotomayor, trasladáronse a Lima un buen número de Vicuñas.

Un Jueves Santo, el Señor Virrey del Perú, visitando una Iglesia, no pudo dejar de ver una mujer de espléndida belleza, mirándola a cada momento. En Lima se decía que el Virrey tenía fama de mujeriego, coqueto y galán, amén de ser de noble porte y distinguido

La dama en cuestión dióse cuenta del galán y no tuvo reparo en mirar al caballero con una ligera caída de ojos.

Su Excelencia, no pudo más y acercándose a la dama, le dio un recadillo, que decía:

“Por Dios si no me quieres que no me mires ya que no me rescates, no me cautives”.

La dama en cuestión contestó al recadillo con una nota dando la dirección de su casa.

Ni corto ni perezoso, Su Excelencia, esa tarde con paso firme se dirigió a la casa de la hermosa, recibido que fue por ella, conversemos, dijo me llamo Leonor de Vasconcelos, y empezó la charla hablando mucho sobre Potosí, y sobre los males que hicieron los señores Vascos y más en contra de Don Rafael Sotomayor, luego pasaremos a cenar, dijo Doña Leonor.

Doña Leonor de Vasconcelos, bellísima española era viuda de Alonso de Ibañez, el decapitado por el Corregidor de Potosí, había venido a Lima resuelta a vengar la muerte de su marido.

Llevaban más de una hora en amena plática y Su Excelencia pidió a su anfitriona que uno de sus criados vaya hasta su residencia y pida a nombre suyo dos botellas de vino pajarete, a mi paje, que él conoce donde están .

Su Excelencia, muy avisado, se dió cuenta que estaba en una casa de Vicuñas, y que de cualquier manera le tenderían una emboscada, so pena de matarlo.

Su paje, sabía que no existían tales vinos y Su Excelencia pensó que el paje, acudiría al rescate inmediato de su amo.

El paje se dió cuenta del problema, más aún arrestando al criado de Doña Leonor, que algo cantó de los Vicuñas.

Como la casa estaba a una cuadra del Palacio de Su Excelencia, se presentó un piquete de alabarderos con un Capitán de su escolta, sorprendiendo a seis vicuñas conjurados para matar al Virrey, o para obtener por la fuerza alguna concesión.

El Virrey mirando a la dama, le dijo:

-Vuestra belleza me embelesa -y dirigiéndose al capitán de su escolta añadió- Don Jaime dejad libres a esos hombres, y vos mi Señora, sabed que yo no ordené, ni tengo nada que ver con los sucesos potosinos, ni autoricé a nadie a cortar cabezas.

Un mes después Doña Leonor y los vicuñas, volvían a tomar camino a Potosí, pero la misma noche que abandonaron Lima, una ronda encontró en una callejuela, el cuerpo de Rafael Ortiz de Sotomayor con un puñal clavado en el pecho.

-No podía quedar impune ese crimen –dijo Doña Inés.

-Así es –comentó Rodrigo-, y hay que enaltecer el valor de Doña Leonor.

Juan Esteban manifestó

-Ahora sí creo que no hay más historias sobre los sucesos tan desastrosos de Potosí.

-Aprovechando que toda la familia está presente -dijo Sebastián-, les comunico que he recibido correspondencia de España, una prima mía a quien quiero mucho, y quien pregunta por todo lo que acontece en América y sobre todo en Potosí entre otras cosas, me escribe:

“¿Recuerdas a tu Virrey del Perú, Don Francisco de Toledo? quien dejó la América hace ya bastante tiempo, pues supe que llegó muy ufano y orgulloso de su labor en América, se acercó al Rey, después de más de trece años de servicio a favor de la Corona, recibiendo un golpe terrible cuando Felipe II, prácticamente lo espetó, refiriéndose al ajusticiamiento de Tupac Amaru, muy criticado en la corte, y le dijo:

“Os envié al Perú a servir a reyes, no a matarlos”.

Don Francisco de Toledo, tuvo que recogerse, retirarse avergonzado, pesando esta ingratitud, afectándolo de tal manera, que murió a los pocos meses del hecho.

-Algo supe -dijo Rodrigo-, esto ocurrió hace años creo 1575 y aparentemente ese ajusticiamiento no fue del todo autorizado por el Virrey.

-¿Qué ocurrió? -pregunto Juan Esteban.

-Ocurrió, mi hijo, que en esas épocas se presentó un auténtico descendiente de los reyes Incas, de nombre Tupac Amaru, que inició una serie de quejas al Virrey, con un pequeño levantamiento, el Virrey Francisco de Toledo, lo hizo ajusticiar. Este Tupac Amaru, era realmente descendiente directo del último Inca, tuvo una hija de nombre Juana Pilcohuaco, que se casó con un cacique de Surinam, siendo éstos descendientes de Tupac Amaru, el Virrey autorizó a que puedan llevar el nombre de Tupac Amaru.

-El nombre de Tupac Amaru -continuó Rodrigo-, fue muy respetado por los indios y también aprovechado, tomando su nombre muchos indios iniciaron levantamientos.

CAPITULO XVI

TRAGEDIA EN LA

TOLDERIA

Transcurridos varios meses, estando todo Potosí en absoluta calma y dedicados a sus quehaceres cotidianos, se presentó en casa del Adelantado Don Rodrigo Montenegro, una comisión de indios de la toldería, encabezados por el menor de los primos de Doña Inés.

Llamados que fueron Don Rodrigo y Doña Inés haciéndolos pasar a la salita pequeña , Doña Inés, muy cariñosa con el primo preguntó el motivo de su visita.

El indio de nombre Ramón, manifestó lo siguiente a la prima:

-Mi querida prima, tú en una oportunidad nos ofreciste tu ayuda y auxilio, en cualquier ocasión que hubiera, el momento ha llegado. Hemos sido atacados por los chiriguano y los lecos, no se han respetados nada de nuestras pertenencias, han saqueado, la mayoría de lo que tienen, quienes habitan en nuestra región, ganado, sembradíos, se han llevado hasta nuestras mujeres, no han llegado aún a la toldería. Te venimos a pedir ayuda, necesitamos armas y hombres para defendernos, pagaremos la cantidad de oro que pidas.

Don Rodrigo, contestó:

-Cómo no ayudarlos, no necesitan ofrecernos dinero, los ayudaremos, al fin y al cabo son sangre de Doña Inés mi amada esposa.

-Don Rodrigo, tiene razón, cómo no ayudarlos, si son mi familia, os daremos cobijo, y prepararemos cuanto antes nuestra partida a la toldería.

-Yo dispondré de todo, quedaos tranquilos -dijo Don Rodrigo.

Se llamó a Juan Hernández y a Sebastián y esa noche junto al indio Ramón se planifico la expedición a la toldería.

Juan Esteban, conoedor del hecho, pidió a su padre integrar la expedición, la respuesta fue un no rotundo, usted, mi hijo continuara estudiando y resguardando la familia aquí en Potosí, quien sí se encapricho y fue parte de la expedición era Doña Inés.

Se reclutaron casi 80 hombres, provistos de cotas, espadas, adargas, arcabuces y escudos de cuerpo, más unas 10 mulas con alimentos para los parientes guaraníes, también se llevo otras cinco mulas con armamento.

Después de recorrer un trayecto bastante largo en uno 30 días llegaron a avistar algunos grupos de indios chiriguano, venidos desde muy lejos. De inmediato los chiriguano atacaron produciéndose la primera lucha, o primer combate, provocando la huida de esos chiriguano quienes seguramente darían aviso a aquellos que se disponían a atacar la toldería.

Toda la región era monte completo, con mucha maleza, había que abrir camino a fuerza de golpes de alfanjes árabes, que se usaba para estos casos, se envió adelantadas, que avisaron que la toltería estaba amenazada aproximadamente por 200 indios flecheros de la nación chiriguana, mas unos 300 bárbaros con masas ó garrotos.

Juan Hernández, organizó sus hombre en grupos de 20, cuatro grupos para atacar por los cuatro costados a los bárbaros chiriguanos, se armó a todo guaraní que se encontraba en los alrededores, y se produjo el asalto a quienes cercaban la toltería, el combate duró aproximadamente una hora, muchos chiriguanos murieron, entre los hombres de Juan Hernández hubieron 4 bajas y 16 heridos de flechas, no se pudieron tomar prisioneros, los chiriguanos, creían como con otras tribus, que los derrotados quedaban en calidad de sirvientes o esclavos de la tribu ganadora, prefiriendo la muerte a cualquier costo.

Se llegó a ingresar a la toltería salvando mujeres y niños allí cobijados, Doña Inés junto a sus dos sirvientas, curó a los heridos, proveyó de alimentos, y se dispuso a alimentar adecuadamente, a aquellos, que eran los suyos.

Don Rodrigo ordenó que se persigan a los bárbaros que huían en pánico, a fin de dar un escarmiento, para que nunca más vuelvan a la Toldería guaraní.

Después se dió sepultura tanto a unos como a otros, cuidar a los heridos, aliviar a los contusos y ayudar en la reconstrucción de la aldea.

Don Rodrigo en reunión con el cacique Roman, primo de Doña Inés, Sebastián y Juan Hernández, más la misma Doña Inés, decidieron dejar las mulas para los trabajos de agricultura, dejar las armas para los guerreros encargados de la seguridad de la toltería, apresurar en Potosí el envío de un misionero franciscano a la toltería, para la enseñanza de la Biblia y nuestra santa religión así como la atención a niños como maestro también a cargo del misionero, asistido por dos guaraníes que conocían la lengua española.

Don Rodrigo, dejaría el dinero suficiente al cacique Roman, para la reconstrucción.

Doña Inés, una vez que hubo llegado la tranquilidad total y se preparaba el regreso a Potosí, pidió a Don Rodrigo, le dé su permiso para quedarse en la toltería unas semanas mas, quería disfrutar de sus primos y sobrinos a quienes no veía bastante tiempo y de paso súper vigilar las construcciones.

-No quiero separarme de ti, -dijo Don Rodrigo.

-No será por mucho tiempo -manifestó Doña Inés.

-Bueno, accedo, pero dejaré dos hombres contigo para tu seguridad.

-No lo hagas Rodrigo ¿olvidas que ésta es mi casa y ellos mi gente?

-Tienes razón mi querida Inés, perdóname. Pero, de todas maneras estaré intranquilo.

-Bueno -dijo Sebastián-, yo podría quedarme, me es muy necesario aprender guaraní, y una vez en que convengamos volver y envíes gente a buscarnos, yo pasaré de acá a Asunción, donde tengo que ver varios asuntos del Adelantazo y doña Inés pasaría a Potosí.-

-Me parece una idea fantástica -dijo Doña Inés.

-Bien -dijo Rodrigo-, así está todo arreglado.

La toldería, era una especie de aldea, convenientemente arreglada y con alguna comodidad en sus viviendas, que más eran chozas de paja, pero adecuadas para vivir desde cuando llegó a esa Don Juan Ortiz de Zárate, él introdujo las paredes de barro y el uso del agua, para los guaraníes, el ganado y la agricultura, cultivaban mucho maíz, plátano y yuca.

El maíz era el principal alimento, mezclado con zapallos, frijoles, camotes, y hierbas, todo sazonado con ajíes muy picantes, incluían: chanchos de monte, antas, torcazas, loros, pescados, mas chicharras, langostas y larvas de avispas tostadas, su bebida preferida era la chicha, llamada cangüí.

El cangüí, era su desayuno, almuerzo, merienda, regalo agradable, su delicia.

Antes de la conversión al cristianismo de la Jefa Cacique, en la época de Don Juan Ortiz de Zárate, adoraban a la Serpiente y al Jaguar como dioses.

El grueso de la población usaba toldos, especie de carpas, debido al exceso de calor, para este objeto usaban más piel de ganado ovino, las camas eran todas hamacas.

Don Rodrigo, junto a Juan Hernández, hicieron los preparativos, para el viaje de vuelta. Antes de partir, después de despedirse de su esposa y del cacique Roman, recomendó a Sebastián llevar gente armada como escolta para su viaje a Asunción y algunos indios guaraníes flecheros.-

-Con la experiencia que hemos tenido, ninguna precaución es poca -dijo Don Rodrigo.

-Tienes toda la razón -expresó Sebastián-, iremos armados hasta los dientes.

CAPITULO XVII

VIAJES A LIMA

LA HERMANDAD ARANZAZU

A su llegada a Potosí, a Don Rodrigo le esperaban dos noticias sumamente importantes, en reunión con los mayores de la ciudad y el Señor Gobernador, fue anoticiado del deceso del Rey Nuestro Señor Felipe II.

Nuestro Rey, harto católico, manifestó el Gobernador, él fue quien dijo:

“Prefiero no reinar, a reinar sobre herejes”.

-¿Cuándo murió? -pregunto Don Rodrigo.

-Falleció hace ocho meses el 18 de Septiembre de 1598 a los 71 años, falleció en el Escorial.

-Estamos de luto -dijo uno de los mayores.

-Así es -contestó el Gobernador-, la noticia nos llegó recién. He recibido de nuestro Virrey Luís de Velasco, Marqués de Salinas, la carta que fue enviada por el nuevo Rey Felipe III, que os la leeré, en sus partes más salientes:

“Habiéndose acrecentado de algunos días a esta parte la falta de salud que el Rey nuestro Señor traía algunos años ha, y recibido los santos sacramentos, con muy grande y ejemplar devoción., fue Dios servido de llevarle para sí, manifestándose mas particularmente en su muerte la grande cristiandad con que su Majestad, vivió y gobernó los reinos tantos años y, como quiera que por esto, se puede tener por cierto que usando Dios nuestro Señor de su misericordia le tiene en su gloria, que se hagan las demostraciones exteriores que en semejantes ocasiones se acostumbran. Será bien que esa Audiencia y ciudad y los vecinos de ella y los demás de esa provincia se vistan de luto y que se hagan las exequias y honras fúnebres tan solemnes como se requiere, mostrando todo el dolor que tan leales y buenos vasallos tenéis de este suceso”.

-Estamos de luto -dijo Don Rodrigo.

-Y cumpliremos lo pedido en la carta de Nuestro Señor -manifestó el Gobernador.

Los años habían pasado demasiado rápido para nuestros protagonistas, estábamos en el año 1598, Don Rodrigo, contaba ya sobre los cincuenta y cuatro años, él notaba que sus labores cotidianas lo cansaban, no lo agotaban, pero había que tener cierto cuidado, lo mismo que Sebastián, quien siempre manifestaba que “la salud es lo primero, puede faltarte amor, puede faltarte dinero, puede faltarte trabajo, pero no puede faltarte salud, con ella obtendrás todo nuevamente”, las sentencias del tío Sebastián.

Y es que los años ya pesaban.

La segunda noticia que recibió Rodrigo, era una carta del Señor Virrey, quien con mucha gentileza, le pedía su presencia en Lima para dialogar, conversar sobre unas planificaciones positivas para Potosí La Villa Imperial más previendo el buen futuro de la Villa.

Había que preparar un viaje a Lima, debido que, además, se debía ver cómo andaban los asuntos del Adelantado por allá, cómo estaba su casa, abandonada tanto tiempo, habría que esperar el retorno de Doña Inés de la Toldería, y efectuar el viaje .

Juan Esteban, estaba muy contento con la llegada de su padre, y saber que no habían existido muchos problemas con la familia,

-Amado padre, ¿cómo esta Doña Inés, mi madre?

-En un principio muy amargada, por los dolores de su gente. Ahora se está ocupando de mimarlos y atenderlos, más a sus primas y sobrinos. Te digo, está contenta por verlos y convivir con ellos aunque sea muy poco.

-Y tío Sebastián, no lo veo.

-El está de viaje a Asunción para ver nuestros asuntos, siempre él tan empeñoso y tiene razón con tanto problema por allí.

-Que bien que hablemos de estas cosas, ahora que recuerdo tenemos que hablar con el prior de San Francisco, para obtener que un padre misionero y un lego ó un hermano franciscano, para que vayan a hacerse cargo de la Toldería, naturalmente erogaremos cualquier gasto.

-Te acompaño, Padre.

-De acuerdo, vayamos.

-Otra cosa más querido hijo, quiero que vayas a recoger a tu madre de la Toldería, cierto con alguna gente de confianza.

-Pero padre, de mil amores.

-Y ¿cómo esta Rosita?

-Muy linda, los hemos extrañado a ustedes mucho.

-¿Matrimonio?

-Muy cerca, padre, muy cerca.

-Que bien, hijo.

En unas de esas noches, Don Rodrigo se reunió con Juan Hernández.

-Quiero me informes cómo andan las labores de las minas.

-Muy bien mi Señor, muy bien, no existe ningún cambio, los ingenios están trabajando muy bien, sin ningún problema. Don Sebastián, esta al tanto de todo eso, él tiene mas detalles.

-Bien dijo Rodrigo, tengo que preparar un viaje a Lima, es muy seguro que Juan Esteban no quiera ir, pero de todas maneras iré con Doña Inés. Para esto esperaré que lleguen Sebastián y Doña Inés. Mi deseo es que tú más Don Sebastián viajen a ver los fundos de Tarija, que aparentemente están bien.

Al día siguiente partió Juan Esteban con un grupo a recoger a Doña Inés.

Todavía no se obtuvo la concesión de los misioneros franciscanos con destino a la toldería allá en el lejano chaco.

Don Rodrigo, esperó pacientemente la llegada de Doña Inés que arribaría traída por su hijo Juan Esteban y había que preparar el viaje a Lima, no podía hacer esperar al Señor Virrey, siendo además muy curioso el hecho de que su Ilustrísima invite a visitarlo tan gentilmente a Don Rodrigo.

Después de casi un mes, finalmente llegó Doña Inés acompañada por su hijo.

-¿Cómo dejaste a tus primos? preguntó Don Rodrigo.

-Bien, muy bien -dijo Doña Inés-, pero aún no llegaron los frailes misioneros.

-Ya he obtenido la autorización, y los enviarán a la Toldería en menos de quince días, todo eso está completamente acordado, incluso he dado los fondos de dinero necesarios para el viaje y su mantenimiento.

-Qué bien -dijo Doña Inés-, déjame descansar unos días para viajar a Lima, mis deseos, han sido siempre visitar frecuentemente Lima.

-Lo sé, -dijo Rodrigo.

-Y, Sebastián? -preguntó Doña Inés.

-No sé nada de él, Asunción está bastante lejos, y los problemas de administración que existen allá son de mucho trabajo, pienso que tardará bastante tiempo.

Y, pasaron los días preparando el viaje a Lima, Rodrigo suponía que Sebastián no llegaría sino después de su viaje a Lima, de tal manera que representaba una tranquilidad el hecho que Juan Esteban no viajara a Lima, quedando sin embargo Juan Hernández al cuidado de las minas.

Todo estaba listo, los carruajes, llevarían dos, uno para Don Rodrigo y Doña Inés, y otro para las damas de compañía y sirvientas que acostumbraban llevar, más las escoltas necesarias para estos viajes y las mulas de carga.

Vinieron las despedidas y recomendaciones:

-Cuida de todo, hijo, y cuídate tú, Juan Hernández te ayudara en todo –recomendó Rodrigo.

-No te preocupas padre, todo estará como tú deseas.

-Cuídate hijo mío, ya quisiera verte casado –decía Doña Inés amorosamente.

-Espera un poco, Madre, así será.

En ese momento llegó Juan Hernández.

-Colabora en todo a Juan Esteban, -le dijo Don Rodrigo-. Está todo en tus manos, ya llegará Don Sebastián.

-Así es Mi Señor, -dijo Juan Hernández.

Y partió la caravana rumbo a Lima.

Lima, “Ciudad de los Virreyes”, así llamada por ser sede del Virrey, que en este tiempo era Don Luís de Velasco, Marques de Salinas.

Su Majestad Felipe III reinaba en España y sus colonias.

Don Rodrigo y su gente, llegaron sin imprevistos a Lima.

Doña Inés, muy contenta, le encantaba Lima, y se quedaría con seguridad variados meses.

Su casa y sus sirvientes estaban siempre a la espera de su llegada, en cualquier momento, la mansión de el Adelantado, era una de las mas señoriales de Lima.

Apenas llegaron, Don Rodrigo, preparó y anunció su visita al Señor Virrey. Su Excelencia Don Luís de Velasco comunicó la fecha y hora para su recibimiento en el Palacio Virreynal.

Al arribo de Don Rodrigo al Palacio, una vez introducido allí, no tuvo que hacer espera, de inmediato salió a recibirlo el capitán de la guardia, muy gallardo, un mosquetero.

-Don Rodrigo –dijo-, por favor pase su Señoría, el Señor Virrey lo espera.

Don Rodrigo ingresó a un salón del Palacio Virreynal, allí lo esperaba su Ilustrísima el Señor Virrey.

-Don Rodrigo, qué gusto verlo.

-Gracias su Excelencia, como es de su conocimiento yo siempre a sus pies y a sus órdenes.

-Mi estimado Don Rodrigo, dejemos el protocolo. Lo he llamado con un proyecto de gran importancia y necesidad para nuestra Villa Imperial; Nuestro Señor el Rey, me ha recomendado llevar adelante este proyecto, sin importar que tiempo pueda tomar hasta su conclusión. Su Señoría Don Rodrigo es el primer vecino de Potosí y más siendo su Adelantado, la primera persona en conocer el proyecto.

-Agradezco a Su Excelencia, la confianza depositada en mi persona.

-Se trata -dijo el Virrey-, de La Casa de la Moneda, es deseo del Rey nuestro Señor iniciar el proyecto para la construcción de una nueva Casa de la Moneda, más organizada y con equipo más eficiente para la acuñación de monedas. Su Majestad piensa que la vida de las monedas deformes se acabo y que es necesaria la producción de los reales columnarios o de busto.

-El problema -continuó el Virrey- es que la Corona no cuenta con los fondos suficientes en el momento, y que acudamos a los ricos señores mineros de Potosí, para iniciar el proyecto. He citado a Su Señoría para consultar su valiosa opinión al respecto y realice las consultas correspondientes.

-Excelencia -dijo Rodrigo-, agradezco y aprecio en grado sumo su confianza, haré lo mejor de mi parte para colaborar con el proyecto, deme un tiempo, y tendrá mis noticias.

Así concluyo la reunión, retornando Rodrigo a su casa comentaba con Doña Inés, explicándole:

-Es algo muy ambicioso, yo colaboraré, pero no auguro ningún éxito, si la Corona no aporta con el dinero requerido, es muy difícil.

Doña Inés, se encontraba de lo mas contenta deleitándose con su visita a Lima, llena de compromisos y amistades.

Rodrigo, preparando viaje a Potosí para efectuar las consultas solicitadas por el Señor Virrey, era prácticamente una orden, quizá, pensaba, podamos iniciar el proyecto, solamente, y con ello, al menos, contentar contentar al Señor Virrey.

Doña Inés aprovechó el momento para pedir Rodrigo trate de enviar a Juan Esteban a Lima, según ella, era un lugar encantador para la juventud.

-Tu sabes mi querida Inés, cuál es la idea de Juan Esteban, no le gusta Lima, prefiere La Plata, y hablando de esto tenemos que visitar al tío Diego de Mendieta, somos su única familia y el debe estar ya muy cansado.

-Es verdad -dijo Doña Inés-, traten de visitarlo, esta ya muy viejito, gracias a Dios que es sano, lo vemos muy poco, estando tan cerca Potosí de La Plata.

Don Rodrigo preparó todos sus enseres y equipaje, más un par de criados para su retorno a Potosí, llevando un carruaje extra para sus criados a caballo; como siempre desde Lima a Potosí tomaba bastante tiempo, había que hacer noche en los distintos tambos que en el camino se ofrecían al viajero, había que aprovisionarse de bebida y alimento.

Una vez en Potosí, Don Rodrigo ya descansando en su casa, tuvo una reunión con su hijo Juan Esteban y con Sebastián que ya había retornado del Chaco, luego de su visita a Asunción

-¿Y como están las cosas por allá?, -preguntó Rodrigo.

-Todo está llevado con mucho orden -manifestó Sebastián-, nuestros administradores son muy buenos, y confiables.

- Durante el viaje no tuviste contratiempos?

-Más o menos, todo como de costumbre, no tuvimos ningún encuentro con salvajes, sólo una que otra partida guaraní, que, gracias a Dios nos conocen. El viaje es muy pesado, del trópico a esta tierra fría y helada es una transición bastante fuerte, muy largo y penoso. Tengo todos los registros y peticiones. He traído dinero conmigo. He aprovechado para realizar algunos cambios. Debo contarte que me he enamorado de una vizcaína en Asunción, viuda de un vasco llamado Verasátegui, que murió en lance con un Vicuña, ella se llama Clara, Clarita Bravo, es encantadora, ya la conocerán.

Juan Esteban, no pudo reprimir su alegría:

-Mi querido tío, ¡Cómo no felicitarte!, ¡Felicidades!, qué bien tendré una tía.

-Una tía sesentona, -dijo Sebastián-, pero muy linda.

Rodrigo, quedó asombrado, pero sí extasiado de contento.

-Venga mi amigo le -dijo-, déjame darte un cariñoso abrazo, ¡Felicidades!

Se reunieron a almorzar, padre, tío y sobrino. Sebastián, estaba muy contento con su noviazgo, al momento les dijo:

-Os voy a contar algo muy extraño, que ignorábamos y ocurre en Potosí. Pero antes, les diré que estoy muy entusiasmado con Clarita, es tan linda, tan dulce, bueno, aparentemente me quiere a esta edad algo que no pensé que todavía puede haber amor. Ella, casada hace mucho tiempo con Don Domingo Verasátegui, vasco cien por ciento, y además fanático, ella, Clarita es de Cartagena, él murió, como debía ser, en un lance con un Vicuña, atravesado por una espada criolla. Clarita quedó con una fortuna bastante considerable, y tiene algunas encomiendas en Asunción, radica en Lima, pero fue de visita a Asunción, nos conocimos, y nos quisimos.

-Vaya, vaya, no sabes cuánto nos place -dijo Rodrigo-, a estas alturas nunca pensé que te enamorarás, casarte sí, pero enamorarte!

-Vean, en el tiempo que hemos estado conversando, en tertulia, -continuaba Sebastián-, ella me ha contando una serie de hechos y historias, que habían ocurrido acá en Potosí. Voy a relatarles: cómo y por qué nació La Hermandad de Aranzazu, cuyos miembros eran la colonia vasca en Potosí.

Primero constituyeron la Cofradía de Nuestra Señora de Aranzazu. La cofradía se instaló en el Convento de San Francisco, que había sido construido entre 1548 y 1552, pero, la Capilla del convento constaba de una sola nave, motivo que obligó a los cofrades a pensar en la construcción de una capilla propia, no sé porque razón no se hizo la construcción, ocupando los cofrades en San Francisco un altar lateral, donde se rendía culto a la Señora de Aranzazu.

De la cofradía, continuó Sebastián, nació la Hermandad, que, de acuerdo a sus normas, era la encargada de velar por el buen vivir de los Vascos, exclusivamente de los nacidos en las provincias vascongadas, nadie podía ser admitido en la Hermandad si no presentaba las pruebas necesarias, para saber a ciencia cierta que era nacido en las provincias vascongadas; los vascos recién llegados, lograban, a través de la Hermandad, acomodo y lugar de trabajo. Como todo vasco es trabajador, en poco tiempo lograban ascensos y mejores posiciones. Si algún vasco pobre se hallaba enfermo sin atención, inmediatamente la Hermandad suplía los gastos más los remedios, y si hubiera algún juicio para encarcelar a cualquier vasco por deudas u otro motivo, la Hermandad asumía su defensa y obtenía su libertad; si algún cadáver vasco, quedaba sin enterrar,

la Hermandad no debía permitir, esto, acompañando el entierro por lo menos un miembro de la Hermandad.

Es decir, explicaba Sebastián, que cualquier vasco, aún con problemas económicos frente a la ley, perteneciendo a la Hermandad, ésta cubría sus deudas con la caja de la Hermandad, es de ahí que los vascos, trabajadores como eran, y con el apoyo de la Hermandad, que también usaba influencias con vascos prominentes del Virreinato, lograban, las más de las posiciones bien pagadas y con privilegio.

Clarita, me aclaró, que de esa manera la mayor parte de los vascongados ocupaban en Potosí las posiciones mas altas, y de mejor rentabilidad.

Todo esto, seguía Sebastián, dió lugar al nacimiento de los Vicuñas que agrupaban a todos quienes era de las provincias de España incluso portugueses para defenderse, para tener también alguien que los respalde contra la Hermandad. Todo esto lo sé por Clarita, cuyo difunto marido Don Domingo Verasátegui, era vasco, y prominente miembro de la Hermandad.

-Estoy sorprendido y confundido -dijo Juan Esteban.

-Yo también lo estoy -dijo Rodrigo-, todo esto explica el por qué de los Vicuñas, jamás he sabido nada al respecto, ni siquiera Don Juan Ortiz de Zárate, me contó algo, siendo vasco, es extraño confiaba mucho en mí.

-Clarita me dijo que todo lo de la Hermandad era en secreto -expresó Sebastián-, parece que después de las humillaciones y muertes sufridas a manos de los Vicuñas, los vascos se han raleado.

-Tienes toda la razón -dijo Rodrigo-, como información muy buena.

-Volviendo a nuestra anterior conversación -dijo Juan Esteban-, ¿Cuándo es el matrimonio?

-Lamentablemente dijo Sebastián, no creo haya matrimonio. Clarita Bravo, me manifestó expresamente: "Te quiero, y te considero mi buen amigo, ojalá siempre estemos juntos, recalcando, mi querido amigo"; después de esa declaración hemos quedado en que nos visitaremos frecuentemente.

-¡Quien entiende a las mujeres! -dijo Juan Esteban.

-Así es -concluyó Sebastián.

-Bueno hombre, ahora muéstrame los documentos que has traído de Asunción -dijo Rodrigo, sonriendo.

Después de la entrega de los documentos, informes, dinero y la explicación por parte de Sebastián de cómo iban las cosas por Asunción, Rodrigo expresó:

-Todo esto contado por tu amor, Clarita, con respecto a esa Hermandad de Aranzazu, es muy importante, la ignorancia en la que los más de los potosinos estamos al respecto, creo es general.

-Realmente, así es -dijo Sebastián-, por eso me he apresurado en informarles.

-Pero -dijo Rodrigo-, la mayor importancia que tiene este relato es que los Señores Vascos han sido los iniciadores de las revueltas que tanta sangre ha costado a nuestra Villa.

-Quizá, o seguramente -decía Rodrigo-, si ese egoísmo y esa falta de caridad con el prójimo que no sea vasco, hubiera sido practicada por los señores Vascongados, quizá no hubiera despertado el resentimiento y el odio por el resto de la población, que se apoyó y logró integrarse a los Vicuñas, ahí tienes quienes fueron los partícipes de los Vicuñas en las luchas: andaluces, extremeños, manchegos, castellanos, gallegos, portugueses y otros, vale decir, el resto de la población que no sea vasca.

-Tienes toda la razón -dijo Sebastián-, el origen de la lucha de los vicuñas, fue por una mejor atención a sus necesidades, y más que nada a sus derechos. El daño no lo hicieron los españoles puros, sino exclusivamente los vascos, que los discriminaron y los tuvieron fuera del alcance, casi a todos, en los empleos que el Virreinato podía ofrecer a cualquier estante de Potosí, y ese fue, precisamente, el objetivo de la Hermandad de Aranzazu, que además era totalmente excluyente.

-Vaya, una Hermandad que ahogó en sangre a esta Villa Imperial, concluyó Rodrigo.

A los días de estos encuentros, Juan Esteban se presentó ante su padre para pedirle, muy encarecidamente, le autorice a viajar a La Plata.

-Pienso que no pudiendo ustedes visitar al tío Diego Mendieta, soy yo, quien debe cumplir este deseo familiar, tú sabes Padre cómo lo quiero y deseo estar con él.

-Me parece muy acertado -dijo Rodrigo-, tu madre te estará sumamente agradecida, es su tío querido ¡ve hijo mío! y dile que en algún momento yo también iré a visitarlo, cuéntale que tu madre está en Lima, -y llamándolo aparte, le dijo:

-Debes preguntarle sobre esa Hermandad Aranzazu, él es vasco y algo debe saber, nunca nos dijo nada.

-Así lo haré, mi señor padre, y veré cómo puedo realizar mis estudios en esa Villa.

A los días, se inició el viaje de Juan Esteban a la villa de La Plata, Sebastián le recomendó

-Trata de ver si obtienes alguna información de tu tío sobre los vascongados, no te olvides que tienes que iniciar tus estudios universitarios en esa ciudad.

Las actividades en Potosí continuaban con mayor vigor y los trabajos en las minas aumentaban.

El gremio de los azogueros era el que mayor movimiento tenía, sin embargo las deudas que mantenían con las Cajas Reales, era cuantiosa por el crédito que obtenían. Se tenía la idea que ésta era la mejor manera de estimular la producción de plata, pero las deudas no eran irrecuperables, se tuvo que encontrar una nueva manera de obtener el pago de los deudores,

Por su parte, los deudores, curiosamente, eran las gentes que mayor dinero poseían en Potosí, es decir, que los más adinerados eran quienes más deudas mantenían a las Cajas Reales. Los vascos, venidos a bajo, y algunos expulsados y huidos de Potosí, gente con mucho dinero, eran los mayores deudores de las Cajas Reales.

Sebastián llegó a saber, a través de sus investigaciones, que uno de los mayores potentados vascos, ya fallecidos, era Don Domingo de Versategui, esposo de Clarita, quien aprobaba los créditos a los azogueros vascos a cambio de formalidades monetarias.

Es decir, se estaba destapando una serie de negociados que se efectuaban mediante los contactos surgidos en la Hermandad de Aranzazu.

Comentando todo este laberinto con Sebastián, Rodrigo instruyó, o aconsejó, no escarbar el asunto vasco.

-No nos olvidemos -le dijo a Sebastián-, que nuestra fortuna viene de mi suegro Don Juan Ortiz de Zárate, vasco neto.

-Así es -contestó Sebastián-, pero entre la cantidad de nombres que me citó en este embrollo Clarita y entre los que se menciona, cuando el poblado murmura, nunca he escuchado algo de Don Juan Ortiz de Zárate y menos de Don Diego de Mendieta, así que puedes estar tranquilo, mi querido Rodrigo. Además, en tantos años, los dos sumamos mas de ciento cuarenta años, mas de setenta cada uno, ya estoy achacoso –concluyó con una carcajada.

-Y, yo -dijo Rodrigo-, como me dice Doña Inés, viejo caprichoso y terco.

En esos años Potosí se encontraba bajo el mandato del Virrey Don Francisco Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache.

CAPITULO XVII

TRAGEDIA INUNDACIONES

MUERTE Y DESDICHA

Alrededor de 1620, se produjo en Potosí una hecatombe, consternando por el luto, lágrimas y desdicha.

En una noche fría y tormentosa como las hay en Potosí, reventaron las paredes de piedra y tierra, que a modo de represa acumulaban el líquido elemento, produciéndose un rebalse espantoso, de la laguna de Cari-cari, al reventar éstas, la cantidad de agua, calculada en millones, miles y miles de litros salieron expulsadas de la laguna o represa produciéndose a su paso un efecto destructor terrible; un cerro pequeño, parecía proteger a la Villa potosina, se veía como un muro de protección borrascoso, empero fue sumergido por el cause de las aguas.

El pueblo potosino en general y algunos de sus trabajadores en el cerro rico iniciaban sus actividades cotidianas, no imaginaban la tragedia que se les venía encima, el rebalse de las aguas cayó como un alud de agua inundándolo todo a su paso.

Al llegar al cerro rico inundó las bocaminas y socavones de las más de las minas en trabajo.

Al saberse la tragedia, los mineros procedieron a efectuar una especie de defensivos a fin de sortear el agua para que no inundara los socavones, muchos de ellos donde se estaba trabajando.

Había socavones donde se encontraban, en el menor de los casos, diez o doce mineros y los mitayos.

Rodrigo dirigiendo y Juan Hernández con Demetrio e Hilario, los capataces, una vez avisados de la tragedia, se pusieron al trabajo ayudados por los obreros y mitayos de las minas, en esa forma, usando sacos de mineral a modo de defensivos, en forma rápida, pudieron desviar las

aguas, evitando mas catástrofes, colaborando al mismo tiempo a otros mineros en peores condiciones.

Más de 4.000 mineros murieron ahogados y arrastrados por el contingente de aguas, a algunos de los socavones, en su parte mas profunda, no llegó el agua quedando encerrados, sin posibilidad de auxilio muchos mineros, muriendo por asfixia.

En uno de esos socavones, ocho mitayos, quedaron encerrados en sus profundidades, pudiéndose auxiliarlos aún con vida después de dos semanas alumbrados por un cabo de vela, y sin casi nada de alimento salvo algunos panes dejados en ese lugar por casualidad.

La población atribuyó a la ira de Dios lo acontecido, como castigo a los múltiples pecados de la villa, donde por su enormidad y la cantidad de dinero que corría, existían bares, garitos, casas de juego, lupanares de toda especie y de toda calidad.

Se oficiaron misas y procesiones de desagravio y arrepentimiento, más de agradecimiento a la Virgen de la Candelaria, supuesta salvadora de los ocho mitayos rescatados.

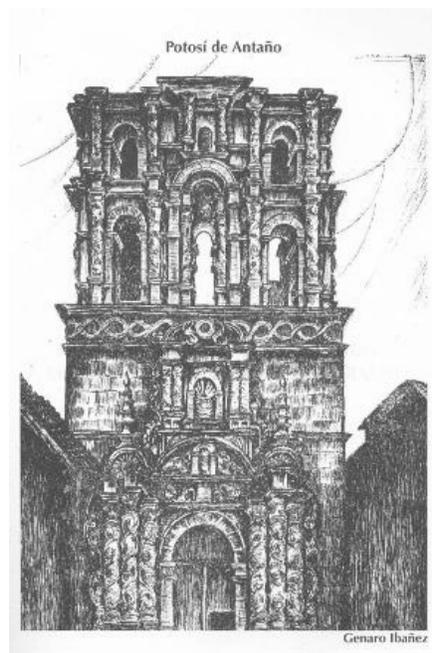
Rodrigo llamó a una reunión a los principales mineros de la Villa a fin de que una comisión, sobre todo de alarifes, proceda a la reconstrucción de la represa en la laguna de Cari-Cari, pero con el debido refuerzo y altura a fin de evitar futuras tragedias.

Igualmente, procedió a reunir unas sumas importantes de dinero para auxiliar a las familias de los damnificados.

Sebastián, en persona auxilió a las familias entregando las sumas de dinero, colaborando en todas sus necesidades, emergentes de la inundación junto a otros potosinos, entre ellos muchos expertos en la construcción de represas.

Potosí, contaba con muchas lagunas represas, que significaban un arte de ingeniería, ya que todas estas suplían las necesidades de agua para los ingenios en las minas y en la ciudad.

La primera se construyo en 1574 de nombre Chalviri, siguiendo en importancia, Cari Cari o San Idefonso, San Sebastián y alrededor de veinte lagunas represas menores.



CAPITULO XIX

NOTICIAS DE LA PLATA

LA MONJA - ALFEREZ

CATALINA DE ERAUSO

Pasado algún tiempo, reunidos Rodrigo y Sebastián esperaban el arribo de Juan Esteban que regresaba de la ciudad de La Plata, se había quedado mucho tiempo y esperaban verlo en unos días más.

Finalmente llegó, abrazos y alegría en la casa, Juan Hernández y Rosita Cáceres estaban presentes.

-Casi te quedas -le dijo Rodrigo.

-Sí -dijo Rosita-, te olvidaste de nosotros.

-No, no, no -dijo Juan Esteban-, es que me daba mucha aflicción y pena dejar al tío Diego de Mendieta, ustedes saben cuánto lo quiero, y, además de eso, está muy mayor, no quiero decir muy viejito, menos mal que está ligeramente sano, pero con diversos achaques.

-Tiene buenas empleadas indias, y un mayordomo, quien también conoce algo de medicina para cualquier caso. Está totalmente lúcido, y puede caminar con facilidad, gusta de pasear por la plaza y los parques de la Villa de La Plata. Uno de esos días me dijo: "Juan Esteban, quiero hacerte un regalo muy personal, sacó su espada y me la entregó, ésta ha estado en muchos combates, pero siempre a favor de la verdad y la justicia".

-Le agradecí mucho, manifestándole que seguirá sirviendo a la justicia y a la verdad. Sin embargo, está muy cansado, Dios no quiera, pero tengo la impresión que nos dejará muy pronto.

-Es una pena -dijo Rodrigo.

-Pasando a otra cosa –continuó dijo Juan Esteban-, ¿me han extrañado? ¿Sí? yo los he extrañado mucho, escuché lo de las inundaciones, ha repercutido la noticia en La Plata, Asunción y Tarija.

-Ha sido terrible -dijo Rodrigo-, pero la familia está bien.

-Ya les contaré las noticias del tío abuelo, muy interesantes, pero por favor ahora iré con Rosita. ¿Verdad que sí? –preguntó dirigiéndose a ella.

-Sí, mi amor.

-Reunámonos mañana –interrumpió Sebastián-, después de almuerzo.

-Conforme -replicó Juan Esteban.

Y en efecto, se reunieron al día siguiente después del almuerzo, estuvieron sólo Rodrigo, Sebastián y Juan Esteban.

Después de muchas conversaciones sobre la familia, y la visita a Lima con Doña Juana, donde explicó Rodrigo las intenciones y atenciones del anterior Virrey para un proyecto de por sí abandonado.

-Bien -dijo Juan Esteban-, voy a contarles todo el relato que me hizo tío Diego Mendieta, sobre los vascos, y la famosa Hermandad Aranzazu. Lo primero que me manifestó el tío Diego fue:

Como primera e importante confidencia, tengo que decirte que soy Vasco, he nacido en la misma casa que tu abuelo Juan Ortiz de Zárate nacimos en Orduña, Vizcaya. A mi llegada a América, quienes primero me cooperaron fueron mis paisanos los vascos, eso era muy natural, nos ayudábamos mucho, pero todo informalmente, y cuando llegué a Lima y luego a Potosí, obviamente, la colaboración de los vascos fue muy importante y decisiva para mi actividad en Potosí.

Juan Esteban continuó narrando:

-Trato de recordar y relatarles todo lo dicho por tío Diego Mendieta, mas o menos en la forma literal, tal como me contó, seguiremos dijo Juan Esteban:

En Potosí, decía el tío, quienes eran en menor cantidad eran los vascos, mas aún cuando llegó más y más gente de toda provincia española y de Europa a Potosí, llamados por el auge de la extracción de plata del cerro rico.

Pero los vascos, gente de mucho trabajo, no sólo se dedicaba a la explotación de sus minas, si no que también trataban de ocupar funciones públicas que pudieran proporcionarles más dinero y mejores posiciones, tal es el caso en que llegaron a ser un número importante en el gremio de azogueros, y también en el cabildo, entonces qué ocurrió, que la más de la gente quienes sólo quería una parte de cualquier veta para sólo cubrir sus necesidades y a más de eso sus vicios, los llegaron a ver a los vascos como ricos y poderosos.

Yo no he sido muy partícipe de los cargos públicos, decía el tío Diego, pero supongo que ya en esa época se creó la Hermandad de Aranzazu, y algo muy real para mantener la unidad y el reconocimiento para los vascos fue el idioma, la lengua vasca, que de hecho era una tarjeta de presentación a cualquier miembro de la Hermandad, o para cualquier vasco cooperador.

Posteriormente, hay que decirlo, esta unión y esta serie de prebendas y favores, trajeron consigo malos manejos, más una especie de dar algo por un monto de dinero, de allí que salieron vascos potentados producto de negociados y estafas, no todos, los menos.

Todo eso más o menos fue lo relatado por tío Diego Mendieta con relación a la famosa Hermandad, bueno lo que mayormente recuerdo, pero en síntesis eso es. Lo mas interesan es el relato del tío sobre una mujer que fue hombre, vasca igualmente, se trata de la llamada Monja Alférez, que llegó a Potosí. El tío me manifestó "yo sé toda la historia de ella, por que cuando estuvo en Potosí fui su amigo y confidente"

Y así me relató:

La monja alférez se llamaba Catalina de Erauso y a través de la lengua de los vascos que significaba una presentación, como dije anteriormente, pudo llegar a la América y obtener ayuda. Hija de un mercader y armador de buques del puerto de San Sebastián, ingresó a un convento allá en España como novicia. Para escapar del convento de monjas, cambió sus hábitos de novicia por un traje de hombre facilitando así su huida del convento.

No sólo el cambio de vestimenta lo hizo para huir del convento, sino que significó para ella una caracterización que allanaba cualquier dificultad en su afán aventurero, tal es así que vestida como hombre se trasladó a la América.

Llegada a Panamá, Catalina de Arauso, llegó a relacionarse con varios vascos, que se dedicaban al transporte de mercaderías, decía el tío Diego de Mendieta, continuando con la historia manifiesta a Juan Esteban:

Allí ella se acomodó con Juan Urquiza. Vasco mercader de Trujillo quien necesitada un ayudante. Trabajando como hombre en trabajos pesados varios meses, de allí fue hasta el puerto de Paite, donde se tenía que embarcar un gran cargamento a una nave, llegando a ser aprendiz de mercader, posteriormente su mismo patrón la puso, o lo puso como comerciante de una tienda de géneros manejando todo el dinero producto de la comercialización, manteniendo un libro contable, con las ganancias y los nombres de quienes, de acuerdo a su patrón, podían tener fió y allí se la tiene a la anterior monja como tenedora de libros, con la contaduría para crédito. El mismo patrón de nombre Urquiza, vasco, la envió a Lima con una recomendación para otro vasco de nombre Lazarte, una persona muy rica, quien le asignó un sueldo mensual muy alto por el manejo de su tienda.

Ya de Lima pasó la monja alférez a Potosí, convirtiéndose en ganadero, trasladando ganado entre Charcas, La Plata y Potosí. Su patrón le entregó doce mil carneros más ochenta indios, ese empleo no duró mucho.

En La Plata, Catalina Erauso, se puso como hombre al servicio de un vizcaíno, minero muy rico, pero viendo que el traslado de ganado le daba más dinero, volvió a su antiguo cargo de ganadero, allí su patrón le entregó una gran cantidad de dinero, para que comprase trigo en los valles de Cochabamba y moliéndolo lo traiga a Potosí para su venta, ganándose mucho dinero en el negocio, volviendo su patrón a enviarlo a Cochabamba con el mismo tipo de trabajo, mucho dinero.

Ella me manifestó, me cuenta tío Diego, que el principal factor para su desenvolvimiento en los negocios era su relación con los vascos que estaban a su alrededor, contando para eso con la lengua vasca, que le daba una total confianza en su trato con compradores y vendedores. Ella me decía que con la relación de los vascos unidos por la lengua se obtenían todo tipo de bagatelas alrededor de las autoridades quienes, si eran vascas, eran completamente comprables, todo era muy corrupto; en una oportunidad, le siguieron proceso, llegándola a condenar a diez años de destierro a Chile, sin embargo fue absuelta agenciando a los vascos, operación hecha por otros vascos.

Es decir, las influencias de los miembros vascos mejor situados en la comunidad, favorecían siempre con razón y sin ella, a quienes precisaban ayuda.

De Potosí Catalina Arauso, siempre como hombre, se trasladó a La Plata para ir a Asunción, fue lo último que supe de ella. Sin embargo, me decía tío Diego Mendieta, esos fueron los motivos que dieron lugar a las luchas tan fuertes en Potosí, entre Vicuñas y Vascongados.

-Eso es todo -dijo Juan Esteban-, ¿qué les parece?

-Todo muy interesante -dijo Rodrigo.

-Yo he escuchado algo de esa Monja Alférez -añadió Sebastián. Acá en Potosí, ella que estaba vestido hombre, tenía la obligación de llevar una espada al cinto, sus relaciones de comercio eran todas con vascongados y toparse con un Vicuña podía ser peligroso, las murmuraciones las recibí en un bar donde se jugaba mucho dinero, allí estaba yo con mis amistades de juego, quienes hablaron sobre la monja alférez, me contaron que en esos días en que existían tantos problemas entre Vicuñas y Vascongados, ella tuvo un encuentro con algunos

vicuñas, echando mano a la espada, desenvainó, y se llevo por delante a dos vicuñas para después escapar; los vicuñas se la tenían jurada, un vicuña la encontró y en pleno encuentro descubrió que se trataba de una mujer; nunca cruzaré mi espada con una mujer le dijo, os pido disculpas, Catalina agradecida lo besó, y ambos huyeron de Potosí.

-Lo que puede el amor dijo Juan Esteban.

CAPITULO XX

MUERTE DE DON DIEGO

DE MENDIETA

La familia y Rodrigo esperaban la llegada de Doña Inés, se había ausentado tanto tiempo, sin embargo era de esperar, Doña Inés siempre quiso Lima, su gente, sus reuniones, hermosa ciudad , no en vano tenía instalada una casa allí con todos sus servicios.

Tardó un poco más hasta que se produjo su arribo. En las afueras de la Villa la esperaban Rodrigo y su hijo Juan Esteban, en sendas cabalgaduras, hasta que llegó el carruaje más su escolta de sirvientes, ambos, padre e hijo, subieron al carruaje hasta llegar a casa.

Gran recibimiento. Don Sebastián con un hermoso ramo de flores y Rosita, que sólo su presencia realzaba la acogida.

Juan Hernández, muy solícito, ayudó a Doña Inés a bajar del carruaje.

Juan Esteban, le dijo:

-Madre, te hemos extrañada tanto, qué falta nos has hecho.

-Especialmente a él -dijo Rodrigo-, con una sonrisa.

-Y en verdad -continuó Rodrigo-, la casa estaba vacía y parecía abandonada sin tu presencia.

-Verdad que sí -dijo Rosita.

-¡Qué bien! -dijo Doña Inés-, si el ausentarse trae tanta gentiliza, viajaré mas seguido.

-¡Qué va! -dijo Rodrigo-, bienvenida mi esposa engreída.

Pasaron al comedor, luego de una cena frugal Doña Inés pidió permiso para descansar, había sido un viaje muy largo y pesado.

Ya en la salita, Don Rodrigo dijo a Sebastián:

-No es que quiera enviarte a Tarija, pero no sé nada de esas nuestras tierras, hace cinco meses recibí carta del que administra, parecía que todo andaba bien.

-Yo también creo que sí -repuso Sebastián-, de todas maneras tendré en mente que hay que ir por allá.

Pasado un buen tiempo, recibieron una carta de La Plata, era el tío Don Diego de Mendieta, quien les decía que se encontraba muy mal, que su salud estaba totalmente quebrantada y que su viaje al más allá estaba muy cerca, deseaba que para cuando expire se encuentre alguien de su familia acompañándolo, adjuntaba a la carta otra de la mayordoma confirmando lo mal y grave que estaba, duraría muy poco.

Doña Inés, presurosa al leer la carta dispuso el viaje de ella, su esposo y su hijo a La Plata, no había tiempo que perder.

Rodrigo dejó algunos encargos importantes a Sebastián y se apresuró a ordenar que alisten el carruaje, con los mejores equinos que estén a la mano.

Y salieron así, presurosos, rumbo a la Villa de La Plata.

Una vez en el carruaje, y en pleno viaje, charlaron y tertulieron, y allí padre y madre, preguntaron a Juan Esteban:

-¿Cuándo es la boda, por qué no te casas?

-Esta de buen tamaño -acotó Rodrigo-, no sé de nadie que haya noviado tanto tiempo sin algún resultado.

-Incluso -dijo Doña Inés-, la madre de Rosita, el otro día me indirectó manifestándome que esta situación no podía seguir, incluso habló de cierto perjuicio a Rosita.

-Sé, todo eso -dijo Juan Esteban.

-Entonces ¿Qué pasa? -preguntó Rodrigo.

-No sé, tengo miedo, tengo terror a casarme, no quiero perder mi privacidad. O quizá no quiero separarme de ustedes. Yo la quiero, la amo, y sé que debo casarme.

-No te separarás de nosotros, viviremos en la misma casa, es enorme y hay suficiente espacio -comentó la Madre mirándolo amorosamente.

-Bien, Madre, entonces con esa confianza, sí, lo haré, me casaré.

Padre e hijo, salieron del carruaje montando a sus caballos que eran jalados de la brida por los sirvientes que iban en sendas mulas, y continuaron el viaje.

Los carruajes eran muy escasos, sólo poseían aquellos que tenían mucho dinero o los más altos funcionarios del Virreinato.

Llegaron a la villa de La Plata, linda ciudad sede de la Audiencia de Charcas, allá vivían los Señores Oidores de la Audiencia., grandes autoridades.

Una vez llegados, se dirigieron a la casa de Don Diego de Mendieta, salieron a recibirlos las sirvientas y luego la mayordoma, se aproximó a Doña Inés manifestándole que su tío se encontraba muy grave, en la mañana había recibido los santos óleos, se había confesado y comulgado, estaba lúcido pero muy cansado.

Ya en el dormitorio de Don Diego, postrado éste en cama, se aproximaron al enfermo, quien al verlos quiso enderezarse, lo hizo con ayuda, les dijo:

-Qué bien que hayan llegado, me alegro mucho tenerlos a mi lado, así no moriré solo y abandonado, ustedes saben cómo los quiero, Inés, mi querida Inés, acércate, bésame, ¡dónde está Juan Esteban!

-Aquí mi querido tío.

-¿Y Rodrigo?

-Aquí estoy, te queremos tanto.

Algo reconfortado Don Diego el moribundo, les dijo.

-Toda mi fortuna, la tenía dada como herencia, a mi querido hermano, Don Juan Ortiz de Zárate, nunca pensé que el moriría primero, pero Dios lo quiso así, ustedes sus descendientes, mis dilectos sobrinos, serán quienes reciban mi fortuna, así lo he decidido y establecido, y así está escrito ante el notario.

Doña Inés no pudo contener el llanto

-¡Tío, mi adorado tío!

-Mi sobrina querida, recuerdo la todería, tu madre, Juan mi hermano, mi linda sobrina.

Juan Esteban, se aproximó a besarlo, con lágrimas en los ojos. Tío dijo.

En ese momento expiró Don Diego.

La mayordoma les comentó que parecería, que los estaba esperando para morir.

Se quedaron allá unos días antes de retornar a Potosí, algo más calmados, vinieron las misas de cuerpo presente, los velorios, el entierro, los pésames, todo doloroso, muy doloroso para Doña Inés y Juan Esteban.

Preparado todo para la vuelta, Doña Inés se dirigió a Rodrigo, a quien se lo notaba muy cansado y amargado, diciéndole:

-Cómo se ve que estamos viejos, ya no tenemos fuerza para nada.

Y realmente era verdad. Don Rodrigo ya bordeaba los setenta y un años. Si bien aparentaba mucho vigor, siendo hombre muy sano, se notaba en él el peso y el paso de los años.

Doña Inés dijo

-Quizá sería bueno pensar en trasladarnos aquí a La Plata, el clima, y la temperatura son mucho mejor que Potosí.

-Así lo creo -dijo Don Rodrigo-, parece una acertada idea, lo pensaremos.

Prepararon su vuelta a Potosí, Juan Esteban se quedaría unos días más en La Plata para ultimar los documentos ante el Señor Notario referentes a la herencia, más los certificados necesarios del deceso.

Era el año de 1616, por la gracia de Dios.

Llegados a Potosí, donde igualmente se tuvo que ofrecer una misa de difuntos para Don Diego de Mendieta, y donde vinieron también los pésames, abrazos de reconocimiento todo igualmente muy doloroso, sobre todo para Doña Inés.

En reunión de familia, Rodrigo, le manifestó a Sebastián:

-Pensaríamos en enviar a otra persona a Tarija acompañado de Juan Hernández, no quiero que nos separemos, como una vez me dijo Doña Inés, estamos viejos, y mi deseo mi querido Sebastián es ya tenerte junto a nosotros; esos trabajos tan delicados y difíciles, sobre todo por el viaje, delegaremos a otras personas de confianza.

-No sé por que lo dispones así, ¿me consideras viejo?

-No, en absoluto, pero es lo mejor para todos.

-Vaya, entonces no te discuto -dijo Sebastián.

Y dirigiéndose a Doña Inés, le dijo:

-Tenemos que hablar con la familia de Rosita, su hermano Felipe, y sus padres, esa boda no puede esperar es perjudicial para ambos, no lo crees Rodrigo?

-Si no quiere casarse ¡yo lo caso! ya ha pasado los 30 años, hora es.

CAPITULO XXI

EL MATRIMONIO DE

JUAN ESTEBAN MONTENEGRO Y ORTIZ

Hablaron con Rosita, ella muy dispuesta al matrimonio, pero decía.

-La última palabra la tiene Juan Esteban.

-No te preocupes -dijo Doña Inés-, ya está todo arreglado, a la llegada de él de La Plata, haremos el pedido de mano.

-De tal manera -dijo Rodrigo-, que lo esperaremos y después fijaremos la fecha.

-Muy bien -dijo Rosita convencida y esperanzada de por fin casarse-, avisaré a mis padres y a Felipe.

Pasaron unos diez días, y llegó Juan Esteban, Tenemos que convenir que Juan Esteban era un hombre demasiado engreído, hijo único, muy mimado, acostumbrado siempre a tener la última palabra.

Aún muy triste por el deceso de tío Diego de Mendieta, se reunió con sus padres, entregándoles y aclarándoles sobre los documentos y certificados hechos ante el notario sobre la herencia de Don Diego de Mendieta.

Lo llamaron a reunión, en la salita, allí también se encontraba Sebastián,

-¿Qué es esto? -dijo Juan Esteban-, algo tienen Uds. entre manos ¡qué es!

-Mi querido hijo, es tu matrimonio, hemos decidido como tus padres que somos, que haremos mañana el pedido de mano ante los padres de Rosita, para fijar la fecha del matrimonio, de tu matrimonio.

-¿Cómo? sin saber si yo lo acepto ó no.

-En el viaje a La Plata -recalcó Doña Inés-, aceptaste nuestra posición.

-Pero ¿y mis actividades, mi trabajo, y mis estudios?

-¿Estudios? ¡Qué estudios! -dijo Rodrigo-, ya tienes mas de treinta años, quieres convertirte en un solteron?

-Mírame -dijo Sebastián-, no es nada agradable ser soltero, la soledad aunque no lo parezca es muy deprimente, si no fuera por ustedes, que son mi familia, no se qué hubiera hecho con mi vida.

-Además -dijo Rodrigo-, nosotros no duraremos toda la vida, ten en cuenta eso, y es probable que Rosita no siga esperando tus caprichos.

-Por favor -dijo Doña Inés-, mañana pedimos la mano y fijamos la fecha.

Finalmente, después de pensarlo, Juan Esteban dijo, dirigiéndose a los tres.

-Tienen la razón, siempre tienen la razón, de acuerdo.

-Muy bien dijo Doña Inés, ésta decisión final tenemos que celebrarla.

Llamó al mayordomo, y pidió copas y vino.

Al día siguiente, ya avisada Rosita, con sus mejores galas se dirigieron a casa de Don Felipe de Cáceres, padre de Felipe y Rosita Cáceres: Don Rodrigo y Doña Inés, Don Sebastián Campuzano y el novio Juan Esteban Montenegro y Ortiz, se hicieron las presentaciones de rigor y Don Rodrigo hizo el pedido de mano, estableciéndose una fecha próxima para la realización del matrimonio.

Hubo una fiesta de festejo en casa de los Cáceres.

Al volver a casa, Rodrigo y Doña Inés, no pudieron disimular su alegría,

-Ella es una buena muchacha, lo hará feliz.

-Yo estoy muy contento -dijo Rodrigo-, ya con nuestro hijo formado y bien casado, podemos estar tranquilos.

-Tranquilos y felices, -dijo Sebastián.

Y se realizó el matrimonio, muy íntimo y muy sencillo, estuvo invitada gente de Lima, de La Plata más las amistades potosinas, un matrimonio con mucho realce y colorido, no faltaron las guitarras y mandolinas.

Pasando dos o tres meses Felipe Cáceres en una reunión informal, les comentó en familia a Don Rodrigo y a Sebastián los últimos sucesos:

-Ya habían pasado las luchas entre vicuñas y vascongado, sin embargo existían todavía algunos focos de rebelión, máxime en la campiña. Cerca de La Plata, en un pueblo llamado Mataka, se refugió en su chacra Juan Oquendo, un conocido vasco, hombre adinerado, que hizo mucho daño, según los Vicuñas, jamás pensó ser encontrado en tal lugar, y creyó que el olvido dejaría pasar ciertos actos cometidos por él contra los Vicuñas. Sin embargo, le llegó la noticia de que unos hombres lo estaban buscando para matarlo, le avisó un indio del vecino pueblo; para mayor seguridad, Oquendo con su poca gente armada, se refugió en la parroquia de San Pedro. Al día siguiente uno de sus hombres avisó que venían bajando la cuesta los Vicuñas, trece hombres armados con arcabuces, montados en caballos y los más en mulas. Oquendo y su gente se parapetaron, pero fueron atacados; con los primeros disparos dieron muerte a Oquendo, éste agonizaba y no permitieron que el padre de la parroquia lo confesara. Una vez muerto lo desnudaron y le dieron de estocadas. Los relatos señalan eso, no se si exageran – siguió narrando Felipe. Los vascos al escuchar estos hechos, pese a que en Potosí ya no existían lucha alguna, hicieron un reclamo directo a la Corona a través de la colonia vasca existente en la América. Parece que en Valladolid se llegaron a conocer los hechos acaecidos contra los vascongados, pero ni las autoridades ni el Rey les dieron mayor importancia, además el reclamo llegó a la Metrópoli un año después de acontecidos los hechos.

Rodrigo intervino:

-Es una pena, pero todos tratamos de olvidar lo ocurrido, vascos, vicuñas y no vicuñas, no queremos tener mas entuertos, nos hemos perdonado mutuamente y no deseamos más problemas, tú Felipe, trata de olvidar todo, y no des oídos a murmuraciones y fantasías.

Al escuchar todo eso, Sebastián dijo:

-Así como piensa Rodrigo lo hace toda la población, absolutamente todo ha sido como una pesadilla, una tristísima pesadilla.

-Tienen razón -concluyó Felipe.

CAPITULO XXII

LOS ULTIMOS AÑOS DE RODRIGO

Y SEBASTIAN

En medio de las actividades de la familia, en conversaciones entre Don Rodrigo y Doña Inés, se dijeron:

-Estoy muy contento y lleno de alegría, el matrimonio de Juan Esteban, me ha colmado de felicidad, dijo Don Rodrigo.

-Siento lo mismo -dijo Doña Inés-, pero de algo quería hablarte.

-Adelante -dijo Don Rodrigo.

-Es muy lindo que Juan Esteban y Rosita vivan con nosotros, tal como les hemos ofrecido, yo estoy muy contenta con ello, pero sé que un matrimonio por lo menos los primeros años debe vivir independiente y sobre todo solos, el casado casa quiere, dice el adagio.

-Supongo que querrás que se vayan a una casita, habrá que comprarla, o construirla, lo veremos.

-No. Te equivocas Rodrigo, quienes tienen que irse de esta casa somos nosotros, bueno, momentáneamente al menos.

-Un momentito, -dijo Rodrigo-, no te entiendo ¿dónde iremos?, estás medio loquilla.

-Te acuerdas que en una oportunidad, no recuerdo cuándo, te dije que sería bueno que viviéramos en La Plata, cuyos aires y clima son más benignos y que eso estaría más acorde con nuestra edad para vivir allí, ¿recuerdas?

-Sí, recuerdo perfectamente.

-¿Qué te parece? Cambiar de aires por un tiempo y los novios estarán solos, como corresponde, ¿no?

-No lo sé, nunca me detuve a pensar en eso, tendríamos que analizarlo, significaría un retiro completo de nuestras actividades.

-No, de ninguna manera, estando tan cerca La Plata, podrías dirigir todo desde allí. Y, además, es necesario darle ya las responsabilidades de todo a Juan Esteban, él seguirá con Juan Hernández, siempre bien orientado y aconsejado.

-¿Y Sebastián?

-¿Sebastián? Sebastián siempre estará con nosotros, está igual de viejo que tú.

-Basta Inés, no bromees, estas planteando algo muy serio.

-No digo que lo hagamos ya, si no que estemos preparando y consultando, tenemos la casa del tío Diego Mendieta, tenemos toda su gente para la atención de sus propiedades, tenemos que ver todo eso, me parece lo más práctico.

-Me pides retirarme y envainar mi espada para siempre.

-Así es -dijo concluyente Doña Inés.

-Lo pensaremos, lo pensaremos -contestó dubitativamente Rodrigo.

Pasaron los días y en una charla Rodrigo comunicó a Sebastián los planes de Doña Inés.

-Me gusta la idea -respondió Sebastián-. Seré franco. Me parece muy bien, no duermo bien, tengo dolor de huesos, creo es artritis, Potosí es excesivamente frío, y tiene razón Doña Inés, no digo que no visitemos Potosí, o Asunción, pero sí que nuestra casa central esté en La Plata, cuyo clima es muy agradable. Estoy muy de acuerdo.

-En ese caso sólo falta hablar con Juan Esteban. Naturalmente contaremos con su aquiescencia, él estará dispuesto a asumir la responsabilidad del manejo de nuestros intereses, al fin y al cabo son y serán también suyos.

-Me parece, que así será, sin embargo denme tiempo, yo estudiaré cómo y en qué forma, dejaremos a tu hijo Juan Esteban a cargo de todo.

-Conociéndote, como te conocemos, estoy seguro que si.

-De todas maneras, supongo esperaremos, por lo menos, hasta fin de año para efectuar nuestro traslado a La Plata.

-Así es -dijo Rodrigo.

Todo lo conversado lo comunicó Rodrigo a Doña Inés.

-Qué bien, además estoy muy segura que Sebastián encontrará la forma para la buena dirección de nuestros intereses, él, como siempre, muy acertado en todo.

Pasaron los meses, y en la medida que esto ocurría, Juan Esteban conjuntamente con Sebastián, estudiaban las contabilidades de cada uno de los fundos de Rodrigo, más su forma de trabajo, sean éstas haciendas, encomiendas, en algunos casos chacras, naturalmente todo esto tomaba mucho tiempo, el problema minero, era el más importante porque significaba la base de los otros negocios de Rodrigo.

Día a día estudiaban todos los asuntos hasta que decidieron viajar tanto a Tarija como Asunción, y en los alrededores de Potosí, las minas de Porco; en La Plata, verían los variados problemas de los intereses del tío Diego Mendieta.

En algunos casos especiales, se reunían con Rodrigo discutiendo los problemas que pudieran presentarse bajo el manejo de Juan Esteban.

Mientras tanto, Doña Inés disfrutaba de la compañía de Rosita. Ella muy simpática y respetuosa con Doña Inés, la familia se reunía en los almuerzos y cenas, esto se presentaba a diario, la casona albergaba a todos: Rosita y Juan Esteban, Rodrigo y Doña Inés y finalmente Sebastián.

Rosita en charlas con Doña Inés le manifestó:

-Sé, por Juan Esteban, que el traslado a La Plata fue idea suya, más los motivos por los cuales pidió a Don Rodrigo realizar el cambio de residencia. Pienso, que esas decisiones han sido muy sabias, vá a darles tranquilidad y bienestar, más una mejora en la salud por el cambio de clima, la Villa de La Plata, es mucho más baja, su altura es mucho menor que la de Potosí, y en sus alrededores existen valles muy agradables, hablo también del tío Sebastián. Con relación a quedarnos solos en la casona, es igualmente una decisión muy buena, los casados casa quieren, un matrimonio, usted, lo sabe mas que nadie, tiene sus altas y sus bajas, un hogar es un mundo aparte y necesita privacidad, sin influencias externas, eso contribuye a la buena formación de la familia, han sido, las tuyas, decisiones muy sabias y acertadas, y no sabe cuánto la admiro por esto, y le agradezco, porque sé que ha sido todo pensando en nosotros, sus hijos.

-Mi querida Rosita, una madre tiene que pensar en todo no sólo en el manejo de la casa, sino en el bienestar del hogar, en la tranquilidad de los suyos y en el futuro de la familia. Ojalá, todo esto signifiquen un ejemplo y un camino a seguir para tí en el cuidado de tu familia.

Mientras ellas charlaban y cambiaban sus inquietudes y la realidad de la vida que les esperaba, Sebastián y Juan Esteban preparaban viaje a Tarija.

-Veré que caballo voy a llevar -decía Juan Esteban.

-¿Caballos? no sirven para estos viajes, desde que he venido a América yo uso mulas, yo me viajo mejor sobre una mula que en un caballo, son más fuertes y sumisas.

-Con razón -dijo Juan Esteban-, he buscado un buen caballo en las caballerizas y he encontrado unas mulas de alzada y altura enorme, parecían caballos, lindas mulas.

-Gracias, son mis mulas, esas son las tenemos que usar, verás que son muy fuertes, haz la prueba en este viaje, son mulas para viajes largos.

Y así partieron con un par de sirvientes en sendas mulas. Sebastián comentó:

-Es uno de mis últimos viajes, tu padre lo ha decidido y coincido con él, ya estamos viejos para este tipo de trabajos, pero ya que tú te harás cargo del manejo de los negocios es necesario que sepas a ciencia cierta qué pasa en Tarija.

La noche anterior, tuvieron una conversación Rodrigo y Sebastián, coincidiendo ambos en que era necesario un asistente, un segundo de absoluta confianza para el control y manejo de todos los asuntos concerniente a la familia.

-Después de mucho pensarlo – habría manifestado Sebastián-, me parece que he encontrado la persona adecuada para este trabajo, espero te parezca lo correcto.

-Dime, de quién se trata.

-Pienso que Felipe Cáceres es la persona que reúne todas las condiciones para ser quien colabore en todo a Juan Esteban, es honesto, trabajador, de absoluta confianza, inteligente, y para completarlo todo hasta es medio pariente.

-Siempre dije que eres muy acertado, no podría encontrar otra persona igual, muy bien. Una vez que vuelvan de Tarija, hablaremos con ese joven y si acepta oficializaremos su nombramiento.

Sin embargo, Rodrigo no pudo esperar la vuelta de Sebastián, se apresuró en hacer llamar a Felipe Cáceres, previamente habló con Rosita, su nuera, manifestándole.

-Sería muy agradable, y a más, que nos daría mucha tranquilidad, el saber que Juan Esteban, tiene a su lado, como su segundo a Felipe tu hermano que es ya de la familia.

Rosita primero, muy asombrada, y después bastante confortada, le dijo:

-Me parece excelente, además siendo tan amigos, Juan Esteban y Felipe harían la dupla perfecta.

Doña Inés también estaba encantada con la idea, qué mejor que tener un miembro familiar, cuñado y amigo de Juan Esteban, para acompañarlo en sus actividades.

Esa tarde se presentó Felipe Cáceres en la casa. Rodrigo lo recibió en la salita diciéndole

-Me estoy adelantando a la reunión que debíamos tener con Sebastián, pues de él fue la sugerencia.

-¿De qué se trata Don Rodrigo? -dijo Felipe:

-No sé si tu estas al tanto, pero con Doña Inés hemos decidido retirarnos juntamente con Don Sebastián de esta vida azarosa del manejo de las minas y más las chacras y estancias y todo lo que tú más o menos debes saber, diseminadas en Potosí, Porco, Asunción y Tarija. La realidad

es que estamos ya viejos y cansados para seguir con estos arduos trabajos y, naturalmente, dejaremos todo este manejo en manos de mi hijo Juan Esteban.

-Hemos considerado, que es menester que Juan Esteban, cuente con un segundo, un asistente general, una persona de confianza, honesta, inteligente, y trabajadora, Sebastián, tú lo conoces bien Felipe, quien es una persona muy cabal y acertada, ha sugerido tu nombre para este objeto y pienso que es lo mejor para nuestras actividades.

Felipe, se quedó sin habla, no supo qué contestar, sólo atinó a expresar su asombro y su sorpresa.

-No sé qué decir, esto es una sorpresa, no deja de asombrarme, Usted ¿me está ofreciendo un trabajo?

-Así es, Felipe, pero no es un trabajo cualquiera, te estoy ofreciendo la asistencia total del manejo de mis negocios que estarán a cargo de mi hijo Juan Esteban. Te he explicado porqué y cuales son los motivos para que mi hijo Juan Esteban se haga cargo de todo lo mío en estas tierras. Además, no necesito una respuesta inmediata, tómate un tiempo para darme tu respuesta.

-Ahora sí, después de la sorpresa, estoy empezando a darme cuenta del valor de su propuesta. Usted desea que colabore con Juan Esteban, codo a codo, frente a frente, en el total manejo de sus propiedades, sean éstas las que fueren, como su segundo para todas las labores, sean éstas administrativas, de trabajo, formal o no, es decir estemos juntos, lado a lado en todo esa labor?

-Así es Felipe.

-Pues, Señor, siendo mi querido y estimado amigo Juan Esteban, cómo no colaborar en esta nueva actividad de su vida. No necesita usted esperar mi respuesta, definitivamente, hoy mismo, le digo: conforme estoy de acuerdo, acepto su propuesta.

-Bienvenido, venga un abrazo, a la llegada de Juan Esteban y Sebastián, arreglaremos todos los documentos de contratación más los poderes necesarios.

En charlas con Doña Inés esa noche Rodrigo le manifestaba:

-Cómo no estar contento con la inclusión de Felipe en nuestra administración, podemos dormir tranquilos ya que aceptó la sugerencia de Sebastián y la oferta que le hice de inmediato, ahora sí podemos iniciar todo lo referente a nuestro traslado a esa villa tan linda que es La Plata. A la llegada de Sebastián y Juan Esteban procederemos a alistar los documentos y poderes necesarios para la administración de nuestras pertenencias.

-Qué bien -dijo Doña Inés muy cariñosa con Rodrigo-, realmente teniendo Juan Esteban un asistente como Felipe, su propio cuñado, disfrutaremos de la vida en La Plata.

Y así fue, no bien llegaron Juan Esteban y Sebastián, se les comunicó de todos los pormenores de la charla con Felipe, recibiendo ambos con beneplácito la aceptación de Felipe.

Así se iniciaron los trámites correspondiente, y empezó la actividad de Juan Esteban y Felipe.

Doña Inés y Rosita, no cabían en sí de gozo, por los nuevos acontecimientos. Felipe Cáceres, hijo de minero potosino, conocía mucho del manejo de minas, toda su juventud había trabajado con su padre de tal manera que tenía bastantes conocimientos, además, hombre de clara inteligencia, en poco tiempo se puso al tanto de los manejos, constituyéndose en un colaborador efectivo para Juan Esteban.

Por la amistad desde muy niños con Juan Esteban, Felipe prácticamente era muy cercano a la familia; Juan Hernández, el fiel Juan Hernández, en un aparte le dijo:

-Mi estimado Felipe, cuenta conmigo para todo, la fidelidad y el respeto que mantengo con Don Rodrigo y con Juan Esteban, la tendré contigo.

-Gracias Juan Hernández, por Don Sebastián sé lo efectivo que eres, cuento contigo y no dudo que me orientarás adecuadamente así podré realizar un trabajo eficiente.

Con esa tranquilidad, Rodrigo y Doñas Inés junto a Sebastián iniciaron los preparativos para el traslado a la Villa de La Plata.

En un principio, tanto Rodrigo como Doña Inés, pensaron enviar al mayordomo moro, mayordomo desde la época de Don Juan Ortiz de Zárate, de mucha confianza, ya entrado en años, con algunos sirvientes, y algunas indias de servicio a La Plata, a la casa que fue del tío Diego Mendieta para iniciar los arreglos necesarios.

CAPITULO XXIII

DON RODRIGO MONTENEGRO Y VASQUEZ

CABALLERO DE LA ORDEN DE ALCANTARA

Todo transcurría en la forma acostumbrada y con relativa tranquilidad, pero Rodrigo empezó a notar ciertos extraños movimientos en la casa, reuniones con Doña Inés, incluso Sebastián, andaba presuroso, muy reservado Juan Esteban ¿será que me estoy poniendo, muy susceptible por viejo? tengo setenta y cinco años y no es para tanto.

Uno de esos días, vió salir de su casa al Señor Gobernador, acompañado por Sebastián, cosa rara; en otra oportunidad, los viejos apoderados de su suegro, en reunión con Juan Esteban, uno de ellos padre de Rosita, y Felipe Cáceres. Algo está sucediendo, y no me quieren decir qué es.

En otra oportunidad, se reunieron en su casa el prior del convento de San Agustín, nuevamente los viejos apoderados y el Señor Gobernador, supuso que lo llamarían, no fue así.

Doña Inés, lo esquivaba cuando quería preguntarle algo. Ya cansado de esperar alguna aclaración, se acercó a Doña Inés, y le preguntó:

-¿Qué me están ocultando, que sucede! ¿A qué se debe tanto movimiento inusual?

-No te enojés, no te pongas nervioso, tranquilo, todo este traqueteo es por tu bien y es para ti, de tal manera que tienes que esperar pacientemente hasta que te lo explique.

Le dijo en forma tan dulce y cariñosa, que Don Rodrigo, no tuvo más remedio que esperar. Hasta que se acercó al amigo, asesor, confidente y primo Sebastián Campuzano y Montenegro, preguntándole.

-¿Qué está pasando?, tu me tendrás que avisar.

-De acuerdo mi querido primo tomemos una copa de vino, y te explicaré.

Llamaron al mayordomo, y se instalaron. Sebastián se arrellanó en el sillón y empezó a exponer.

-Nuestro Rey y Señor: Felipe IV se ha dirigido al Virrey del Perú, Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, indicándole que ha dispuesto se haga una investidura como Caballero de la Orden de Alcántara, a uno de los más claros y generosos súbditos del Perú, de la Villa Imperial de Carlos V, Potosí. Trasladada que fue esta orden a la Gobernación de Potosí y realizadas las consultas necesarias, se ha pensado en tí ratificando más adelante tu nombre para la nombrada investidura. Su Excelencia el Señor Virrey, al conocer que fue dado tu nombre, aprobó de inmediato tu nombramiento, de tal forma que se procederá a tu investidura en la Iglesia de San Agustín, con todas las ceremonias de rigor.

Sebastián, continuó luego de una breve pausa:

-La única persona autorizada para darte a conocer este alto nombramiento y rango, ya confirmado, es tu esposa Doña Inés Ortiz de Montenegro y Vásquez, sin embargo, yo como tu amigo y confidente me he adelantado, esperando no me delates.

-Es realmente una sorpresa muy agradable por cierto, no te delataré mi querido amigo, esperaré las noticias de boca de mi querida mujercita.

Ya habían concluido definitivamente, las luchas entre Vicuñas y Vascongados, se restableció el trabajo en las minas y haciendas y el perdón general se hizo público.

El Rey, quería distinguir a quien más dinero enviaba a la Corona a través de su impuesto el "quinto", y a quien más esfuerzos hizo por la pacificación de las luchas entre Vicuñas y Vascongados, tal era Don Rodrigo Montenegro y Vásquez, Adelantado del Río de La Plata.

En unos días más Doña Inés se dirigió a Rodrigo, manifestándole

-Esta noche se reunirán aquí autoridades y amigos, para anunciarte tu investidura como Caballero de la Orden de Alcántara. Todo el alboroto que hemos tenido, sin que tu sepas absolutamente nada, era para este motivo, nunca me imaginé como te quiere la gente y sobretodo de esta Villa, pues apenas fue dado tu nombre para esa alta investidura, no había quien no me busque para felicitarme.

-Me dejas totalmente asombrado y sorprendido ¿es verdad todo lo que estoy oyendo? No merezco tal investidura, pero sé que las investiduras para las Ordenes, ya sean de la Calatrava, ú otras, deben ser directamente aprobadas y nombradas por el Rey.

-Así es, y sucede que nuestro Señor el Rey Felipe IV, es quien ha dispuesto tu nombramiento a través del Señor Virrey, Príncipe de Esquilache.

-Y tú mi amor, has sido quien ha dirigido todos esos correteos para mi final nombramiento.

-Así, te quiero y así siempre lucharé por ti, pero creo que no ha sido una sorpresa, alguien cantó ¿sería Sebastián? -dijo sonriente.

-No, no, no -dijo Rodrigo queriendo demostrar un asombro que no lo podía disimular, la perspicacia femenina lo intuía muy bien.

Esa noche se reunieron, en casa de Rodrigo, el Señor Gobernador, el Señor Corregidor, el Prior de la Iglesia de San Agustín, Don Felipe de Cáceres, padre de Felipe Cáceres y Rosita, Don Alonso Sotomayor, los viejos apoderados como los llamaba Rodrigo; estaban presentes Don

Sebastián Campuzano y Montenegro, Don Juan Esteban Montenegro y Ortiz y su Señora Rosita Cáceres de Montenegro y Ortiz, Felipe Cáceres hijo y por último Doña Inés Ortiz de Montenegro y Vásquez.

-Estamos aquí reunidos –empezó el Señor Gobernador-, porque es un honor para esta Villa Imperial de Potosí, ser acreedora a través de uno de sus preclaros y honorables hijos, el nombramiento para la investidura de la Orden de Caballero de Alcántara. El nombramiento ha sido ratificado por el Rey nuestro Señor Felipe IV, y comunicado a esta Villa por el Señor Virrey Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache. Dicho nombramiento, ha recaído en el Señor Don Rodrigo de Montenegro y Vásquez, Adelantado del Río de La Plata, vecino de Potosí y connotado miembro de su comunidad. Las virtudes y buenas grandes acciones de Don Rodrigo de Montenegro y Vásquez, han sido del conocimiento del nuestro Señor el Rey Felipe IV y tales han sido los motivos para que Su Gracia disponga el nombramiento. En tal sentido, invito a Don Rodrigo de Montenegro y Vásquez, a hacerse presente en la Iglesia de San Agustín, para la investidura como Caballero de la Orden de Alcántara.

Vinieron las felicitaciones de la concurrencia y luego bebieron una copa de vino ofrecida por Doña Inés. A los dos días tendrían que hacerse presentes en la Iglesia de San Agustín.

Rodrigo y su familia, más sus amigos, estarían allí luciendo sus mejores galas, era un acto poco visto en Potosí.

Se veían amplios sombreros alados, bordados, capas, algunos con botas, otras con zapatillas y medias largas bordadas, hermosas espadas al cinto, cintos de diverso tipo, las damas igualmente muy elegantes con trajes largos y bordados.

El nuevo caballero de la Orden iba vestido con un amplio sombrero bordado, capa y ajustadas botas, al cinto llevaba una espada orlada de rica empuñadura.

Eran padrinos de Don Rodrigo en este especial acto: don Felipe de Cáceres y Don Alonso de Sotomayor. Frente al altar mayor lo esperaba el Señor Gobernador de la Villa, quien era además Caballero de Santiago, el Prior del convento de San Agustín y los padres guardianes, más los rectores de las restantes órdenes de la Villa, seguidamente, un poco atrás, en la entrada: Doña Inés Ortiz de Montenegro, en los escaños los señores mineros, azogueros, funcionarios y sacerdotes,

La ceremonia se realizó de acuerdo a lo acostumbrado:

El Señor Gobernador, caballero de Santiago, pidió la Cédula de concesión del hábito la misma que Don Rodrigo de Montenegro la presentó, la besó y la colocó sobre su cabeza en señal de obediencia, luego el Señor Corregidor quitó a Don Rodrigo la espada y el sombrero, éste se tendió de bruces en el piso de la Iglesia el mismo que estaba lleno de alfombras persas, cuando quedó en esa posición el Señor Gobernador dió lectura a los estatutos de la Orden, al finalizar, don Rodrigo de Montenegro se levantó para hincarse y con una mano en el evangelio prometió cumplir los estatutos.

Después el Señor Gobernador le colocó unas espuelas doradas y tomando la espada le preguntó a Don Rodrigo si quería ser Caballero, después del sí de Don Rodrigo, le dio tres golpes con la espada desenvainada, uno en la cabeza y uno en cada hombro, “que Dios os haga Caballero y el glorioso bienaventurado San Benito”, inmediatamente le impusieron un escapulario, un manto capitular blanco, y una ropilla de terciopelo negro con botones de oro y diamantes con la cruz más la insignia de la Orden. Posteriormente, también recibió una casaca de tela fina liviana, bordada con la cruz verde flordelisada de Alcántara, para su uso en actos especiales.

Tal fue la ceremonia. Luego Doña Inés invitó a su casa a todos los presentes al festejo en honor de su esposo Don Rodrigo Montenegro y Vásquez, Adelantado del Río de La Plata, y Caballero de la Orden de Alcántara.

Una vez en pleno ágape, Sebastián se acercó a Rodrigo, diciéndole muy quedo:

-Mira hasta dónde hemos llegado, te felicito.

-Gracias mi querido Sebastián, pero tenemos que felicitar a Juan Esteban, quien será el heredero de todos mis títulos y sus beneficios.

Doña Inés se acercó susurrándoles:

-Siempre juntos en las malas y en las buenas como éstas.

En el mismo día de su investidura, Don Rodrigo, a través del Señor Virrey, envió una carta a su Majestad Felipe IV, manifestando sus más sinceros agradecimientos por su nombramiento.

Pasados estos acontecimientos, tan importantes en sus vidas, Rodrigo, Doña Inés y Sebastián continuaron sus arreglos para el traslado a La Plata. El mayordomo moro, ya había partido a la Villa de La Plata. No fue cosa de un día, tardaron como treinta días en acondicionar todos sus enseres, embalarlos, encajonarlos, algunos con mucho cuidado como la platería, la porcelana, y la cristalería.

Prepararon el carruaje, jalado por cuatro mulas. Quince mulas cargaban todos los cajones del traslado, otro carruaje de menor calidad, donde iban las sirvientas de Doña Inés y finalmente Rodrigo y Sebastián más sus sirvientes montados en sus cabalgaduras, donde habían caballos y mulas.

Tampoco, la Villa de La Plata, era tan cercana, tardaron menos de un mes en llegar a la Villa.

La hermosa Villa de La Plata, sede de la Audiencia de Charcas, prominente lugar de gobierno, era una villa mucho más pequeña que Potosí, pero cumplía exactamente las funciones de una ciudad sede de la Audiencia.

La casa que fue de Don Diego Mendieta, muy señorial, tenía todas las comodidades propias de una mansión. La instalación y arreglo de la casa tomo otros treinta días.

Una vez concluido todo el tráfigo que significaron los arreglos, Doña Inés empezó a recibir las invitaciones de los prominentes miembros de la sociedad chuquisaqueña.

Transcurriendo los días, los meses y los años en una vida llena de descanso recibiendo frecuentemente las visitas de sus hijos Juan Esteban y Rosita, y de Juan Hernández el fiel compañero, ya achacoso, pero fuerte, así concluía la vida nuestros amigos los conquistadores

EPILOGO

Habían ya transcurrido varios años, la familia de Don Rodrigo Montenegro radicaba en la Villa de La Plata, hacía bastante tiempo, eran muy considerados y queridos por la colectividad.

Don Rodrigo prominente miembro de la comunidad fue nombrado Oidor de la Real Audiencia de Charcas, con todas las prebendas que esto significaba.

Don Sebastián Campuzano continuaba soltero, pero realizaba frecuentes visitas a Lima, nunca pudo olvidar a Doña Clarita Bravo, la viuda de aquel terrible vasco que hizo mucho dinero apoyado por la Hermandad Aranzazu.

Alguna vez Clarita, llegaba hasta La Plata, para disfrutar de la compañía de Sebastián, mucha amistad, pero nada de matrimonio, sin embargo se notaba el amor y cariño, que ambos se tenían, últimamente Clarita, ya no podía darse el lujo de visitar La Plata, tenía muchos años que impedían cualquier viaje, tan incómodo y sacrificado, lo mismo podía decirse de Sebastián, la solución era el matrimonio, no importaba el lugar donde vivirían, podía ser La Plata o Lima, ambos estaban de acuerdo.

Don Sebastián continuaba jugando, pero sólo con cartas y dados, muy cuidadoso y meticuloso, nunca se permitió perder sólo se quedaba en una mesa cuando ganaba.

Doña Inés, continuaba con sus relaciones sociales, alguna vez visitaba Lima, pero al igual que Clarita, ya no podían ser tan frecuentes, siempre encantadora, continuaba gustando de contar las verídicas historias que a su paso recibía. Muy dedicada a la religión era miembro o dirigente de todas las cofradías existentes en La Plata, y también era de comunión y misa diaria, alguien dijo de ella "vieja beata".

Y ¿qué fue de Juan Esteban?

Juan Esteban, continuaba dirigiendo en Potosí los fundos de su padre. Felizmente casado, con dos hijos, una parejita, siempre defendiendo a los criollos; siendo él criollo, muy respetado por cierto en toda la comunidad potosina, bondadoso y generoso, ayudando a los menesterosos, siempre en auxilio de los necesitados.

Rosita Cáceres, la esposa de Juan Esteban, muy dedicada a la casa y a la educación de sus hijos, había perdido al padre Don Felipe de Cáceres, que fue apoderado de Ortiz de Zárate y padrino de Don Rodrigo en la investidura como Caballero de la Orden de Alcántara. Rosita, llegó a ser maestra de escuela, había estudiado para eso, sus primeros alumnos, fueron la gente de La Toldería, que de alguna forma eran parientes de Juan Esteban, Rosita, amiga de ellos, les enseñaba, los ayudaba y los visitaba con cierta frecuencia.

Y el hermano de Rosita? Felipe Cáceres, el antiguo Vicuña, se convirtió en el hombre más trabajador, estudioso de los problema administrativos visitaba con frecuencia los lugares que pedían su atención, un colaborador en extremo acucioso y analítico de Juan Esteban, seguía los pasos de Don Sebastián, solterón empedernido y muy fiel a la familia.

Juan Hernández, el antiguo capataz mayor de Don Juan Ortiz de Zárate, fiel servidor de Don Rodrigo, muy apegado a la familia, fue de alguna forma un miembro más de la familia, últimamente trabajaba junto a Felipe Cáceres, ya muy mayor no dejaba de viajar, matrero en los caminos, se le recomendó dejar los viajes y sobretodo la supervisión de las minas, se le puso un ayudante, falleció en un lance, atravesado por una espada, defendiendo el honor de Juan Ortiz de Zárate, dejó dos hijos y varios nietos.

CONCLUSIONES

La ampliación de la Casa de la Moneda, nunca se realizó, sino un siglo mas tarde.

La Hermandad Aranzazu, se disgregó completamente en Potosí, sin embargo continuó trabajando en varias ciudades de América.

La beatificación y consagración de Fr. Vicente Bernedo fue iniciada en 1622 por el arzobispo de La plata Fr. Jerónimo de Tiedra, reanudándose el tramite cuarenta años después por el arzobispo Gaspar de Villarroel, sin lograrse hasta hoy la consagración y beatificación del santo.

La Mita, ese sistema de trabajo forzado y obligado, duró casi dos siglos más, trajeron a Potosí una mayor cantidad de indios de diversos lugares.

Los robos y asaltos a Potosí continuaron en menor grado, hasta que llegaron las luchas por la Independencia, donde los ejercito auxiliares argentinos, en tres oportunidades asaltaron la Casa de La Moneda, al igual que los ejércitos realistas en retirada.

El Cerro Rico, inagotable, continúa hoy siendo explotado, y aparentemente su riqueza argentífera durara muchos años más, pero en mucha menor escala.

BIBLIOGRAFIA

El Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba

Celso García.
Editorial Araluce. Barcelona España, 1930.

El Cardenal Cisneros

Félix García.
Editorial Araluce. Barcelona. España. 1920.

Los Comuneros de Castilla

José Pochner.
Editorial Araluce. Barcelona. España 1920.

Isabel La Católica

Carmela Eulate.
Editorial Araluce. Barcelona. España 1939

Carlos V Emperador de Occidente

D.B.Windham Lewis. Editorial Ultra. Santiago de Chile. 1936.

El Pergamino de la Seducción

Gioconda Belli.
Editorial Seix Barral. Colombia 2005.
500 Años de Historia
María Rosello Mora.
Editorial Sopena. España 1979.

Juan Ortiz de Zárate, Adelantado del Río de La Plata.

Guillermo Ovando Sanz.
Editorial UMSA La Paz. Bolivia 1973

Historia de La Iglesia Católica en Charcas.

Roberto Querejazu Calvo
Editorial Papiro. La Paz. Bolivia.1995.

El Espíritu Emprendedor de los Vascos

Alfonso Otazú.
Editorial Silex. Madrid, España. 2008.

Tradiciones Peruanas

Ricardo Palma.

Editorial Montaner y Simón, Barcelona. España 1894.

Crónicas Potosinas

Modesto Omiste.

Editorial Méndez. Cochabamba. Bolivia

**POTOSÍ
a CAPA y ESPADA
1520 – 1620**

Potosí, la tierra minera de promisión, sus minas las más grandes del país, con la mayor mina de Plata en el ámbito mundial.

Potosí, su historia, su vivencia, su grandeza, llamada la Octava Maravilla del Mundo, es presentada en este libro con todas las características de la Época de Oro de la misma, nombrada Villa Imperial por Carlos V, y mas aún con una Cerro Rico, señalado como Fenómeno Geológico de Plata Pura, cuya plata extraída de sus entrañas, ha enriquecido América y Europa.

Todo lo reflejado en esta obra, es la realidad de Potosí en los años de 1545 a 1620.

© Rolando Diez de Medina, 2011
La Paz - Bolivia